



# TESTIMONIOS DE UNA MUJER YAQUI

DE JUAN SILVERIO JAIME LEÓN

Ricardo León Flores (1925)



INSTITUTO  
SONORENSE  
DE CULTURA

Escuela Borede Sique

TESTIMONIOS DE UNA MUJER YAQUI

JUAN SILVERIO JAIME LEÓN



Reconocimiento - No Comercial - Sin Obra Derivada (BY-NC-ND)

Esta licencia no permite la generación de obras derivadas

ni hacer un uso comercial de la obra original, es decir, sólo son posibles los usos y finalidades que no tengan carácter comercial.

“Con todo respeto y admiración a todos los yaquis que sucumbieron en la terquedad por la supervivencia y aquellos que siguen el ejemplo legado por nuestros mayores”.

[Juan Silverio Jaime León.](#)

## **QUE EL CORAZÓN YOREME SIGA PALPITANDO.**

Eran los días del exterminio:

Cuando el gobierno de Porfirio Díaz daba seguimiento a una lucha despiadada contra la Nación Yoreme, teniendo como objetivo la ambición desmedida por conquistar este vasto territorio sonorense, donde el río Yaqui hablaba con voz líquida y derramaba sus beneficios entre los ocho pueblos y muchas rancherías, pero también donde el Bacatete se constituía en un espacio sagrado y en sus alturas los yaquis se consagraban hijos de la sierra, del viento y la libertad porque así lo había determinado Dios desde cuando el tiempo se perdía en las estrellas y los primeros habitantes del territorio yaqui estrenaban las silvestres voces del Cahita y bautizaban aves, mezquites, pitahayas, arroyos, praderas y flores del campo.

Eran los días de la ira y la sangre derramada.

Cuando los soldados del gobierno federal ajustaban las miras de sus rifles sobre niños, mujeres y ancianos y disparaban con perversidad inaudita, como sucedió el 18 de enero de 1900 en la batalla del Mazocoba. Donde, a pesar de que la muerte se volvía llamarada, los yoremes demostraron su valor y murieron luchando, o bien, sacrificando sus vidas en la profunda cañada, como una forma de alcanzar su libertad.

Eran los días en que el yori mostraba su odio y llegaba rapaz y violento a usurpar espacios que no le correspondían, intentando sublevar a seres humanos que sentían -y sienten-, la obligación irrenunciable de defender el espacio de su nacimiento, la sierra y el río. De hablar con voz alta y clara para decir que son parte de este paisaje agreste. Que el sol que asoma más allá del cielo azul es su abuelo eterno y que la luna y las estrellas, la lluvia y el viento que canta por la noche cuando rueda por las rocas del Bacatete son parte de su sangre, del ritmo de su corazón, de la forma como aman el recuerdo de sus muertos y de la luz que avizoraron en el futuro.

Eran los días en que Juan Maldonado Waswechia, el Tetabiate, asomaba su pureza de caudillo y como un relámpago de agosto, combatía las injusticias. Dejaba caer su fuerza y su coraje contra los usurpadores, los que habían llegado del Sur corrompiendo a sus hermanos, los que llevaban ahora como marca de hierro candente en la frente, el estigma de torocoyoris.

Eran los días en que la mujer yaqui, como Ricarda León Flores (abuela del autor de este libro, Juan Silverio Jaime León), se constituía en la principal defensora de las tradiciones, costumbres e historias de la Nación Yoreme, alimentando el amor por el territorio yaqui, arrojando las piedras del rencor acumulado contra el yori y dándole de mamar a los hijos los calostros de la dignidad para que defendieran con su sangre el territorio heredado por sus mayores.

“Testimonio de una mujer yaqui” es el valioso rescate realizado por Juan Silverio, quien logró grabar las pláticas que su abuela Ricarda sostenía con sus familiares en 1986 y 1987, cuando ella contaba con más de 90 años de edad.

La crónica original, desde luego, fue hecha en la lengua yaqui y el coordinador de tan importante texto quiso que conservara la sencillez expresiva de Ricarda con sus pasiones y odios, sus sentimientos encontrados, mostrando con ello a un ser excepcional quien, a pesar de los sufrimientos terribles que hubo de enfrentar desde su primera infancia (nació en Salamanca, Guanajuato, en el año de 1905, cuando sus padres Refugio Flores Máviz, oriunda de Belem y José León, de Vícam, huían de Valle Nacional, a donde los habían llevado prisioneros junto cientos de familias indígenas luego de la batalla del Mazocoba el 18 de Enero de 1900 como una forma de exterminio), supo sembrar la semilla de la rebeldía yoreme, rescatando a su vez las historias que le contaba su madre sobre esos aciagos días de la guerra sin tregua.

Cuenta con voz antigua Ricarda León Flores la forma en que su madre le narraba el terror de las batallas del Mazocoba: “Me decía... lo que nos pasó en el Mazocoba a todos nosotros los yaquis, yo creo que nunca se les va a olvidar, aunque ese día el Señor se haya olvidado de nosotros. Vivimos una pesadilla, mataron niños, mujeres y ancianos. A los niños recién nacidos los estrellaron contra las piedras. No nos mataron a todos porque ya no tenían balas los rifles y porque éramos muchos”.

Y precisamente a partir de esa lucha terrible y desigual en el Bacatete, los prisioneros, en su mayoría mujeres y niños, fueron llevados caminando por el monte del cuartel de las Guásimas (entre ellos los padres de Ricarda) y de ahí pasaron a Guaymas para ser embarcados con rumbo a San Blas y luego caminando hasta San Marcos, México y Valle Nacional.

En forma conmovedora narra: “Decía mi madre que algunos se enfermaron en el trayecto. Que los llevaban a todos amontonados en el barco como animales. Ahí se nos enfermó una niña, la de mi comadre Chepa, la de Bácum. Ésta niña fue arrojada al mar por los pelones. Su mamá lloró todo el camino. Decía que nunca vieron el mar, solamente el ruido del agua y del barco...”.

La memoria prodigiosa de Ricarda se extiende no solamente hasta los recovecos de la sierra o el largo camino que emprendieron, en su mayoría a pie, desde Valle Nacional hasta el Bacatete nuevamente, debiendo invertir varios años en esa proeza, sino también en los últimos levantamientos de los yaquis cuando los jefes yoremes fueron Luis Bule, Luis Esparza, Luis Matus, Ignacio Mori, Cuamea, Loreto Wicha y Juan María Sibalaume. Asimismo, la participación de los yoremes en el movimiento revolucionario, su experiencia como soldadera y la vida en los cuarteles incorporados al Veintidós Batallón Yaqui.

Desde ahora, Juan Silverio deberá hacer un pacto solidario con su raza. Difundir el libro entre los integrantes de la tribu, especialmente tocando a las nuevas generaciones, para que la voz de su abuela Ricarda no se apague, porque en ese torrente de recuerdos persisten también los anhelos de los viejos Kaujomes, hombres forjados en el Bacatete, quienes llevaron siempre encendida la llama de su amor por la sierra y el río y que buscaban el bienestar de la tribu más allá de envidias y rencores, más allá de divisiones estériles, más allá de ambiciones personales, porque sabían que la unidad, la altura de miras, la visión del futuro limpio y en paz, sería la mejor herencia para los nuevos yaquis, los que vendrían al transcurrir el tiempo y que harían, también, el juramento sagrado de defender la Nación yoreme, el idioma, las tradiciones, el recuerdo de los muertos, los que cayeron en el Mazocoba, en el Tetacombiate, en el Buatechive, en el Bátachi y en tantos lugares más. Para que el corazón yoreme siga palpitando como un tambor ceremonial, llevando su mensaje de eternidad más allá de Cajeme y de Lilibá, más allá de Jiak batwe, más allá del Bacatete ativo, como lo soñó Ricarda León Flores.

Bernardo Elenes Habas

Cajeme, Sonora, otoño del 2000

## NOTAS A LA REEDICIÓN Y PRESENTACIÓN DEL LIBRO DIGITAL.

La primera edición del libro “Testimonios de una mujer Yaqui”, había logrado materializarse a partir de un proyecto PACMyC en su convocatoria de 1998, prologada en el año 2000 por el maestro Bernardo Elenes Habas, un reducido tiraje lograría circular, más en manos de cercanos que en una forma masificada y que por su naturaleza justamente tendría que lograr el segundo cometido. Ciertamente es, que este es un documento de alto valor para la comprensión en gran medida de un proceso histórico y sobre entendidamente doloroso de la Tribu Yaqui, en donde los académicos podrían cuestionar la autenticidad de las fuentes o el método empleado para la captación de la información y en todo caso, la participación del maestro Juan Silverio Jaime León en los resultados de este trabajo, pero ese será trabajo de ellos. Dicho sea de paso, el documento presenta un lenguaje simple y totalmente comprensible, cargado en muchos pasajes de un tono dramático que oscila entre crónicas esperanzadoras y a su vez desoladoras.

Quiero aclarar, por justicia y pertinencia, que la presente edición tiene un origen muy particular, meses antes de la entrada de la pandemia y el lamentable deceso del maestro Silverio en mayo del 2020, habíamos prolongado una de las tantísimas charlas de café trazando estrategias de promoción cultural para la Tribu Yaqui, desde modelos educativos, estrategias de conservación y preservación de la lengua y la cultura, el proyecto que originalmente iniciamos de [www.culturayaqui.com](http://www.culturayaqui.com) para involucrar estrategias digitales, la pertinencia (y no) de una radio para la tribu entre otros tantos planes y sueños, en donde inevitablemente salió a colación el tema del libro “Testimonios de una mujer Yaqui” y la petición clara y expresa a un servidor de corregirle temas de puntuación y orden sintáctico para precisamente buscar la impresión del libro. Le pregunté por el archivo en Word y me dijo que no había tal y que habría que transcribir palabra por palabra del libro en físico. En casa, nos dimos a la tarea mi esposa Linda Salguero Soria y un servidor, ella le dedicó mañanas, tardes y noches a transcribir el escrito y yo a hacer las adecuaciones necesarias. Después de tantas relecturas, quedó claro que el documento no podría quedarse solo así, sino impulsarlo como un mecanismo que pudiera funcionar de forma interactiva desde su versión digital, esto es, construir hipervínculos que redireccionen a bibliografías, mapas o a su vez a explicaciones de términos o referencias culturales propias de la tribu Yaqui, esto, con el fin de enriquecer la narración. De tal modo que dicho escrito pudiera ser de acceso fácil para quien desee investigar y al mismo tiempo

recreativo para profundizar en la cosmovisión Yaqui desde una etnografía digital, de tal manera que desde la página fundada por ambos se pudiera retroalimentar de manera dinámica la información cumpliendo por principio la voluntad del maestro y en donde cabe destacar que por justicia, ahí mismo se abre un apartado llamado “Archivo Juan Silverio Jaime León” en donde se presenta una síntesis biográfica y sobre todo la muestra de su trabajo, apuntes, fotos, planes y muchos temas más que no serían posible integrar sin las otras también horas de café y debate con Raquelita su hija haciendo equipo ya permanente aplicando nuestro tiempo libre en ello.

Sea pues, este un homenaje y el cumplimiento de una voluntad, que en lo personal no fue la última, ya que ha venido acompañada de nuevos retos y quehaceres en el ordenamiento de sus notas y trabajos, agradeciendo a su esposa Otilia Salazar junto a mi aprecio y cariño para sus hijos Silverio, Verónica y Raquel.

Francisco “Cocó” Ramírez.

Ciudad, Obregón, Sonora.

Abril de 2024

Índice	Pags.
<a href="#"><u>Presentación</u></a> .....	13
 <a href="#"><u>Capítulo I</u></a>	
Mis padres.....	18
 <a href="#"><u>Capítulo II</u></a>	
Nos llevaron a otras tierras.....	20
 <a href="#"><u>Capítulo III</u></a>	
Como trabajadores de las haciendas.....	23
 <a href="#"><u>Capítulo IV</u></a>	
Nuestra libertad.....	25
 <a href="#"><u>Capítulo V</u></a>	
Lugar donde yo nací.....	29
 <a href="#"><u>Capítulo VI</u></a>	
Rumbo a nuestra tierra.....	32
 <a href="#"><u>Capítulo VII</u></a>	
Nuestra llegada al río.....	36
 <a href="#"><u>Capítulo VIII</u></a>	
Vivimos mucho tiempo en Belem.....	41
 <a href="#"><u>Capítulo IX</u></a>	
Nos fuimos a la sierra.....	44

## Capítulo X

Del Bacatete al Bacobampo.....48

## Capítulo XI

Los que estaban al frente de los alzados.....53

## Capítulo XII

Los que gobernaban en el río.....56

## Capítulo XIII

Los yaquis que se fueron a la Revolución.....60

## Capítulo XIV

Mi matrimonio con Francisco.....64

## Capítulo XV

Nuevamente a la sierra.....68

## Capítulo XVI

Nacimiento de mi primer hijo.....71

## Capítulo XVII

Nos embarcaron para otras tierras.....74

## Capítulo XVIII

Como soldadera en el batallón Yaqui.....80

## Capítulo XIX

El nacimiento de María de la Luz.....84

## Capítulo XX

El regreso a Perote, Veracruz.....88

## Capítulo XXI

Fallecimiento del niño Francisco.....91

## Capítulo XXII

El regreso a Sonora.....94

## Capítulo XXIII

Volvimos a nuestra tierra.....96

## Capítulo XXIV

El reencuentro con Ignacio.....98

## Capítulo XXV

Nos fuimos a vivir a Huírivis.....100

## Capítulo XXVI

Éramos pobres, pero no había hambre.....103

## Capítulo XXVII

Nos dan tierra en Belem.....106

## Capítulo XXVIII

Nuestro regreso al pueblo de Huírivis.....109

## Capítulo XXIX

Hoy no es como antes, todo va cambiando.....111



Foto: Ricarda León Flores sentada, al lado y de pie Manuela, su prima.

## PRESENTACIÓN

El desarrollo histórico de la tribu Yaqui es similar al del resto de los pueblos indígenas del país; su contexto matizado por particularidades específicas ha estado determinado por las mismas circunstancias históricas: Conquista, explotación de recursos naturales, explotación de recursos humanos, avasallamiento, dominación y dependencia ininterrumpida a lo largo de 467 años.

En los últimos dos siglos de historia de la tribu yaqui, numerosas veces se ha cambiado de táctica con el objeto de lograr una completa integración y sumisión a las políticas del gobierno mexicano, enfocado a dos aspectos principales: la milicia y el exterminio.

El primero es el de incorporar al yaqui a las fuerzas federales y propiciar su transformación, el segundo, el de arrancar de raíz todo vestigio de indio del valle mandándolo a otras partes del país, principalmente en la última mitad del siglo XIX. Era el inicio de una nueva etapa de la historia, el Porfirismo.

La tribu yaqui profesó en cierta manera su autonomía, pero la embestida porfirista fue más radical que en todos los períodos anteriores. Se avecinaba otra etapa del desarrollo capitalista dependiente de México y los yaquis sufrirían las consecuencias; fue entonces cuando comenzó la pesadilla instrumentada por el supremo gobierno para quitarles las tierras. Después, bajo el lema “Orden y Progreso”, se había preparado el terreno ideológico para combatir a los yaquis. Las acciones militares y el despojo se hicieron sentir con más fuerza y los enfrentamientos contra el ejército aumentaron, acaudillados por José María Leyva Pérez, al que llamaban “[El Cajeme](#)”.

En 1887 Cajeme fue tomado preso, encarcelado en Guaymas y muerto poco después. A consecuencia de la muerte del líder de los rebeldes, éstos abandonaron sus pueblos y los campos donde peleaban y regresaron de nuevo a su tradicional punto de combate: la sierra del [Bacatete](#).

Después de Cajeme, Juan Maldonado Waswechia al que llamaban “[Tetabiate](#)” fue el nuevo líder de los yaquis. Los enfrentamientos de los yaquis rebeldes se hicieron más continuos y con mayor fuerza, con la estrategia de guerra de guerrillas desde la sierra del Bacatete.

Con los insurrectos en la sierra, avanzó la colonización sobre el río yaqui y el valle; los dueños de los vastos terrenos yaquis eran ahora grandes terratenientes, miembros del gobierno, la milicia y la clase dominante. Nada más Carlos Conant en 1890 obtuvo una concesión para abrir 90,000 hectáreas al cultivo en ambos márgenes del río Yaqui. De igual manera los generales Luis Emeterio Torres y Lorenzo Torres se apoderaron de más de 40,000 hectáreas de los pueblos de Huírivis, Ráhum y Tórim.

La guerra entre los yaquis y el ejército mexicano continuó prácticamente sin tregua hasta 1897 cuando se celebró en la estación de ferrocarril de Ortiz la ansiada “paz”.

Según los acuerdos de paz, los yaquis tendrían gobierno autónomo, conservarían sus armas y los blancos y el ejército saldrían de su territorio.

Fue hasta 1899 cuando se generó un nuevo levantamiento: Tres mil yaquis consignaban el asesinato de uno de ellos y hacían reclamos por el incumplimiento del tratado. Los yaquis habían conservado sus armas, pero ni tropas ni blancos abandonaban su territorio y por lo tanto empezaron a atacar al ejército y a diferentes haciendas del territorio y de la región. Esta paz duró dos años como formalidad por parte del gobierno, ya que el 18 de enero de 1900 se registró la batalla más sangrienta de que se tenga memoria, denominada “La batalla del Mazocoba” donde murieron muchos yaquis, hombres, mujeres, niños y ancianos. Muchos fueron llevados como prisioneros de guerra a Yucatán, Quintana Roo o al Valle Nacional vendidos como esclavos.

Al año siguiente, el 10 de julio de 1901, murió Juan Maldonado Waswechia el Tetabiate, al enfrentarse con sus hombres a una columna de soldados comandados por el Mayor José Loreto Villa. El caudillo, quien había sido herido en una de sus rodillas, peleó hasta el último momento disparando su carabina hasta ser alcanzado nuevamente por las balas en el pecho y la mandíbula.

Después de esta batalla ya no hubo un jefe único sino varios, a los que se aglutinaban las diferentes partidas de rebeldes. Así, surgen como jefes de estos grupos: Luis Bule, Luis Espinoza, Ignacio Mori, Cuamea, Wicha y [Sibalaume](#) entre otros, todos formados en la sierra.

Poco después de la muerte de Tetabiate, la Secretaría de Guerra y Marina dio por terminada la guerra contra los yaquis; el argumento fue que ya no habría yaquis que combatir. Sin

embargo, durante ese año y el siguiente, los levantamientos de los yaquis cobraron más intensidad.

En 1902 un cronista de esa época señaló que sólo había tres caminos a seguir contra los yaquis rebeldes:

-El primero, una guerra de exterminio total.

-El segundo, la deportación masiva.

-El tercero, la colonización definitiva.

Aunque la guerra de exterminio y la deportación masiva de yaquis se venía dando desde los finales del siglo pasado, es hasta 1908 cuando el General Porfirio Díaz ordena que se publique en los periódicos tanto mexicanos como extranjeros (principalmente en los de Estados Unidos) que todos los yaquis, donde quiera que se les encuentre, deberán ser apresados por la Secretaría de Guerra y Marina y deportados a Yucatán, Quintana Roo o al Valle Nacional.

La deportación se empezó a ejecutar y para aprehender a los yaquis el ejército entraba a los ranchos, haciendas y minas, trasladándolos como prisioneros de guerra al puerto de Guaymas para de ahí ser embarcados a Colima o San Blas, Nayarit.

En Yucatán y Oaxaca los yaquis eran vendidos como esclavos. Cada yaqui costaba entre 60 y 65 pesos de los cuales un porcentaje era para los encargados de trasladarlos y el resto para la Secretaría de Guerra y Marina.

Para evitar ser víctimas de genocidio y deportación, muchos yaquis huyeron entonces hacia el Suroeste de los Estados Unidos; en esta época fundaron en Arizona los pueblos de Pascua y Guadalupe.

El orden y el progreso porfirista se imponía y en 1908 sólo quedaban en el estado unos cuantos yaquis quienes desde la sierra continuaban amotinados y organizaban asaltos a ranchos, haciendas y enfrentamientos contra el ejército mexicano.

Finalmente, entre negociaciones de una nueva paz entre líderes yaquis y gobierno federal, llegó la noticia del inicio de la Revolución Mexicana. Francisco I. Madero ocupó la presidencia de

la República y trata de negociar la paz con los yaquis. Más en su intento, consigue la alianza con algunos líderes principales como Luis Bule, Espinoza y otros.

El gobierno no comprendía el significado de las demandas tradicionales y quiso manejar la tenencia de la tierra bajo la forma de pequeñas propiedades individuales porque la propiedad comunal resultaba indeseable. Mientras se buscaba una forma de propiciar la tranquilidad de la tribu, llegó la noticia del asesinato de Madero, cambiando radicalmente las posturas políticas del gobierno. Maytorena pide licencia como Gobernador y lo sustituye Pesqueira como Gobernador interino. Álvaro Obregón es nombrado jefe de la sección de guerra desconociendo a Victoriano Huerta como ejecutivo del país, propiciando la unión de una parte de yaquis para derrocar el gobierno de Huerta. Una vez más los yaquis acordaron, ahora con Obregón, que, habiendo triunfado el Constitucionalismo, les reconocerían sus demandas tradicionales.

En 1915, cuando triunfó el Constitucionalismo, Obregón rechazó y traicionó el compromiso con los yaquis y de nuevo se inició la campaña en su contra. En esta nueva campaña participan yaquis traidores que eran los mismos que militaban en el ejército porfirista y que en esos momentos, disfrutaban de prebendas dentro del ejército triunfante de la Revolución.

Es hasta 1916 cuando Adolfo De la Huerta fue designado Gobernador de Sonora. Él comprendía mejor la problemática yaqui y en enero de 1917 estableció un convenio en el que se concretaba la desocupación de las tropas y el otorgamiento de alimentos a los ex combatientes yaquis de la Revolución, política con la cual el presidente Carranza no estuvo de acuerdo y provocó un nuevo enfrentamiento contra los yaquis al mando del General Diéguez, enfrentándose así a Carranza y a De la Huerta.

El Congreso de la Unión nombró presidente a De la Huerta y la guardia presidencial estaba formada por yaquis solamente, que acompañaban a De la Huerta para enfrentarse a Carranza. En el trayecto recibieron la noticia de su asesinato y así De la Huerta, ya como presidente de la República, entrega los pueblos yaquis, pero ni Cócorit ni Bácum fueron desocupados. A partir de allí, se sucedieron varios gobiernos producto de la Revolución: Plutarco Elías Calles, Álvaro Obregón, Emilio Portes Gil. Con ellos no se llegó a ningún acuerdo de paz y tranquilidad, al contrario; en 1927 se hace un intento por invadir tierras yaquis y se da lugar a la última guerra después de la Revolución.

Llega la etapa del gobierno del General Lázaro Cárdenas que en octubre de 1937 dicta un acuerdo que tres años después, en 1940, titula y precisa mediante resolución presidencial la ubicación de los terrenos restituidos a la tribu yaqui. Este período significó para la tribu la recuperación significativa de sus tierras, aunque no completamente de acuerdo a las demandadas y también reforzó su autonomía política y el asentamiento definitivo en sus pueblos, así como el traslado de todos los yaquis dispersos que, por las guerras y las deportaciones, residían en otras partes del país.

## CAPÍTULO I

### MIS PADRES

Yo me llamo Ricarda León Flores, nací en Salamanca Guanajuato en el año de 1905. Mi papá se llamaba José León y mi mamá Refugio Flores Máviz. Él era del pueblo de Vícam y ella del pueblo de Belem, allí donde el río termina y se va para el mar.

Pobrecitos mis padres, por todo ese sufrimiento que pasaron por culpa del gobierno. Me platicaba que los llevaron arreando como animales desde el cañón del Mazocoba hasta el cuartel de Las Guásimas. “No recuerdo qué año y mes “me dijo, pero hacía mucho frío. Decía que su tía Florencia le prestó una manta para calentarse un poco cuando llegaron al cuartel; se decía que ahí habían matado al Tetabiate y llevado a enterrar al Bacatete; ahora sí lo habían matado “de a de veras”, comentaban los oficiales y pelones cuando llegamos a Guásimas. “Creo que ni misa le hicieron” pensaba yo, ya que no lo querían los del gobierno porque él no se dejó engañar y que los yoris no habían cumplido su palabra; eso de la paz que se escribió en Ortiz, donde el supremo gobierno iba a respetar nuestro territorio y que todos los pelones se saldrían y eso no se cumplió. Por eso lo mataron, traicionándolo también algunos yaquis, éstos que se vendieron al gobierno y se hicieron torocoyoris, aunque esta noticia ninguno de los yaquis que estábamos ahí la creíamos, porque nosotros no lo habíamos visto con nuestros propios ojos.

Me decía: “Lo que nos pasó en el Mazocoba a todos nosotros los yaquis, yo creo que nunca se nos va a olvidar; aunque ese día el Señor Dios se haya olvidado de nosotros. Vivimos una pesadilla, mataron niños, mujeres y ancianos. A los niños recién nacidos los estrellaron contra las piedras. No nos mataron a todos porque ya no tenían balas los rifles y porque éramos muchos”.

Me platicaba que del cañón del Mazocoba a Guásimas sufrieron mucho. La travesía de la sierra, siendo la mayoría mujeres, ancianos y niños duró dos días para llegar al cuartel, donde estuvieron un día y una noche y de ahí se los llevaron a Guaymas. En este lugar (platicaba mi mamá) encontraron algunas familias yaquis que no tenían nada que ver con la guerra, pero eran yaquis también, que trabajaban en la hacienda del señor Maytorena cuidando animales o

arando tierras; se defendían diciendo que ellos eran trabajadores y que no eran como nosotros, pero de todos modos los encerraron en un caserón. Ahí estuvimos poco tiempo hasta embarcarnos a otras tierras.

Decía que ahí se dio cuenta mi mamá que la tía Juana y su compadre Ángel Saviba ya no estaban con ellos. Siempre anduvieron juntos, desde que habían salido de Ráhum; eso fue cuando salieron de la sierra. La tía Juana era hermana de mi mamá Refugio y su esposo Ángel era padrino de mi hermano Juan. Este señor era de Ráhum y mi hermano vivió un tiempo con ellos allá en Ráhum. Mi hermano casi se muere de tiricia porque se acordaba mucho de su madrina. Él estaba chiquito cuando nos agarraron. También me platicaba que a mi hermano no lo mataron porque lo vestían de mujer, porque a los hombrecitos los mataban o los metían a fuerzas a la pelonera.

Mi papá era muy trabajador, trabajó mucho por allá al otro lado de la sierra en las haciendas y las minas. Mi mamá me platicaba que él no era yaqui puro, que era Pima pero que había crecido con los yaquis y ahora era yaqui como cualquiera de nosotros.

Mi mamá era curandera, atendía los partos y sobaba la mollera, también curaba el empacho, le entendía a todo. Me acuerdo que me decía: “Yo hice parir a muchas mujeres aquí en los pueblos y allá en la sierra y a todos les corté el ombligo y se los enterré acá en la sierra para que cuando crecieran defendieran la tierra y nuestra sierra allá en el Bacatete”.

## CAPÍTULO II

### NOS LLEVARON A OTRAS TIERRAS

Hacía un frío que apenas se soportaba. Los hombres amanecieron quemando papeles que había en la basura de la casona donde los tenían encerrados.

De repente, abrieron la puerta de un golpe bien fuerte, era un capitán, un yori bigotón y feo que entonces les dijo que le dieran los nombres de cada uno de ellos y de qué pueblo eran, dizque para darles trabajo. Dijo que los formaron en grupos, mujeres y hombres por separado. Era muy temprano, de madrugada, así como los formaron, así se los llevaron hasta el embarcadero, que era un barco muy grande. Que entonces los subieron y los encerraron en un cuarto. Decía que eran como 250 yaquis los que iban a subir a ese barco, que los escoltaban como 20 soldados, uno de ellos era mayo porque les hablaba la lengua. Fue él quien les dijo que los llevaban a tierras desconocidas como castigo del gobierno porque eran muy revoltosos y allá lejos se olvidaran de todo lo que ellos pedían.

Decía mi mamá que salieron hasta en la noche, no supo ni qué día ni mes ni año era, pero sí se acordaba que hacía mucho frío en las mañanas y mucho calor en el día, por eso nunca supo si era tiempo de frío o calor.

Decía mi madre que algunos se enfermaron en el trayecto ya que los llevaban a todos amontonados como animales en el barco. Ahí se nos enfermó una niña, la de mi comadre Chepa la de Bácum. Esa niña fue arrojada al mar por los pelones y su mamá lloró todo el camino. Decía que nunca vieron el mar, solamente el ruido del agua y el barco. Así duraron como cinco o seis días hasta llegar a un lugar llamado San Blas. Decía mi mamá que llegaron todos hambrientos y tullidos, algunos no se pudieron levantar y los tuvieron que cargar hasta el cuartel, donde los encerraron de nuevo para que descansaran y al otro día salir caminando hacia el sur. Les dijeron que caminarían de veinte a veinticinco días por toda la sierra hasta llegar a un pueblo grande llamado San Marcos. Caminaron días y noches entre lluvias y vientos fríos. Algunos se quedaron en el camino, enfermos y cansados. Decía que a los niños y viejitos los cargaban entre los hombres más jóvenes. Duraron días y noches hasta que llegaron a San Marcos y que los acuartelaron de nuevo. “Éramos tratados como animales” decía ella. Ah,

pues de ahí los embarcaron en tren. Eso fue un alivio para todos porque ya no iban a caminar tanto; decía que a algunos hasta llagas les salieron en los pies, sangrados de tanto caminar, de San Blas a San Marcos.

De este pueblo los llevaron hasta México. Decía mi mamá que ahí duraron cinco días. Ahí todos descansaron, pero a nadie dejaron salir, siempre vigilados por los pelones.

Entonces, que al sexto día los visitó un oficial bien vestido y que platicó mucho rato con los pelones, parecía un General que mandaba ahí. Entonces se fue, los sacaron del cuartel y los llevaron a una casona muy grande donde se encontraron a otras gentes que ellos no conocían, que habían traído antes. Me platicaba mi mamá que ahí encontraron gentes de otras tribus: Mayos, Ópatas, Pimas, Seris. Ellos no hablaban como nosotros, pero también eran indios, por eso los tenían ahí. Entonces llegaron dos oficiales y un señor con un sombrero que traía en sus manos unos papeles y ahí buscó los nombres de todos los que ahí estábamos. Decía mi mamá que no se acordaba de cuantos eran. Si cien o doscientos, pero que eran muchos; entonces el señor del sombrero los fue nombrando y los soldados los separaron en grupos, tanto de mujeres como de hombres que fueron cuatro grupos: dos de mujeres y dos de hombres y nunca dijeron para dónde nos llevaban. Ahí se separó de su comadre Chepa, mi mamá decía que nunca la volvió a ver; no supo de ella, para dónde se la llevaron y que a muchos los separaron de sus esposas y de sus hijos. A mi mamá no la separaron de mi hermano Juan, ella nunca supo por qué. De ahí, que los sacaron y se los llevaron a un vagón de tren. Entonces que ahí les informaron que los llevarían a Valle Nacional a trabajar en las fincas de unos hacendados, nada más que no me acuerdo de los nombres de los hacendados ni de las haciendas, pero mi mamá sí los nombraba; tengo mala memoria. Me platicó que a otros yaquis que estaban allí se los llevaron a Yucatán.

De México, dice que duraron otros tantos días en llegar a la estación de un pueblo chico y que de ahí se los llevaron otros cuatro días a pie por caminos muy angostos, por veredas. Ese camino iba por toda la orilla de un río que llevaba mucha agua y que los que iban con ellos no eran los mismos que habían salido de Guaymas; en México los habían revuelto con la gente que ya estaba ahí. Decía ella que se habían conocido mejor en el camino a las haciendas del Valle Nacional. Todavía llegando a la hacienda nos dispersaron a todos, a algunos los mandaron a haciendas de cultivo de tabaco y otros a la caña, pero que todas las haciendas

estaban comunicadas, como que había acuerdos, decía mi mamá y también mi hermano Juan me platicó que cuando llegaron ellos a las haciendas ya había yaquis trabajando en ellas. Decía que algunos ya tenían hasta dos años, que encontró algunos yaquis de Bácum, de San José y de Ures, que a algunos de ellos los habían sacado de sus trabajos en las haciendas aquí en Sonora. Dijo mi mamá Refugio que encontró a Juan Torí, su ahijado, un muchacho hijo de su comadre Filomena Jeca de allá de Vícam. Decía que se conocieron en Torocobampo cuando ellos fueron de visita a Bachomobampo y se quedaron un tiempo en Torocobampo.

“Sí, en esas haciendas sufrimos mucho, nos hacían trabajar como animales”. Esto a mi mamá nunca se le olvidó. Parece que se le había metido en la sangre, de tanto coraje y tanto rencor. A nosotros los yaquis, decía, siempre nos han tratado así los yoris, desde que llegaron a estas tierras, ya ves, nos llevaron a otras tierras, nos azotaron, nos colgaron y nos fusilaron y todavía no terminan con nosotros porque nosotros tenemos razones más fuertes que ellos.

## CAPÍTULO III

### COMO TRABAJADORES DE LAS HACIENDAS

Nunca nos imaginamos que, del Mazocoba, allá de la sierra del Bacatete nos llevaran a esos lugares donde todo era diferente, no como aquí. Muchas veces me platicó todo lo que ellos sufrieron allá donde los llevaron y que aquí en la sierra siempre eran perseguidos por los pelones para matarlos o colgarlos.

Ahh, pues que empezaron a trabajar cultivando plantas de tabaco, que los tenían en un galerón muy grande; ahí los tenían todos juntos y la comida la hacían para todos, siempre frijoles negros en agua y sal, muy a lo largo wakabaki. Que los hacían levantarse como a las cuatro de la mañana y se los llevaban a los campos, siempre vigilados por capataces armados con rifles y pistolas y un chicote que siempre traía el capataz. Este señor era el que recibía las órdenes del mayordomo y era el encargado de la finca. Estas haciendas eran muy grandes; nunca conocimos al patrón, decían que se llamaba Don Fernando, pero nosotros nunca lo conocimos. Pobrecita la gente de allá, esos chaparritos, casi a diario se moría uno o dos por el cansancio de tanto trabajar, o sea que los hombres trabajaban de sol a sol y nosotras las mujeres hasta medio día, pero nos aventaban a la cocina para hacer comida para todos los trabajadores y para nuestros hombres también.

La jornada era de seis de la mañana hasta las seis de la tarde y cada quien tenía que sacar tareas completas hasta la metida del sol, siempre vigilados por el capataz. Me platicó mi mamá que en una ocasión mataron a un hombre a puro chicotazo; no era yaquí, era pima, ópata o algo así, decía que ellos sufrieron mucho, allá donde nadie nos conoce, es otra tierra, otro mundo, hasta allá nos llevó el perro gobierno, decía ella.

También a los yaquis los tenían más vigilados que a los otros porque los de aquí siempre nos comunicábamos entre nosotros y eso no les gustaba a los hacendados, todo esto me lo platicó mi mamá Refugio. ¡Ah!, me platicó de una vez que no los dejaron rezar a una niña que murió y habían pedido permiso al patrón pero que no les dio porque los rezos yaquis eran cosa del diablo que no se atrevieron porque los iban a azotar. Entonces, dijo que se juntaron todos para tomar acuerdos de cómo hacerle y que un tal José Mátuz y Juan María Buitimea dijeron que

sí iban a rezar porque era un mandamiento de Dios y que se pusieron a orar un maestro y cinco cantoras y de repente aparecieron los yoris guardianes de la hacienda y se llevaron al maestro que llevaba el rezo, arrastrándolo hasta un tronco que estaba enterrado en el patio, que servía de sostenedor para castigar a los que faltaban a alguna regla de la hacienda y que los formaron a todos para que presenciaran aquel castigo. Cincuenta azotes recibió aquel yaqui al final fue colgado de la viga de la hacienda para que aprendiéramos a respetar las órdenes del patrón. Todo eso vivimos nosotros, pero Dios es muy grande porque con el tiempo las cosas cambiaron, hasta mataron al hijo del patrón; no se supo quién lo mató, lo encontraron allá tirado en el monte, arrastrado por el caballo. Sabía que lo habían matado, decía mi mamá que porque era muy irrespetuoso, pero no pudieron echarle la culpa a nadie, ni modo que nos echaran la culpa a todos. Pos, ¿quién iba a trabajar si la mayoría de la hacienda éramos trabajadores y muy pocos los capataces y la gente de confianza del patrón?

Todo esto sucedió allá por Valle Nacional porque cuando me lo contaba mi mamá Refugio se ponía negra de coraje y me lo contó muchas veces, que todo lo recuerdo muy bien todo eso que le pasó a mi mamá, a mi papá y también a mi hermano Juan, aunque él estaba chiquito. Todo esto nos pasó por ser yaquis decía ella.

## CAPÍTULO IV

### NUESTRA LIBERTAD

Yo siempre le preguntaba a mi mamá Refugio cómo es que los habían dejado salir de la finca, “no”, me decía ella moviendo la cabeza, nuestra salida se hizo porque así lo quiso Dios. No sabíamos ni cuánto tiempo teníamos en la hacienda, dos o tres años, el caso es que ya estábamos impuestos al trato y al trabajo que teníamos a cambio de nada, ya que nos pagaban con un kilo de maíz y otro de frijol a la semana, la comida, y un pedazo de manta para nuestro vestido; eso fue a partir del primer año que llegamos porque nos cobraban, según ahí, los gastos de traslado desde Sonora hasta donde están las haciendas.

Me acuerdo cuando nos escapamos. Resulta que los patrones de las haciendas hacían una fiesta cada año, o sea cada fin de cosecha y se juntaban todas las haciendas. Nosotros participamos ayudando en la cocina, aunque ellos tenían sus sirvientas y sirvientes, pero no se daban abasto, por eso nos dijeron los capataces que nos bañáramos porque íbamos a trabajar en la cocina. Para esto yo creo que los hombres ya habían platicado de lo que ellos pensaban hacer cuando nosotras las mujeres estuviéramos en la cocina. Entró la hija de Paul Valencia, una muchachita de diez o doce años que traía el mensaje de que al canto del primer gallo se concentraran en los corrales de los caballos, que ahí íbamos a recibir instrucciones y les pasó el recado a todas las mujeres que estábamos ahí sirviendo en la cocina. Ahí adentro había mucho relajó, había música, baile y tomada, todo mundo andaba borracho, decía que hasta los guardias se emborracharon. Resulta que esos guardias mandaban a los niños a robar vino en jarras y botellas. Pues se emborracharon. Platicaba que mi hermano Juan participó porque mi papá José lo había mandado. Y así, al canto del primer gallo todos se concentraron en las caballerizas. Todo fue muy rápido, nosotras ya con la comida lista en bolsas por si algo pasaba, ahí escuché a un hombre alto dando instrucciones, se llamaba José Ubes, decía que un yori nos iba a llevar fuera de las haciendas porque era muy difícil salir de esas tierras, nada más que ese yori no lo iba a hacer por voluntad propia, sino que lo iba a obligar e iba a ser nuestro guía, ese señor. Entonces recibimos órdenes todos; no sé de dónde sacaron armas los hombres, pero en ese momento ya algunos traían empuñando armas. Después me di cuenta que ya estaba todo preparado, porque cuando José Ubes dio la orden ya algunos traían a los capataces

con la soga al cuello, azotaron a los mayordomos y mataron a un patrón, no sé de qué hacienda pero todo pasó tan rápido que no supe qué hacer, me abracé de mi hijo Juan y me lo llevé a un lugar donde nos habían señalado los hombres, salimos corriendo, sintiéndonos libres, pero todavía faltaba porque por la entrada a las haciendas se encontraba un pequeño destacamento de pelones que cuidaban la entrada al Valle Nacional. Era un infierno, quemaron todo, soltaron animales, un relajo. Ahí mismo se formó un contingente bien organizado. Este señor, José Ubes, tenía mucho valor porque fue él quien mató al patrón de la hacienda Santa Fe, así se llamaba la hacienda. Se nombraron jefes por grupos de veinte porque en bola era peligroso, decía José, entonces nombraron a seis jefes. El de nosotros era José León, mi marido. No era muy valiente, pero era su obligación proteger al grupo y a veces se le salía lo corajudo.

Caminamos todo el día y esperamos la noche para pasar donde estaban los pelones federales, entonces platicaron los hombres, ahí no nos tomaron en cuenta, mi comadre Lola ¡cómo se enojaba!: “Yo también quiero pegarles a esos pelones” les gritaba a los hombres, luego van ustedes, pero para que recojan las armas y el parque; ése es el trabajo de ustedes, nos decían.

A las doce de la noche atacaron el destacamento de pelones, casi se los acabaron y los pocos que quedaban se fueron, huyeron, ahí mataron a mi compadre Juan Malinchi y a Simón Beteme, que Dios lo tenga en su santa paz, a ellos los habían llevado a estas haciendas antes que a nosotros.

Recorrimos el mismo camino por el que años antes habíamos entrado; nos acordamos porque estaba a orillas de un río que nunca supimos cómo se llamaba.

Salimos de este infierno como en tres días, caminando en grupos para que no se dieran cuenta de que habíamos escapado de las haciendas del Valle Nacional. Caminamos día y noche, descansábamos a ratos nada más para probar bocado y recibir instrucciones del cabecilla del grupo.

A los cinco días de haber escapado y que nos sentíamos seguros de estar ya lejos nos hablaron para que nos juntáramos todos a escuchar los planes que los hombres habían platicado, entonces José Ubes nos dijo a todos:

“¡Hermanos!, estamos todavía muy lejos de nuestras tierras, yo quiero agradecer a ustedes el gran valor que mostraron al enfrentarse a estos yoris que nos han tratado como animales, quiero agradecer a Dios y a la virgen María que nos protege del peligro que nos acecha a cada paso que damos por estas tierras que no conocemos, pero primero Dios saldremos adelante. Ahora quiero decirles que de este lugar nos vamos a separar, no nos conviene caminar todos juntos porque la gente que nos viera se daría cuenta y sospecharía de nosotros, por eso quiero que nos separemos por una familia o dos y si salimos bien todos nos vemos allá en Sonora, en nuestra tierra. Que Dios los bendiga. ¡Ah! y de este yori que nos guio hasta aquí, yo me encargo; él viene con nosotros”.

Y así todos nos saludamos y abrazamos con la esperanza de vernos aquí en nuestra tierra y de ahí cada quien tomó su rumbo por separado. Con nosotros se juntaron un señor que se llamaba Juan María Mátuz de San José de Guaymas con su señora Paula Maldonado y su hija Josefina y nosotros, José, mi hijo Juan y yo; éramos seis los que emprendimos el regreso hasta estas tierras.

Empezamos a caminar, pasamos por pueblos chicos y grandes, pedíamos comida, mis hijos Juan y Josefina entraban a los pueblos a pedir ayuda para poder comer. No sé decir que tiempo estuvimos andando así, pero duramos mucho. Así caminando llegábamos a un pueblito o rancho y pedíamos trabajo, a veces nos daban, otras no, pero tuvimos suerte, siempre nos tocaba gente buena que siempre nos ayudó.

Llegamos a un pueblo que se llamaba Cuernavaca, ahí trabajamos algún tiempo y luego nos fuimos a otro pueblo que se llamaba San Antonio, ahí trabajamos en una talabartería curtiendo pieles, el caso es que no durábamos mucho en los trabajos, aunque nos trataron bien, gracias a Dios.

De ahí nos fuimos a un pueblo; a este lugar nos llevó un señor que se llamaba don Fernando, que tenía a orillas del pueblo cría de ganado y caballos y nos llevó para que trabajáramos para él. Con este señor duramos como un año, ya que hubo problemas. Un día robaron unos animales y el señor encargado le echó la culpa a mi compadre Juan María y preferimos salir de ahí antes que nos metieran en más problemas. Así es que, en una noche salimos casi huyendo del rancho de don Fernando, a este señor no lo volvimos a ver desde que nos levantó de allá de San Antonio, muy cerca de Cuernavaca. Y así salimos con rumbo a la salida del sol,

para allá quedaba Puebla, decían los hombres y así le llamaron al pueblo grande, ése al que llegamos después de caminar cinco o seis días, sacándole la vuelta a los pelones que andaban como perros por los caminos porque ya se escuchaba que iba a haber un levantamiento en todo México. Esto lo había oído mi hijo Juan en los pueblos grandes en donde pedía ayuda, como él ya le entendía un poco al yori, por eso se enteraba de todas estas pláticas que hacía la gente. Aquí en este pueblo estuvimos como seis días y nos fuimos de ahí porque había muchos pelones y un cuartel muy grande.

Caminábamos largos trechos trabajando en lo que podíamos. En una parte, no recuerdo cómo se llamaba, nos dijeron que estábamos muy cerca de México, pero no quisimos llegar, preferimos sacarle la vuelta porque a lo mejor nos agarraban y nos llevaban de regreso a Valle Nacional, nosotros juramos nunca volver a ese lugar del infierno porque no nos perdonarían. Así logramos llegar a un lugar llamado Pachuca, ahí estuvimos seis meses y nos fuimos a Querétaro donde duramos como casi un año hasta llegar a Salamanca donde tú naciste, lograste nacer en un jacal que los patrones de José nos prestaron, estos patrones tenían siembra y compraban ganado.

## CAPÍTULO V

### LUGAR DONDE YO NACÍ

Cuando tú naciste, allá en un lugar llamado Salamanca, hacía un frío, pero frío, tu papá José no hallaba cómo tapar los hoyos del jacal en donde estábamos, mi comadre Paula y Chepa, su hija, eran las únicas personas que nos acompañaban. Tu hermano Juan había salido con rumbo al pueblo a traernos qué comer, si salía para el pueblo, algo nos tenía que traer; nunca llegaba con las manos vacías.

Bueno, cuando él se fue yo ya traía dolores muy fuertes, pero no le dije nada para no preocuparlo, nada más José y yo sabíamos lo que me pasaba. A José lo respetaba mucho, lo quiso como un padre, ya que creció al lado de él desde los cinco años, mi Juanito ya lo consideraba como su verdadero padre.

El caso es que ese día me pareció muy largo, desde las cinco de la mañana empecé con los dolores hasta casi las tres de la tarde cuando te eché fuera, hasta entonces descansé. Le tenía mucha lástima a mi comadre Paula y a su hija, porque todo el día me batallaron, aunque no era para tanto ya que no era la primera vez que tenía un hijo, los otros los tuve en el monte, allá en la sierra. A tu hermano Juan lo tuve allá en el Bacatete yo sola, porque su papá se había ido con un grupo que andaba con el Tetabiate, allá más arriba en la sierra, pero como ya estaba más vieja, por eso me cuidaron más cuando tú naciste, porque eres la socoyota.

Cuando llegó tu hermano Juan al jacalito donde vivíamos, se asombró mucho al vernos y se arrodilló para vernos fijamente, y dijo: se parece mucho a mí, le vamos a poner Juanita para que lleve el mismo nombre que yo, y la vamos a llevar allá al Bacatete y ahí la vamos a bautizar y que la bautice mi tío Evaristo, vamos a mandar por él a Tucson.

A mí me dio mucha alegría oír esto de mi hijo, pero también pensaba que estábamos muy lejos de nuestra tierra, aunque tenía en mente que algún día llegaríamos y ver nuevamente nuestros pueblos, el río, el mar y las montañas; eso que me dijo Juan, mi hijo, me dio valor y me levanté y me acerqué a la lumbrada que tenían en el suelo. Ya era tarde, el sol se estaba metiendo cuando llegaron unas señoras yoris, tocaron a la puerta y preguntaron por mí.

“Venimos a ver a doña Refugio, supimos que dio a luz y le traemos algunas cosas”. No todos los yoris son malos, pensaba yo, Dios es muy grande y no distingue el yaqui y el yori y cuando quiere ayudar, ayuda. Estas señoras, no recuerdo sus nombres, pero eran señoras de edad, nos trajeron cobijas, ropa de niña para ti, hasta ropa para José y Juan, no sabíamos cómo se habían dado cuenta que yo había tenido un hijo. Resulta que Chepa trabajaba en que los Iturbides, una familia de dinero, haciendo la limpieza y el quehacer en la casona y Chepa le platicó a doña Filomena, la patrona, que yo había amanecido malita, que iba a parir en esos días y doña Filomena le platicó a sus amistades y ellos juntaron los trapos que nos llevaron a regalar, nos fue bien, hasta a la Chepa le tocó, pobrecita, no tenía nada, solamente dos vestidos que tenían casi como tres años desde que salimos de las haciendas, allá en el Valle Nacional.

Pasó el tiempo, empezaste a crecer y un día estábamos sentados en el solecito, porque hacía frío, mi comadre Paula me empezó a platicar de su preocupación por su marido, Juan María, que se había quedado a trabajar en una hacienda cerca de Querétaro, quedaba a unas leguas ahí de Salamanca, ya iba como para dos años que se había quedado allá. Mi comadre y Chepita se vinieron con nosotros porque no los aceptaron en la hacienda, por eso estaban con nosotros desde entonces. En ese tiempo solamente dos veces se habían comunicado con ellas con cartas diciéndoles que no se desesperaran, que muy pronto se reunirían con nosotros para irnos a nuestra tierra, mi comadre sufrió mucho también, junto con su hija Chepita.

Mi hijo Juan y José tenían un buen trabajo, descargaban ganado de los vagones del tren y les pagaban diez centavos diarios a cada uno, con eso nos manteníamos todos y la Chepita que trabajaba con doña Filomena de Iturbide, una señora de buen corazón.

Un día, cuando íbamos a comer, en pleno medio día, llegó corriendo Juan, mi hijo, gritando que había llegado su tío Juan María y todos salimos corriendo a ver si era cierto lo que Juan nos decía, y sí, era mi compadre totalmente cambiado, gordo y brillante, seña de que le había ido bien, lo saludamos todos de mano y abrazó a su hija y a mi comadre, ya que tenía como dos años que no las veía, ni a nosotros. Pobrecito mi compadre, nos trajo tantas cosas: zapatos, ropa, le trajo a José una pistola y él traía un rifle de esos buenos envuelto entre sus cosas; dijo que se había venido a caballo, pero llegando al pueblo lo había soltado porque en tren era difícil soltar tantas cosas, menos armas, que el gobierno era muy duro.

“Ahora sí, compadres”, nos dijo, “vamos a platicar y ponernos de acuerdo cuándo salimos para Sonora, ya quiero estar en nuestras tierras y saludar a los míos”.

## CAPÍTULO VI

### RUMBO A NUESTRA TIERRA

Los hombres se fueron para el pueblo y nosotros nos quedamos a hacer la comida y unos pocos tamales, era Navidad me acuerdo. Mi hijo Juan trajo maíz y carne y nos pusimos de acuerdo con mi comadre Paula, haríamos temprano la comida para ir a la iglesia a dar gracias a Dios, teníamos mucho tiempo que no nos parábamos en la iglesia y así trabajamos todo el día, cocimos los tamales y mientras platicábamos de todo lo que nos había pasado, nos preguntábamos por qué los yoris nos odiaban tanto, si éramos pobres. Entonces mi hijo Juan nos dijo: “No es que tengamos dinero, sino por nuestras tierras, por eso nos trajeron a estos lugares para que no volvamos a pelear por nuestras tierras y nos muramos aquí, ésa es la intención del gobierno.” Cómo me admiraba la forma en que veía las cosas tu hermano Juan, todo eso lo ignorábamos nosotros, éramos como animales, yo creo que por eso nos trataban como animales esos perros del gobierno.

Terminamos de cocer los tamales, hicimos tortillas de maíz y nos fuimos a la iglesia, dejamos a tu hermano en la casa. Chepita, mi comadre y yo nos fuimos a la misa a la iglesia, yo te traía envuelta en mi rebozo y con muchos trapos encima porque hacía mucho frío. Casi a la media noche llegamos a la casa, encontramos a tu hermano Juan sentado junto a las brasas en medio del jacalito, tu papá y mi compadre no habían llegado todavía, ya nos empezamos a preocupar, en eso estábamos cuando a lo lejos escuchamos unos gritos. Salió a asomarse tu hermano y nos gritó: “¡Mamá Refugio, mi papá y mi tío vienen cayéndose de borrachos!” y sí, venían bien borrachos los hombres, pues llegaron y se sentaron a cantar. Tu hermano estaba asombrado porque nunca había visto borracho a José ni a su tío Juan María, pero según ellos, tomaron porque era la despedida, porque pasado mañana en la madrugada nos vamos a Sonora, a [nuestra tierra](#), a sacar a los yoris, gritaban los dos, y nos daba miedo que los vecinos nos escucharan. Tuvimos que hablar con ellos, mi comadre con su marido y yo con tu papá José, gracias a Dios nos escucharon y ya no hicieron escándalo, les servimos tamales y comimos todos juntos a recordar el nacimiento del niño Dios porque era Nochebuena, había fiesta en el pueblo, se oían cohetes y fandango, pero nosotros lo festejamos encerrados en la casa

porque todavía nos daba miedo, porque nos sentíamos extraños y teníamos miedo de que nos agarraran los federales y nos regresaran al infierno.

Al otro día, los hombres se fueron de compras al pueblo a traer todo lo necesario para el viaje y nosotros en hacer lonche, pinole, carne seca, sal y otras cosas que no se pudieran echar a perder. En el medio día nos reunimos todos para planear la salida y nos sentamos a escuchar a mi compadre que nos señalaba en el suelo los caminos por los que posiblemente no tendríamos ningún problema. Tomaríamos el tren de carga que sale de estación Rincón rumbo a San Luis Potosí, de ahí tomaríamos otro tren de carga rumbo a Zacatecas y de Zacatecas a Durango, de ahí no sabíamos si a pie o en tren, era el único camino seguro. Llegando a Durango nos pasaríamos las montañas hasta llegar a Sonora, ése fue el plan que mi compadre nos platicó; nos dijo que había tres caminos, uno por el sur, el centro y el norte. Si nos vamos por el sur tendríamos que llegar a Guadalajara y tomar el camino que llega a San Blas, pero el riesgo es si nos encontramos con los soldados que traen gente de Sonora. Si traemos mala suerte, nos echan pá atrás, por eso no nos conviene y la otra forma de llegar a Sonora es el norte. Nos iríamos en tren hasta Chihuahua; de ahí está cerca Sonora, pero dicen que en esa parte hay mucho bandido y si hay muchos pelones federales no nos conviene, el único camino es el que va por Zacatecas y por ahí nos vamos a ir para nuestra tierra.

Pues, todos quedamos de acuerdo con la explicación de mi compadre y nos propusimos hacer los preparativos porque el tren de carga salía al otro día de la estación Rincón a las seis de la mañana, teníamos que salir temprano y caminar todo el día porque estaba lejecitos la estación. Los hombres no quisieron tomar el tren en Guanajuato porque había mucha vigilancia, por eso escogieron estación Rincón porque era un pueblo chico y nadie se iba a dar cuenta porque iba a ser de madrugada.

Entonces en la madrugada del día acordado salimos de nuestro jacalito rodeando el pueblo de Salamanca. Me dio mucha tristeza, a Chepita le salieron lágrimas cuando nos fuimos, pero ni modo; teníamos que salirnos de allá. Caminamos todo el día y parte de la noche, teníamos que estar en la madrugada en la estación y esperar el tren que venía de Querétaro y nos llevara a San Luis Potosí. Por fin llegamos a la estación, ya era de madrugada y nos acomodamos a un lado de la vía, al poco rato se oyó el ruido y poco después el pitar del tren. En cuanto se paró, tu hermano se subió al vagón que parecía jaula; creo que acarreaban ganado en ellos.

Nos subimos y nos acostamos en el piso del vagón para que no se dieran cuenta los vigilantes de la estación. Caminamos todo el día y parte de la noche, llegamos al primer pueblo grande, mi compadre dijo que era San Luis y ahí nos bajamos todos. Tu papá y mi compadre fueron al centro a comprar algo de comer y nosotros nos quedamos a un lado de la estación, sin movernos, con el temor de que nos preguntaran de dónde éramos o de dónde veníamos.

Ahí en San Luis duramos como seis días para salir a Zacatecas, duraba mucho el tren para salir de ese lugar y cuando salió el primer tren de carga ya mero nos metíamos en problemas. Cuando estábamos subiendo al tren la vigilancia se dio cuenta y cuando querían que nos bajáramos entonces bajó tu hermano y no sé qué les dijo y el tren ya estaba en marcha, yo estaba muy desesperada y tu papá ya se iba a bajar cuando tu hermano regresó corriendo para alcanzar el tren, lo habían dejado ir los guardias. Luego le preguntamos a mi hijo qué les había dicho a los guardias que nos bajaron y nos dejaron ir, les dijo que éramos trabajadores y que íbamos por más ganado a Zacatecas; esas mentiras les echó tu hermano por salvarnos de los guardias.

Este viaje a Zacatecas duró más tiempo ya que el tren cargaba y descargaba en cada estación, el caso es que duramos como cuatro días y sus noches para llegar a este pueblo.

Cuando llegamos, José y mi compadre, nos llevaron al mercado a comer algo, se nos hizo bonito el lugar, compramos algunas cosas y nos regresamos a la estación del tren. Ahí pasamos la primera noche, en un vagón viejo; muy temprano salió mi compadre y José y nos dejaron ahí. Al mucho rato llegaron con la noticia de que habían preguntado cómo llegar a Durango y les informaron que corría un carruaje de correo cada tres días, pero no sabían cuánto cobraba, también era muy riesgoso porque esos carros eran muy vigilados por los pelones y no nos convino. Y acordamos irnos a pie, pero para tomar el camino teníamos que tener un poco de dinero, cosa que ni mi compadre ni nosotros teníamos, entonces, dijeron los hombres: “vamos a trabajar aquí por lo menos un mes y sacamos para la comida”. Luego luego encontraron trabajo y buscamos dónde vivir. El patrón de José y de mi compadre les prestó una casita, ahí estábamos más seguros. A ellos los contrataron en una mina muy grande, a tu hermano también, decía que él trabajaba llevándole agua a los trabajadores y le pagaban cinco centavos, creo, al día y nosotras lavábamos ropa que los trabajadores de las minas nos encargaban. Allá sí nos fue muy bien, Chepita se veía gordita y bonita, era ya casi una muchacha. Aquí casi

duramos dos años y por fin un día los hombres nos dijeron: “Alístense, dentro de tres días nos vamos de aquí, vamos a hacerles huaraches porque vamos a caminar mucho y también lleven zapatos para que cuando crucemos la sierra no tengamos problema. Ese mismo día compramos todas las cosas que íbamos a necesitar.

Llegó el día de la salida, te amarré en mi espalda como cuando andaba en campaña e iniciamos el camino. Tu hermano venía muy contento y nos decía: “¡Ahora sí ya no nos vamos a detener por ningún lado...ésta es la definitiva!” gritaba. Nosotros nada más lo escuchábamos porque no sabíamos, solamente Dios sabe, decíamos entre mi comadre Paula y yo.

Siempre caminábamos algo, los hombres iban mucho más adelante por si había algún peligro y nosotras escoltadas por tu hermano, atrás de los hombres, así duramos días, semanas y meses, llegábamos a ranchos a pedir comida o comprar con el poco dinero que traíamos. Por fin llegamos a Durango, no quisimos llegar al pueblo, le sacamos la vuelta nos acampamos como a una legua de ahí y fueron los hombres a ver qué movimiento había en el pueblo. Tu hermano se quedó con nosotros por lo que se ofreciera.

Al rato llegaron los hombres diciendo que algo andaba mal, que una noche anterior habían asaltado algunas tiendas y el Palacio de Gobierno. Habían matado a algunos guardias y policías; esto no les gustó a los hombres y dijeron: “vámonos de aquí”. Y así, caminamos grandes llanos, encontramos vientos y lluvias, subimos montañas, pasamos por pueblos y ranchos; a veces nos daban de comer, pero otros nos tenían desconfianza. Cruzamos por montañas, por un camino que le llaman el de los frailes, que un yori viejito nos señaló, hasta llegar a nuestra tierra. Bajamos las montañas tan rápido que no sentíamos el cansancio, ni tú llorabas, pareciera que también hubieras nacido en nuestra tierra, cuando desde lo alto de un cerro divisamos el mar y el río. Lloramos todos juntos de gusto y de alegría, no sé de qué, pero por fin habíamos llegado a nuestra querida tierra, donde habíamos de bautizarte con agua del Bacatete, agua que sale del corazón de nuestra tierra. Eso dije en aquel entonces y lo cumplimos tu papá, tu hermano Juan y yo, porque así se lo habíamos pedido a Dios.

## CAPÍTULO VII

### NUESTRA LLEGADA AL RÍO

Tu hermano iba muy contento desde que se subió allá arriba del cerro y vio el río yaqui, no se le notaba el cansancio, ya nos sentíamos en nuestra tierra, por eso estábamos contentos, allá a lo lejos ya divisábamos la sierra del Bacatete a donde teníamos que llegar para bautizarte como Dios manda. Caminamos todavía un día y una noche para llegar al río. Me acuerdo que tu hermano te cargó todo ese tramo porque luego te cansabas; no caminabas mucho.

Llegamos en pleno medio día, pasamos entre Cócorit y Náinari y tu papá quiso llegar directamente a Bácum porque ahí teníamos unos compadres que habían persignado a tu hermano Juan allá en Belem, él tenía cargo de cabo que su papá José Ignacio Mori le asignó desde niño porque así lo habían acordado con Juan Maldonado allá en el Bacatete.

Vimos muchas siembras en el camino por las orillas del río antes de llegar a Bácum. José dijo: “ya están sembrando nuestras tierras los hacendados”, a lo que mi compadre respondió: “Sí, a estas tierras está llegando mucho yori, desde antes de que nos fuéramos a trabajar a las haciendas, que con el tiempo nos van a querer mandar en nuestra propia tierra”.

Empezamos a escuchar el ladrido de perros, seña de que ya íbamos llegando al pueblo. José y mi compadre nos dejaron a orillas del pueblo; primero querían saber cómo estaba, luego pasarían por nosotros”.

Mucho rato después, llegaron diciendo que todo estaba bien; que habían encontrado solamente a mi comadre Juliana, que se había quedado con sus dos hijos, Feliciano y José María.

Llegamos a la casa, a orillas del río, ahí estaba mi comadre Juliana de pie, esperando nuestra llegada, teníamos como diez años que no nos veíamos, la última vez que nos habíamos visto fue en Torocobampo cuando Cuamea llamó a todos, cuando el gobierno traicionó al Tetabiate, ahí en Bácum, quemando la iglesia y matando mujeres y niños.

Nos dio café y comida mi comadre y nos platicó cómo mi compadre se había ido a la sierra con el capitán Espinosa y Sibalaume a pelear con los pelones que querían meterse a la sierra. Nos dijo mi comadre que mi compadre tenía como dos meses que no venía a verlos porque había mucho federal; desde que mataron al Tetabiate habían querido meter mucho federal. En Tórim decían que todo el pueblo era de los federales, que no vivía ahí ningún yaqui.

Nos enteramos de todo lo que había pasado en todos estos años que no estuvimos en esta tierra. Estuvimos en Bácum uno o dos meses, tu papá José y mi compadre les dieron trabajo en el campo muy cerca de ahí y mi hijo Juan había salido para Belem a saber de los parientes y ver cómo estaba la situación en el cuartel de Pitahaya y si podía tener comunicación con la gente de la sierra. A los pocos días llegó Juan, tu hermano, con la noticia de que a mi hermano Joaquín se lo llevaron a Yucatán. A Natalia, a Pedro, Félix y Andrés los agarraron en el Wapari, pero de ellos no supo nadie, si los llevaron a Tucatán o al Valle Nacional, mi hijo no supo más.

Nos enteramos así, de cómo estaban las cosas en los pueblos, en [Vícam, Tórim y Pótam](#), donde había muchos pelones cuidando todo el movimiento de los yoremes. Estábamos muy a gusto con mi comadre y sus dos hijos, pero teníamos que bautizarte y nos preparamos para salir a la sierra, nada más que lo teníamos que hacer muy bien porque si nos descubrían sospecharían que andábamos haciendo algún mal, ya ves cómo era el gobierno, aunque uno no hacía nada de todas maneras lo colgaban a uno o lo fusilaban; ésa era la forma de tratar a los yaquis.

Cuando al fin llegó la hora de la partida tuvimos que hacerlo de noche por la vigilancia que tenían los federales en todos los caminos, Llegamos, saliendo el sol, a Belem. Tu hermano Juan ya había platicado con nuestros parientes, llegamos a la casa de mi tía Tomasa que vivía cerca de la iglesia, había muy poca gente, decían que todos se habían ido al otro lado de la sierra. “A nosotros no nos hicieron nada porque somos viejos, pero a los jóvenes los agarraban y se los llevaban a otros lados”, decía mi tía. Tu hermano Juan no se la llevaba en la casa, todo el día andando en las casas o en el río que pasaba a un lado del pueblo, pero siempre nos traía algo que comer, cosas que le regalaba la gente, ya que era novedad nuestra llegada al pueblo de otras tierras, aunque había familias que llegaron de otras partes, de otros pueblos, de este pueblo éramos los únicos, por eso la novedad.

Casi cumplimos el mes cuando nos propusimos hacer el viaje a la sierra del Bacatete. Nos preparamos, nuestros parientes y hermanos nos consiguieron dos bestias para cargar la provisión ya que íbamos a hacer el viaje al Bacatete y de ahí a San José de Guaymas a visitar a las familias de mi compadre Juan María, ellos querían saber si todavía estaban sus padres en la hacienda donde ellos fueron capturados y llevados prisioneros a las haciendas del Valle Nacional.

Viajamos también de noche, ya en la madrugada estábamos llegando a Sepobampo, ahí nos quedamos todos, solamente José se fue solo a ver cómo estaba el pueblo; al poco rato llegó y nos dijo que no había problema, que ya había notificado nuestra presencia en el cuartel general donde mandaba [José María Sibalaume](#). Llegamos por la mañana, los guardias nos encontraron en la entrada del pueblo y nos llevaron directamente con el general Sibalaume que estaba sentado en un tronco de mezquite bajo la ramada que le servía de cuartel general. Todos lo saludamos de mano, tu papá lo puso al tanto de dónde veníamos y cuál era el compromiso que habíamos hecho con nuestros compadres desde que salimos de Valle Nacional. El general estuvo atento a todo lo que le platicó José de nuestro viaje. Después de darle respuesta, como es la costumbre, el general nos mandó a la cocina y ordenó a la gente que nos sirvieran de comer, había una cocina muy grande que era para las visitas, que todo el tiempo habían tenido los yaquis allá en la sierra. Después de la comida, ya nos esperaba el maestro Sebastián, quien en un pequeño altar tenía agua que salía de las piedras del agujaje del Bacatete, porque eso era el compromiso de nosotros, el de bautizarnos con las aguas del Bacatete como todos los niños yaquis de la sierra.

Tu bautizo fue todo un acontecimiento, todo el pueblo estuvo ahí, hasta el general, que te deseó muchos años de vida y que tú ibas a ver el florecimiento de la tribu, que nosotros íbamos a triunfar sobre los yoris porque nosotros luchamos con el corazón en la mano, y ese don, nadie lo tiene más que nosotros, nos dijo el General.

Se hizo rápidamente una pequeña ceremonia donde saludamos de mano a tus padrinos y el campamento nos brindó comida para festejar el acontecimiento de nuestra llegada.

Tu papá José se fue al [Bacatetito](#) esa misma tarde a visitar a su hermana Candelaria y su hermano Francisco, les dijeron ya muy tarde, por eso no habían ido a tu bautizo. Él creyó que se los habían llevado también, como a nosotros, a otras tierras, porque él había sabido que los

habían agarrado en Los Pilares cuando iban para la misa. Ahí mataron a tu abuelo y su señora, tu papá no iba con ellos ya que nosotros nos habíamos ido a Torocobampo a visitar a otros parientes de José.

Esa noche casi nadie durmió, había fiesta en el campamento, tu papá llegó a media noche con tus tíos, querían conocerte y saludarme. Los hombres se apartaron y se fueron a la guardia, ahí le contaron al general todo lo que habíamos sufrido, yo también le platicué a las mujeres, todas me escucharon atentas, sentadas alrededor de la lumbrada. Nadie tenía sueño, pero en ese momento algunos me preguntaban: “¿Y es bonito allá?” yo les contestaba que sí, pero la forma en que nos trataron los yoris te hace ver las cosas de diferente manera, o sea que nosotros como si no viéramos lo bonito de los lugares por los que anduvimos porque teníamos mucho odio y rencor, lo que queríamos era regresar acá y estar con ustedes y defender nuestras tierras de esos hombres ambiciosos que son los yoris. Ahora me doy cuenta de todo esto, es más, yo no entendía por qué nos llevaban a otras tierras, hasta que mi hijo Juan me abrió el pensamiento, de que nos mataban porque querían nuestras tierras, montes, mares y montañas, eso es lo que quieren, por eso nos quieren acabar. Eso me lo dijo Juan, mi hijo.

Todo esto le platicué a las mujeres, algunas lloraban porque habían perdido a sus hijos en la guerra contra el yori y me preguntaban que si yo no sabía cuándo se iba a terminar todo esto; yo les contaba que no sabía pero que ahí estaba Dios, solamente él sabe cuándo, las consolaba.

Platicamos mucho hasta que amaneció, ya cada quien se fue a su quehacer, a servirles de comer a sus hombres. Nosotros comíamos en la cocina del General Sibalaume, ahí ayudábamos a las demás mujeres. Esta cocina servía para dar de comer a las visitas o al correo que llegaba todos los días a notificar las novedades de los campamentos, se informaba al General de todo lo que sucedía acá, en los pueblos, los movimientos de los federales, todo eso.

En el Bacatete estuvimos tres días y sus noches, de ahí nos fuimos con sus tíos al Bacatetito, está un poquito más a al norte, era otro campamento que servía de vigilancia al cuartel general, porque al sur tenían una vigilancia en Tetacombiate, dos o tres leguas también del Bacatete. Todo estaba bien organizado, eso lo noté desde que entramos al camino que nos llevó al cuartel general, porque José me dijo, mucho después, que antes de que llegáramos al primer cerro que rodea Tetacombiate, ya éramos observados por los vigías y que nos siguieron

vigilando hasta llegar al cuartel. Me dijo José que mi compadre también lo notó, pero no dijo nada para no asustarnos.

En el Bacatetito teníamos como dos semanas cuando mi compadre y su familia acordaron irse para San José de Guaymas porque necesitaban trabajar y mi compadre no estaba acostumbrado a la vida de la Sierra, siempre, desde pequeño había trabajado en los campos, aunque ellos eran viqueños no estaban acostumbrados aquí en los pueblos.

A tu papá se le ocurrió ir con ellos para encaminarlos, decía él, por si se ofrecía algo en el camino. Me acuerdo cuando se fue mi comadre, por cierto, fue un domingo, ellos se fueron después de dar gracias a Dios, en pleno medio día, ahí al pie de la Sierra del Bacatete los despedimos, tus tíos y nosotros, pensando, a ver cuándo nos volvemos a ver; primero Dios, pensaba yo.

Nosotros nos quedamos todavía un buen tiempo, José regresaba de San José de Guaymas y tu hermano ya participaba en las correrías por toda la sierra. Al principio me daba miedo, pero me acostumbré, porque así es la vida allá en la sierra, además de que esa era la obligación de todo hombre yaquí, de defender lo suyo, la tierra.

Casi un año estuvimos con Sibalaume, a tu papá le dieron una misión por parte de la gente del general y tuvimos que regresar al pueblo de Belem y quedarnos ahí mucho tiempo porque parecía que las cosas habían cambiado, ya casi no se veían federales cuando tú empezaste a tener uso de razón y aquí estás, ahora ves las cosas con tus propios ojos, ahora comprendes por qué te platico todo esto, porque ya eres grandecita.

## CAPÍTULO VIII

### VIVIMOS MUCHO TIEMPO EN BELEM

Yo admiré mucho a mi mamá Refugio porque era muy valiente, con ella aprendí a querer y a odiar, a llorar y luchar. Nos dejó toda esta historia que duele mucho al recordarse, por eso no quisiera ni contarla, pero es necesario que lo sepan, para que vean que no fue fácil nuestra vida en esta tierra.

En Belem vivíamos enfrente de la iglesia, mi papá y mi hermano Juan sembraban un pedazo de tierra que el pueblo les había dado al otro lado del río; estaba muy cerca el río porque yo iba a llevarles comida cuando ellos trabajaban. Sembrábamos frijol, maíz, calabaza y sandía, casi todos tenían siembras. Era muy bonito antes, no había hambre, nosotros no comprábamos nada, solamente café crudo y azúcar que nos vendía Don Jesús, un viejito yori que venía, no sé si era de Pótam o de Tórim, pero él vendía lo que nos hacía falta.

Recuerdo que mi papá y mi hermano Juan se iban para Guaymas a vender calabazas, frijol y petates que hacía mi mamá para sacar un poco de dinero. Me decía mi papá que se iban por mar, en canoa, nunca me quisieron llevar porque todavía era chiquita. “Cuando seas grande te vamos a llevar para que conozcas y compres muchas cosas para ti y vamos a visitar a tus padrinos a San José de Guaymas”. Eso me decía mi papá José.

Todos los Domingos íbamos al Konti, yo participaba mucho en la [iglesia](#), me iba con mi madrina Juana, que era la Kyostey de la iglesia y mi padrino Esteban que era como el Kapia o encargado de la iglesia de mi pueblo, este señor todos los Domingos hablaba de Dios con nosotros, aparte de Don Faustino que era el Piksán Mool o el que impartía la doctrina de Dios.

En ese tiempo empecé a darme cuenta que muchos de nuestros parientes vivían en la Sierra y otra parte de Tucson, en este tiempo ya me daba cuenta de lo que pasaba allá en la Sierra y aquí en los pueblos.

En una ocasión llegaron unas gentes, decían que era una comisión que venía del Bacatete y Torocobampo a platicar con los gobernadores de los pueblos, ellos eran gente del Sibalaume que estaba allá en el Bacatete. En esta comitiva iba el señor Ignacio Mori, papá de mi hermano

Juan; él nos platicó que lo saludó en la reunión que hicieron con los gobernadores; llegó muy contento mi hermano porque su papá lo había invitado a la Sierra a participar en la lucha para que defendiera nuestra tierra.

Mi papá José nos enteró de todo lo que había pasado en la reunión, que dijeron los visitantes que el General Sibalaume los mandó a los ocho pueblos para que le notificaran que Madero les mandaba cartas invitándolos a tomar las armas a cambio de regresarles las tierras que ocupaban los yoris. Eso era lo que venían platicando los señores por los pueblos. Después, mi papá y mi hermano fueron llamados por las autoridades y nosotros también fuimos a escuchar lo que se platicaba en la reunión. Los gobernadores estaban consultando lo de la invitación que Madero le había enviado al Sibalaume y su gente.

Ahí me di cuenta de que no hubo acuerdo porque los yoris siempre habían traicionado al yaqui. Ya ves, al Tetabiate lo mataron, decían unos, siempre nos dicen lo mismo, dizque nos van a regresar las tierras, que van a sacar a los yoris y a los pelones, pero no es cierto, decía toda la gente. Entonces se formó una comisión para que consultaran personalmente al Sibalaume sobre su participación en el levantamiento de armas con Madero. Se nombró a cinco gentes y se les envió a la sierra.

Pe ro también se recibió la noticia en el pueblo, que la comisión del Sibalaume no había terminado su misión y que había regresado del pueblo de Vícam. No fueron a Tórim, Bácum ni Cócorit porque los pelones se habían dado cuenta de las noticias que llevaba la gente del Sibalaume por los pueblos, por eso el gobierno no lo permitió; porque tenían miedo de que los yaquis que vivían en los pueblos se fueran a la sierra, eso era todo.

Mi papá nos platicó que el único pueblo que había aceptado la invitación del señor Madero había sido Huírivis porque a ellos también los habían invitado. Se dijo que le mandaron una carta al gobernador Lucero y que por eso ellos confiaban en la palabra de este señor Madero, que era un señor que hablaba muy bien de los pobres y que le echaba mucho a los ricos, que eso lo había escuchado un hijo del pueblo mayor allá en la hacienda de José María Maytorena. Todo eso se comentaba, en los pueblos sabían de esa noticia, pero nunca lo supimos ya que mi papá nunca nos platicó.

Un tiempo después, se supo en el pueblo que venía una comisión de Huírivis a platicar con los gobernadores de Belem, según para saber el resultado de la opinión que tenían sobre las cartas que Sibalaume había mandado con una comisión del Bacatete.

Un Domingo después del conti llegaron los huiriveños y su gobernador, un tal Ignacio Lucero, con sus capitanes y maestros de la Iglesia; también traían cartas de este señor Madero que el gobernador había recibido.

Se juntó todo el pueblo para escuchar el mensaje que traían los visitantes.

También dijeron lo mismo. Se habló mal del gobierno de Porfirio Díaz y que un señor Madero quería luchar contra él y ser presidente de la República para apoyar a los pobres como nosotros. Dijeron que si participaban los yaquis y ganaban la guerra, se quitarían todos los cuarteles federales y que nos regresarían las tierras que nos habían quitado. Se habló muy bonito, pero el gobernador de Belem, Jesús Ujyolimea dijo que ellos ya habían tomado una decisión: dejarlo en manos del General Sibalaume (que ya había mandado una comisión), no participar como pueblo porque afectaba a la gente que no puede pelear en la sierra; que lo habían dejado en manos de Sibalaume porque el General representaba la lucha de todos, sin afectar a ningún pueblo del río.

Esto se dijo, no hubo ya otro comentario. Los pueblos agradecieron la visita de las autoridades de Huírivis y se fueron éstos a su pueblo con la razón de que nuestro pueblo no participaba en la toma de armas sin saber qué información traían los comisionados con el Sibalaume. Al tercer día llegó la comisión y fue convocada toda la gente del pueblo. Yo me fui con mi mamá a la iglesia y de ahí nos fuimos a la guardia a conocer la noticia del Sibalaume.

Cuando llegamos ya estaban ahí mi papá y mi hermano Juan escuchando a un señor, no me acuerdo cómo se llamaba, creo que Antonio Tori y a cuatro hombres más, quienes parados y con grandes rifles en los hombros informaban del encuentro con el General. Este señor Antonio fue el de la palabra y les dijo a las autoridades que el jefe Sibalaume no iba a participar en el levantamiento de armas porque ya no confiaba en los yoris; menos aún en los desconocidos. Lo que el General solicitó a las autoridades fue que le mandaran jóvenes para reforzar sus fuerzas allá en el Bacatete. Con esta solicitud mi hermano se puso muy contento y mi mamá muy triste.

## CAPÍTULO IX

### NOS FUIMOS A LA SIERRA

Mi papá y mi hermano no quisieron dejarnos en el pueblo, hicimos mochila y nos fuimos caminando hacia la sierra. La gente del General nos encontró en el cañón de Los Leones. Nosotros éramos como cuatro familias todas del pueblo de Belem, al parecer los hombres ya sabían que este señor nos encontraría en el lugar, creo que mi mamá también porque se sentían muy seguros en la caminata; entonces, acampamos a la orilla de un arroyo grande. Ahí estuvimos un buen rato y al poco tiempo divisamos un jinete que venía por el lado del Tetacombiate. Era un señor llamado Antonio Cúpiz que venía de avanzada del Sibalaume. Los hombres con los que veníamos se adelantaron y no sé qué platicarían; no escuchamos nada porque estaban un poco retirados, nosotros estábamos mucho muy lejos, debajo de unas piedras muy grandes. Después de que se saludaron apareció a lo lejos un grupo de jinetes a todo lo largo del arroyo y poco a poco se fueron acercando hasta que logramos divisarlos bien: eran seis hombres armados, todos a caballo. Saludaron a los hombres, platicaron largo rato y después se dirigieron a nosotros. Mi mamá ya los conocía porque los hombres le hablaron por su nombre, después supe que eran lugartenientes del General Sibalaume, de ahí nos fuimos con ellos al Bacatete, al cuartel general, escoltados por los señores que nos encontramos en el cañón de Los Leones, más acá de Tetacombiate. Era ya muy tarde cuando llegamos al Bacatete, ahí estaban ya esperando mi tía Candelaria y mi tío Francisco; ellos vivían en el Bacatetito desde hacía mucho tiempo, a ellos les dio mucho gusto al vernos, nos saludaron y nos encaminamos a la guardia a saludar al General Sibalaume.

Todos pasamos a saludarlo, mi papá habló en la bienvenida, ya que después nos dieron un lugar en el campamento y nos asignaron una chocita por allá por debajo del cerro. Esta casita era de una familia que se había ido para Buenavista hacía dos años y ya no regresaron y a las demás familias les construyeron sus chozas con la ayuda de todos los hombres. Yo no sé de dónde salía tanta gente, porque en un ratito hicieron cuatro casitas de pitahaya y ya estábamos viviendo en el Bacatete.

En el campamento, Sibalaume mandó llamar a mi papá José y a mi hermano Juan y me dijo mi mamá: “Vamos a oír la plática a la guardia, a escuchar para qué quieren a José y a tu hermano” y nos fuimos detrás de ellos. Cuando llegamos, tenían a mi hermano y otros dos muchachos parados frente al General. Del lado izquierdo estaban los señores Mori y Zapajiza, por el otro lado estaban Espinoza y Cuamea y en las otras bancas estaban los capitanes que eran como ocho y un señor que tenía una espada en la mano estaba parado junto a los muchachos diciendo un sermón. Después del sermón se puso frente a ellos otro capitán con penacho de coyote y dirigió otro mensaje a los muchachos. Cuando terminó de hablar hizo una señal y se levantaron tres hombres con un arco y flechas en la mano cada uno y se los entregaron a cada muchacho. Entonces se escuchó la voz del General que les dijo:

“Ustedes son yaquis y hoy en esta sagrada tierra herencia de nuestros antepasados, han sido consagrados como guerreros para la defensa de la nación. De hoy en adelante ustedes son hombres que lucharán para conservar esta tierra, el agua, el monte, la montaña y el mar. Si es preciso morir por ella, como murieron nuestros abuelos, para que mañana o pasado nuestros hijos no se avergüencen de nosotros.”

Estas palabras se quedaron grabadas en mi mente y nunca se me olvidaron, después de esta ceremonia el señor de la espada los llevó al frente de la cruz hacia la salida del sol y pasan tres hombres con un rifle cada uno y se los entregan a cada uno de los muchachos y los hicieron disparar tres veces al aire en señal de que ya estaban preparados para participar en la campaña contra el yori. Mi hermano estaba muy contento, hasta se reía solo porque ya era un hombre consagrado para la lucha y defensa de la tierra. Eso me decía mi papá, que mi hermano ya no era cualquier persona, que tenía a cuesta una gran responsabilidad.

Al otro día ya estaba en la guardia. Había sido llamado por el señor Ignacio Mori, su padre, para recibir su primera encomienda. Él y los dos muchachos que habían sido consagrados. Les dijeron que tenían que traer alimentos, que el campamento ya no contaba con víveres por lo que tenían que traer comida para todos, a ver cómo le hacían; ésas fueron las órdenes precisas de los capitanes “Y que regresen hasta que encuentren algo que traer, si no, no los queremos aquí”, ésa fue la orden.

Esa misma noche mi mamá le hizo comida para el camino, le envió carne seca, un pedazo de piloncillo y pinole para los días que tenían que andar por allá. Mi papá platicó con mi hermano,

le aconsejó (porque también a él le tocó vivir esa experiencia) que la única manera de conseguir algo que comer era en los pueblos: maíz, frijol, calabaza, pero lo que querían los capitanes y el general era algo traído de los pueblos grandes o haciendas; esa era la consigna, además de que ellos iban a saber luego de qué pueblo iban a traer aquello, o sea, que no iban a batallar para conseguirlo y ese no era el caso.

Entonces mi papá le dijo a mi hermano que si no podían conseguir nada en las haciendas se fueran allá con su compadre en San José, cerca de Guaymas, ahí mi compadre sabía moverse, pero eso era en caso de que no pudieran conseguir nada.

Esa misma noche se fueron rumbo a Los Pilares, mi mamá se quedó bien triste. Mi papá le dijo que todo iba a salir bien, que en menos de tres días iban a regresar con lo encomendado por los capitanes.

Todo transcurrió tranquilo, empezamos a acostumbrarnos a la sierra. A los tres días, siendo de noche, le avisaron a mi mamá que mi hermano Juan había llegado y nos fuimos corriendo a la guardia. Ahí estaba mi hermano con los otros muchachos parados frente al general, rindiéndole cuentas de la misión encomendada. Entregaron cinco caballos, comida, ropa y calzado. El General movió la cabeza en señal de aceptación, pero no les dijo nada, hizo una seña con la mano derecha y un capitán les dijo que se fueran a descansar después de haber observado que no se quedaban con nada porque esa era la regla de los generales yaquis.

Nunca supimos cómo habían logrado todo lo que habían traído porque mi hermano nunca nos lo dijo; después mi papá nos dijo que no preguntáramos nada a Juan porque todas esas cosas quedan en secreto, como seguridad para la tribu; disposiciones que existen desde hace mucho tiempo, desde que llegaron los yoris a estas tierras, por eso nunca le preguntamos más cosas a mi hermano, porque se había convertido en todo un guerrero yaqui.

Transcurrieron los días, meses tal vez y todo era tranquilidad para mí, a veces escuchaba a mi papá platicar con mi mamá sobre la situación de los yaquis allá en los pueblos y los de aquí de la sierra. La forma en que el gobierno quería que los gobernadores y la gente de Sibalaume, Castillo y Cuamea acordaran con ellos la firma de la paz, pero los de la sierra no estuvieron de acuerdo. Mi papá nos decía que Sibalaume nunca iba a aceptar la propuesta del gobierno, el yori siempre ha traicionado al yaqui y eso lo tenía bien presente el general, por eso era difícil

otro tratado de paz. En eso todos estamos de acuerdo, ya ves lo que le pasó al Tetabiate, el gobierno hizo que los mismos yaquis lo mataran; eso es lo que quieren de nosotros.

## CAPÍTULO X

### DEL BACATETE AL BACHOMOBAMPO

Para mí todo era normal, yo no sabía del tiempo, no sabía de meses, mucho menos de años; éramos como animalitos, así crecimos todos los que en aquel entonces vivíamos en la sierra del Bacatete. No tuvimos escuela, antes no se usaba eso, la escuela de nosotros era cómo defendernos, cómo disparar un arma, cómo subir los cerros, eso era lo que nos enseñaban nuestros mayores. Para nosotros era bonito porque nosotros todavía no pensábamos en el peligro, ni sabíamos por qué había yaquis allá en el río, en San José de Guaymas, en las haciendas, hasta en Tucson. Ya mucho tiempo después me di cuenta de todo este relajo y darme cuenta de también que, a pesar de vivir unos lejos de otros, tenían la facilidad de comunicarse como nosotros. Teníamos unos tíos en Tucson, un hermano y una hermana de mi mamá que tenían allá como diez años. A mi tío Beneristo y mi tía Micha los conocí muchos años después en Magdalena, cuando fueron todos los ocho pueblos.

Muchos de los que vivíamos en la sierra teníamos parientes en el otro lado; los del río también porque todos somos yaquis, pero los de la sierra los frecuentaban más, creo yo, porque todos mencionaban el nombre de Tucson. Decía mi papá que la mayoría de los jefes conocían para el otro lado, allá con los gringos.

Una tarde llegó mi papá del Bacatetito con la noticia de que el señor Maytorena quería una plática con el General Sibalaume y le mandó una carta donde le explicó que él se reuniría a la lucha con el señor Madero para derrocar a Porfirio Díaz, que ya era hora de que el mal gobierno muriera para el bien de los pobres porque eso es lo que quiere el señor Madero; pero como este asunto ya lo habían tratado, a los yaquis no les gustó, aparte de que querían la plática en una de las haciendas allá en La Misa. El General no la pensó mucho; ese mismo día mandó la respuesta al señor Maytorena, notificándole que los yaquis asentados en la sierra ya habían acordado no participar en el levantamiento armado proclamado por Madero y le agradecían a Maytorena su confianza y buena fe en los yaquis. Así le respondió el General Sibalaume a Maytorena. En esos mismos días llegó el correo del Río Yaqui donde gente de Vícam le notificaba a Sibalaume que el gobierno estaba realizando movilizaciones de soldados de Bácum a Tórim con rumores de que se internarían en la sierra a bajar a como diera lugar a los yaquis remontados. Esta noticia obligó al General a hacer una reunión urgente con todos

los capitanes y hombres del campamento. Mi mamá decía que presentía algo feo, decía que ya había soñado que habían matado a mi papá. Eso que dijo empezó a preocuparme y le pregunté a Juan, mi hermano, qué pensaba él de lo que se decía y me respondió que no me preocupara, que todo iba a salir bien, que nosotros íbamos a morir de viejos. Le preguntaba si él no tenía miedo y me decía que no. Lo que más deseaba era enfrentar a los pelones para darle uso al arma que le habían entregado los capitanes cuando lo consagraron como guerrero yaqui.

El General y los capitanes yaquis ordenaron a todos los hombres prepararse para la defensa, porque de un momento a otro tendrían a los federales en toda la sierra.

Se tomaron acuerdos de distribuir a la gente a todo lo largo de la sierra para no presentar un solo frente; ya había salido un emisario al Torocobampo a notificarle al General Castillo de Bácum sobre los acuerdos tomados con los capitanes en el Bacatete.

A mi papá le tocó ir al [Bachomobampo](#) y mi hermano tenía que quedarse en el Bacatete con el General Sibalaume y eso lo enorgullecía, se puso muy contento cuando el capitán Ignacio Mori le dijo que él se quedaría en el Bacatete y nosotros teníamos que tomar camino rumbo al Bachomobampo, donde, decía mi papá, era el otro extremo de la sierra. Empezaron los preparativos para el viaje a este lugar desconocido para mí hasta que un día Domingo (digo Domingo porque se hizo una misa para todos los que íbamos a salir). Ya muy tarde tomamos por la cañada del Samahuaca, cruzamos esta sierra y caminamos con rumbo al Agua Caliente, donde acampamos ahí cerca. Al otro día en la madrugada tomamos con rumbo a unos cerros que parecían no ser tan grandes hasta que estuvimos sobre ellos y a la metida del sol llegamos a Bachomobampo, ahí encontramos algunas familias de Tórim y Cócorit, ellos nos recibieron muy bien, tomamos café y comimos carne de venado. Después de la bienvenida los hombres se juntaron en la ramada donde se reunían para las pláticas para acordar, supongo, el cómo organizarse contra los pelones.

Al otro día todos se organizaron para hacer las chozas de pitahayas para las familias que habíamos llegado al campamento. Al tercer día llegaron otras familias del pueblo de Bácum y poco a poco fue creciendo el pequeño campamento, éramos ya muchos y eso me daba confianza. La gente de Bácum llegó diciendo que habían llegado muchos pelones al cuartel de Tórim a cargo del General Lorenzo Torres que en ese tiempo comandaba a los pelones aquí en tierra yaqui.

Después de cinco días llegaron unas gentes con un cargamento en bestias y decían que traían comida. Resulta que eran armas y parque que mandaba el capitán José Mátuz de Torocobampo con instrucciones de ser repartidos entre todos los hombres del campamento de Bachomobampo. Ahí mismo, mi papá y un señor llamado Francisco Sol “Chico ta´a” le decían, organizaron a la gente y pusieron vigías en los cerros cercanos y dieron la orden de estar alertas; las familias estaban preparadas para salir corriendo en cualquier momento.

Esto que platico fue un pequeño susto porque todo estaba en calma, pasaron muchos días y nada, cada dos días se recibía la noticia, no sé cómo le hacían los yoremes para saber todo el movimiento de los soldados, pero sabíamos todo al instante. Mi mamá me sacó de la duda mucho tiempo después; que los yoremes tenían gente que corría por la sierra o por medio de señales se daban la noticia si había un levantamiento por la mañana en el Bacatete o Moscobampo; ésa misma noche se sabía en todos los campamentos donde había alzados, hasta en los pueblos de río y decían que hasta en las haciendas de La Misa y San José de Guaymas, por eso el gobierno no nos hizo nada, era muy difícil matar a todos porque los pelones no conocían la sierra y nosotros sí porque ahí crecimos y nuestro padres nos enseñaron cómo vivir en el monte o en la sierra, esa era nuestra ventaja sobre los pelones desgraciados; si se sabía que los pelones rondaban la sierra, llegaban solamente de paso al Agua Caliente y salían por La Misa, pero no se enfrentaban a los yoremes porque les tenían miedo, o no sé qué pensarían porque rodeaban toda la sierra y no atacaban a ningún campamento. Me acuerdo que el capitán Cuamea, lugarteniente de Sibalaume decía: “Estos yoris rajones qué pensarán, yo me estoy enfadando, o se están haciendo tontos”, esto dijo cuando nos visitó allá en el Bachomobampo; por cierto, mi mamá le preguntó sobre mi hermano Juan y el capitán le respondió con una sonrisa, pero no dijo nada. Después le dije a mi mamá que el señor era muy irrespetuoso porque no me había respondido la pregunta, pero ella me dijo, es que sí te dijo la respuesta; “con su sonrisa me dijo que mi hijo estaba bien”. El caso es que yo nunca lo entendí, y mi mamá Refugio sí.

Pasó el tiempo y un buen día mi papá nos avisó que teníamos que ir al Torocobampo a festejar la Semana Santa porque avisaron de los pueblos que ya habían pasado todos los viernes de pasión de Cristo y que el próximo lunes iniciaba la [Semana Santa](#). Me dio mucho gusto, lo que yo quería era salir de ahí a conocer otros lugares. Hicimos mochilas y nos fuimos todos al campamento dejando solamente una vigilancia de cuatro hombres. Llegamos al

Torocopobampo y nos recibieron con comida, había mucho [wakabaki](#) y tortillas, había chapayecas, [había todo](#). La iglesia estaba debajo de unos mezquites, ahí había imágenes, creo que de Bácum y de Cócorit. En este campamento había mucha vigilancia, había más hombres vigilando arriba de los cerros alrededor del Torocopobampo. Gracias a Dios todo salió bien, era la primera vez que veía gloria en la sierra, aunque después la vi en el Bacatete, en el cerro de la gloria, ahí la vi diferente, pero eso fue mucho tiempo después.

Después del domingo de pascua nos regresamos al Bachomobampo, llegamos en la madrugada, no tuvimos ningún problema en el camino y llevamos mucha comida a casa.

Un día llegó la noticia de que el general Torres traía una avanzada de pelones sobre la sierra por el punto del Wakesi, por el Cañón del Álamo, con las intenciones de barrer toda la sierra y tapar todos los agujajes. Esto, como respuesta al Sibalaume y sus hombres por no querer someterse al supremo gobierno. Que el gobierno estaba cansado de tanta refriega y claro que los yoremes no se daban por vencidos. “Que venga ese generalito a ver de a cómo nos toca, a ver si es tan macho, nosotros también sabemos cómo defendernos” decían los capitanes yaquis.

Esa misma noche no dormimos, pendientes de la llegada de los pelones. Yo dormía de a ratitos, mi mamá sí que no dormía, mucho menos mi papá que estaba allá arriba de los cerros con nosotros. Nada más había como seis hombres por si teníamos que salir, ellos servían de guía porque ellos sabían a dónde teníamos que ir.

La segunda noche la pasamos sentados sin pegar los ojos. Casi en la madrugada allá a lo lejos escuchamos un disparo, luego se escuchó desde lo alto del cerro como un silbido, el disparo venía del Torocobampo, decían los hombres que estaban con nosotros. Todo era silencio, no se escuchaba nada, nada más el sonar de los 30-30 y los máuser allá a lo lejos. De repente se escuchó una balacera y poco después todo quedó en silencio. Uno que otro disparo se escuchaba, pero eran armas de los yaquis, según los señores que estaban ahí, porque los disparos de las armas de los pelones son diferentes a las de los yoremes; ellos sabían distinguir eso.

Luego amaneció, vimos algunos hombres descender de los cerros y uno de ellos, a caballo, llegó al campamento desde el Torocobampo. Le informaba al comandante Francisco (Chico Ta´a) la novedad de parte del capitán Castillo que había defendido el campamento, que habían

tenido algunas bajas pero que el enemigo se había retirado con rumbo a Las Tórtolas y que esperaban otro ataque esa misma tarde, que estuvieran alertas, ya que podía ser Bachomobampo el próximo puesto atacado y que protegieran a las mujeres y niños.

Esa misma tarde nos ordenaron que fuéramos a otro lugar, nada más los hombres se iban a quedar ahí a esperar a los pelones y nosotros nos cambiamos mucho más allá de Bachomobampo, muy cerca de donde estaban unas familias de Cócorit con el capitán Valencia, muy cerca de Buena Vista, pegado al río. Ahí teníamos que estar hasta nueva orden.

Yo notaba en mi madre preocupación; era por mi hermano Juan que se había quedado allá en el Bacatete con el general Sibalaume. Se tenían noticias de que el general Torres estaba atacando los campamentos más importantes de los yaquis. Eso nos preocupaba porque mi hermano y mis tíos estaban allá. Aunque la mayoría de las mujeres y niños se habían ido a San José, a las Minas y haciendas a refugiarse de los ataques de los pelones.

De este lugar nos fuimos al Sahuaral, más allá de Bachomobampo, ahí estuvimos algunos días esperando noticias de la campaña. Estando en el Sahuaral se nos enfermó mi mamá y tuvimos que llevarla a La Dura más allá del río, un pueblo de minas. Mi mamá se había enfermado del pecho, tenía mucha tos y flemas así que mi papá nos llevó a ese pueblo para que la atendiera una señora que se llamaba Juana. Ella era yaqui del pueblo de Tórim. Se quedó allá porque a su esposo lo llevaron a Yucatán seis años atrás y prefirió quedarse en este pueblo con su única hija llamada Juanita. Nos platicó que a su esposo lo agarraron trabajando en la mina de aquí. “De este pueblo a nosotros no nos llevaron porque nos escondimos de ellos, si no, estuviéramos por allá” dijo doña Juana. Ahí nos dejó mi papá y se vino para la sierra otra vez. Mi mamá y yo nos quedamos todavía mucho tiempo en este pueblito donde vivían algunas familias yaquis, muchos de ellos originarios de los pueblos de aquí del río.

## CAPÍTULO XI

### LOS QUE ESTABAN AL FRENTE DE LOS ALZADOS

Doña Juanita conocía toda la historia de nosotros los yaquis, el tiempo que estuvimos con ella conocimos todo lo que había pasado, desde que llegaron los yoris a nuestras tierras. Nos contó de Cajeme, de Tetabiate, nos decía que Cajeme era puro interesado, que era ladino, por eso el gobierno le había dado el mando en la tribu, pero traicionó al gobierno porque se estaba haciendo fuerte, decía ella que lo conoció en Hermosillo y que nunca le tuvo confianza porque trabajaba con el gobierno, en cambio el Tetabiate no sabía hablar la Castilla por eso defendió su tierra y murió por ella. “Sí, toda esta tierra es de nosotros decía doña Juanita, los yoris llegaron después y ahora se creen dueños de todas estas tierras, hasta de nosotros y eso no lo debemos permitir”.

Nos platicó que ahora la defensa de nuestras tierras estaba en manos de Juan María Sibalaume y sus capitanes Caumea, Castillo, Ignacio Mori, Manuel Wikoi, Jesús Apache y Jesús Raju. “Estos hombres nunca nos van a traicionar y nunca se van a vender al gobierno como lo hizo José Loreto Villa y Espinoza”. A éstos les ganó la ambición, por eso mi viejo estuvo en la batalla del Mazocoba, ahí se escapó de ser llevado a otras tierras, aunque después aquí lo agarraron y se lo llevaron a Hermosillo. Ya tenemos mucho tiempo que no lo vemos y yo me quedé o nos quedamos aquí sin que nadie nos ayude, gracias a Dios mi hija Juanita tiene un trabajito en la casa de los patrones de esta mina, se gana unos centavitos, con eso estamos comiendo y lo que a mí me traen cuando curo a la gente; ése es nuestro trabajo aquí, por eso quisiéramos regresar a nuestro pueblo, pero tenemos miedo.

Con esta señora conocí muchas historias, todas amargas, ella nos decía: “Si yo fuera hombre allá estuviera en los pueblos, en la sierra, empuñando un arma, combatiendo a los pelones y demostrándoles que nosotros los yaquis somos muy tercos y nonos dejamos fácilmente”.

Mi mamá se recuperó de la enfermedad y se le ocurrió regresar al Yaqui, ya que mi papá no había vuelto y no sabíamos qué había pasado desde que nos llevó a La Dura. “Alístate”- me dijo- “nos vamos mañana muy temprano para estar pasado mañana en Torocobampo y si no

encontramos a tu papá nos vamos a los pueblos, pero primero tenemos que llegar a Torocobampo y de ahí a ver qué hacemos”.

Al otro día nos levantamos muy temprano. Doña Juanita no quería que nos viniéramos, ni la muchacha, dijo que era muy peligroso y luego solas, pero mi mamá ya había tomado esa decisión. Entonces Doña Juana le entregó una bolsa de carne seca y le regaló una pistola. “Para que se defiendan de los animales”, nos dijo. Nos despedimos de ellas y nos fuimos, ya estaba saliendo el sol. Tomamos el camino real con rumbo a Cumuripa, de ahí nos iríamos al Sahuaral para luego llegar a Bachomobampo. Caminábamos por trechos, duramos dos días y una noche hasta llegar al Bachomobampo, ahí no encontramos a nadie, todo estaba abandonado, parecía que habían atacado los pelones; descansamos un poco en la casa que teníamos ahí para, luego seguir caminando a Torocobampo. En este pueblo solo encontramos algunas familias ya que el resto se había dispersado, unos se fueron para más arriba hacia las montañas grandes, otros hacia los pueblos, el caso es que mi papá se nos había perdido.

En Torocobampo duramos como tres días, de ahí tomamos el camino con rumbo al río. Ya atardeciendo llegamos a la vía del tren y caminamos por toda la vía, nada más le sacábamos la vuelta a las estaciones, hasta llegar al pueblo de Belem, en dos días llegamos al pueblo, ahí estaban los viejitos, mi padrino Esteban y mi madrina Juana Washuechia, estaban muy contentos porque habíamos llegado, ellos le platicaron a mi mamá de todo lo que había pasado en el pueblo y en el Bacatete, que los pelones se habían metido hasta el Bacatete y que no se sabía nada del Sibalaume pues en el pueblo había preocupación por la campaña que estaba haciendo Lorenzo Torres en la sierra.

En Belem nos sentíamos más seguros, porque la mayoría de los que vivían ahí eran ancianos y eso lo sabían los federales, por eso no se metían; ellos lo que querían era dispersar a los yaquis alzados en la sierra. Mi mamá estuvo tentada de ir al Bacatete porque no sabíamos nada de mi hermano y esto le preocupaba mucho a mi mamá, hasta se había enfermado de tanto pensar en él, teníamos casi dos años que no lo veíamos, desde que los dejamos en el Bacatete con el General.

Nos asustaba pensar que a los del Bacatete los hubieran hecho prisioneros y a otros los habían colgado, todo eso se rumoraba acá en los pueblos, pero nadie sabía a ciencia cierta la verdad sobre los alzados.

Aunque mis padrinos siempre nos dijeron, para alentarnos, que, a los jefes, allá en la sierra, no les iban a hacer nada porque eran hombres de guerra, consagrados para defenderse y defender nuestra tierra, por eso nosotros no debíamos preocuparnos, decían mis padrinos.

Un día llegaron unos hombres a la guardia del pueblo, decían que eran de la sierra y todos nos fuimos corriendo a ver quiénes eran y sí, era la gente de José Caumea, el Capitán, lugarteniente del General Sibalaume. Los había mandado el general por alimentos y que no habían salido a buscar porque estaban rodeados por los pelones por todos lados, decían que los querían matar de hambre pero que ellos sabían cómo salir de la sierra.

Mi mamá se acercó a uno de ellos, llamado Jesús Jaimea, le preguntó si sabía algo de mi hermano y dijo que sí, que el General le había dado una misión a Ures, de llevar un papel de los yaquis para que el gobernador supiera lo que estaba pasando en la sierra. Este señor le dijo a mi mamá que no se preocupara, que su hijo estaba ahí con el Sibalaume, que era un buen muchacho y muy valiente.

En un ratito les juntaron frijol, maíz, les dieron tortillas, pan y pinole para la gente que estaba en la sierra. Esa misma noche se fueron, con la carga de comida hacia la sierra.

Yo noté en mi mamá un cambio, se veía más contenta, hasta me dijo: “en la próxima carga que salga a Guaymas te voy a llevar para visitar a tus padrinos allá en San José de Guaymas”. Nos teníamos que ir en canoa, de esas que llevan la mercancía a Guaymas, ahora llegan cada sábado, nos dijo mi nina y pensé: “Hasta que voy a conocer Guaymas, ahora sí voy a comprar muchas cosas, como me decía mi papá”, pensaba yo.

## CAPÍTULO XII

### LOS QUE GOBERNABAN EN EL RÍO

En Belem vivimos muy tranquilos después de nuestra llegada a la sierra, yo ya le ayudaba a mi mamá en la cocina y en las tierras; mi hermano Juan siguió en la sierra y mi papá se perdió, algunos nos decían que lo habían matado, que se había ido a Tucson o que estaba en Hermosillo, nadie nos dio un buen indicio para encontrarlo. Yo inicié mi actividad como futura encargada de los santos de la iglesia y me consagraron a ellos como una manda de por vida, compromiso que empecé a desempeñar en mi pueblo y después en otros pueblos cuando ya me casé.

Me enteraba de tantas cosas que pasaban con nosotros los yaquis porque nunca me separaba de mi mamá y a ella le gustaba mucho participar con la autoridad porque mi mamá también era autoridad en la iglesia y eso le permitía estar enterada de todos los problemas de los pueblos, tanto los de arriba como los de abajo.

De esta manera conocí a hombres como Loreto Villa, Pluma Blanca, José María Zapajiza, Luis Mátuz, Martín Lucero, Lázaro Bule y muchos otros que se fueron con el gobierno a pelear para que nos respetaran los pueblos. Decía la gente que ellos eran torocoyoris que no querían a los alzados que estaban en la sierra, el caso es que decían tantas cosas que mucho tiempo después comprendí porqué nosotros estábamos más de acuerdo con la gente que estaba en la sierra, porque ellos sólo peleaban por lo nuestro, que era la tierra, y no hacían pactos con caciques que querían que los ayudáramos a quitar de la presidencia a Porfirio Díaz y porque el General Sibalaume ya lo había acordado con los gobernadores, pero parece ser que Huírivis fue el único pueblo que no aceptó la propuesta de no apoyar a los yaquis en tumbar al señor Porfirio Díaz.

Mientras que esto pasaba en los pueblos del río, por fin dijo mi mamá: “Mañana salimos a Guaymas, alístate”. Pues no dormí, pensando en el viaje que iba a hacer a un lugar desconocido. Conocía Guaymas por referencias que mi mamá me platicaba cuando fueron tomados prisioneros en el Mazocoba y que de ahí se los llevaron al Valle Nacional.

Se llegó el día y nos alistamos. Muy temprano nos fuimos al atracadero donde llegaba una canoa grande y llevamos gallinas, huevos, verdura y frijol para vender y sacar un poco de dinero y comprar algo, principalmente ropa porque yo no tenía más de dos faldas y dos blusas y mi mamá también.

Al fin salimos, navegamos por los esteros hasta encontrarnos a mar abierto. Navegamos casi toda la mañana, llegando a Guaymas después del mediodía. Estaba yo asombrada, era un pueblo grande, con muchos yoris; nada entendía de lo que hablaban. Carros elegantes, con caballos bien bonitos, tiendas de ropa y de comida. Ahí encontramos algunos yaquis vendiendo su cosecha, otros paseando en las calles y saludamos a algunos.

Nosotros vendimos todo lo que llevábamos y con los centavos mi mamá me compró huaraches y un vestido, listones y rebozo. Ella también se compró unas cosas, como telas y botines para ella. “Y ahora”, me dijo mi mamá, “vamos allá con tus padrinos a ver si los encontramos”.

De Guaymas a San José nos fuimos en un carruaje que corría de Guaymas a las haciendas de San José y San Germán. Nos cobraron cinco pesos por las dos y muy pronto llegamos a este pueblito rodeado de haciendas muy grandes. Nos bajamos en la plaza principal y nos fuimos a la iglesia a dar gracias a Dios por nuestra llegada al pueblo. De ahí mi mamá preguntó por mis padrinos Juan María Mátuz y Paula Maldonado; ya que le dijeron a mi mamá por donde vivían y nos fuimos hacia unas casas casi casi afuera del pueblo, ahí vivían algunos yaquis trabajadores de las haciendas.

Llegamos a una casa de adobe con la cocina hecha de pitahaya y una ramada, entramos al solar y saludamos. Mi madrina no nos reconoció al principio, cuando mi mamá me pidió que me hincara delante de mi madrina ella me abrazó y le dio tanto gusto que casi lloró, tenía mucho tiempo sin vernos. Nos pasó a la cocina y nos dio café y comida. Decía ella que no me veía desde que me bautizó allá en el Bacatete. Mi mamá empezó a preguntar por mi padrino y su hija Josefina. Ella nos dijo que su esposo trabajaba en la hacienda del señor Morales. Por la tarde llegó Don Juan del trabajo, nos saludó y se puso muy contento porque estábamos de visita en la casa.

Decía mi padrino riendo: “Aquí no es como en el Valle Nacional, comadre” y mi mamá se quedaba muy seria con las bromas de mi padrino.

Platicaron de la situación de los yaquis alzados que llegaban a las haciendas solicitando ayuda en comida, dinero y parque, todos ellos del Bacatete. Decía mi padrino que los trabajadores de las haciendas habían ayudado a unas familias enfermas que habían llegado de la sierra, que uno de los hacendados los había descubierto pero el hijo de Don José María Maytorena se los había llevado a Guaymas para que los atendiera un doctor.

Mi mamá estaba muy atenta a lo que mi padrino le decía porque mi hermano seguía en el Bacatete. La última noticia que teníamos era que había salido a Ures, comisionado por los capitanes yaquis.

Nos quedamos en San José tres días y decidimos regresar a Belem. Mi padrino nos sugirió que regresáramos en tren, que él tenía amigos treneros y podía hablar con ellos para que nos dejaran cerca del cuartel de Pitahaya, en Estación Mapol o Pitahayita. Al siguiente día nos trasladamos a Empalme, ahí había muchos trabajadores yaquis. Mi padrino habló con algunas gentes y nos presentó como trabajadores del señor Maytorena. Nos dieron unos papelitos y pudimos subir al tren después de esperar un poco. Al oír el silbido del tren que llegaba de Hermosillo, nos despedimos de mi padrino, nos acomodó las bolsas que llevábamos. El viaje me pareció una maravilla, era la primera vez que viajaba en tren, veía pasar sobre la ventanilla mezquites, sahuaros, cerros, arroyos. Me pasaba de un extremo a otro para ver el paisaje que se presentaba ante mis ojos, se me hizo muy rápida la llegada; mi mamá me dijo: “En la próxima estación nos bajamos, parece que el maquinista ya sabe”. Todo esto lo había arreglado mi padrino, nos dijo que por mar era muy peligroso por el mal tiempo que había, al parecer era tiempo de lluvias.

Nos bajaron enfrente del cuartel de Pitahaya, ahí había un destacamento de pelones que cuidaban la entrada de yaquis a la sierra y también de la gente que venía del Bacatete. Mi mamá le dio las gracias a la gente que venía con nosotros en el tren, unos señores vestidos de negro. “Levántales tu mano en señal de despedida y agradecimiento”, me dijo mi mamá. Nos quedamos de pie hasta que el tren se perdió en la distancia y sólo se veía el humo. Cargamos las cosas y empezamos la caminata, era pleno mediodía, llegaríamos a Belem metiéndose el sol, según mi mamá. Cuando íbamos cruzando los llanos divisamos unos soldados que venían a nuestro encuentro; eran tres nacionales que querían saber de dónde veníamos y qué traíamos en los costales. Revisaron nuestras pertenencias y nos dejaron ir. Mi mamá se enojó mucho

con ellos, les dijo yaquis traidores, vendidos, torocoyoris. Mi mamá se desquitó con estos hombres y a ellos sólo les quedó reírse de todo lo que mi mamá les gritó.

Le pregunté por qué los había tratado así y mi mamá me respondió que ellos se merecían eso y mucho más. “Algún día vas a entender por qué son traidores estos yaquis vendidos”, me dijo. “Y ya no me preguntes porque me puedo morir de coraje”. Con esta reacción de mi mamá ya no quise preguntar nada en todo el camino hasta llegar a la casa en Belem.

## CAPÍTULO XIII

### LOS YAQUIS QUE FUERON A LA REVOLUCIÓN

Estábamos en Belem cuando se recibió la noticia que el pueblo de Huírivis convocó a toda su gente a tomar las armas en contra del mal gobierno de [Porfirio Díaz](#). En nuestro pueblo nadie se alborotó por esta noticia; todos decían que el pueblo de Huírivis no había respetado el acuerdo que el general Sibalaume había tomado con todos los gobernadores y capitanes alzados.

Todos los yaquis de Huírivis se fueron con [Obregón](#) a la revolución con la promesa de que nos regresarían las tierras y la salida de los pelones de nuestras tierras y sabemos que ese compromiso nunca se cumplió.

En la reunión de la comunila se informó que se fue mucha gente, al frente de ellos iban José Amarillas, Lázaro Bule, Lino Morales, Luis Mátuz y muchos más de quienes no recuerdo sus nombres. Mi mamá me platicaba que algunos parientes de nosotros se fueron en esa bola.

Todo se apaciguó, nadie tomaba en cuenta en un tiempo a los yaquis alzados. Se llevaron una parte de los pelones del cuartel de Pitahaya y también de Tórim, según noticias, porque se decía que allá en México tenían que proteger al presidente porque en todas partes había inconformidad. Eso se platicaba en los pueblos, por eso nos enteramos. También sacaron a todos los pelones de la sierra del Bacatete.

[Todos los pueblos](#) estaban en calma, los de la sierra empezaron a visitar a sus parientes aquí en el río, iban y venían de los campamentos principales recolectando maíz y frijol y trasladándolo a la sierra para prepararse para una campaña más. Otros se fueron a Tucson, según se supo, a traer armas y municiones; todo lo que les podía servir en el combate en contra de los pelones. Algunos se quedaban dos o tres días en el pueblo ayudando en las labores del campo, otros a las ceremonias o fiestas que se realizaban en nuestro pueblo. En Huírivis o en Ráhum, en Semana Santa hubo más gente que venía de la sierra que la que había en el pueblo; en esos tiempos me pareció la Semana Santa más bonita que me había tocado ver. Después vi otras fiestas, pero no iguales a la de ese entonces.

Me acuerdo que un día en plena cuaresma se presentó el señor Lorenzo Torres, jefe de los pelones, y se dirigió a la comunila. Ahí lo recibieron el gobernador, el pueblo mayor Agustín Mátuz y su gente, todos preparados para cualquier señal de los chapayecas que estaban un poco retirados del lugar. El señor Torres traía un pelotón de soldados que se posesionaron en varios puntos del pueblo y entró solo con su estado mayor a la guardia tradicional. Todas las mujeres nos fuimos a escuchar al yori, a ver qué decía y qué mensaje les traía a las autoridades de Belem.

Lo sentaron en un tronco de mezquite, era un señor grandote de gran bigote. Luego de sentarse preguntó: “Cuántos alzados están participando con ustedes?” el señor Agustín Mátuz le respondió que ninguno de ellos quería pelear, mucho menos con el gobierno. “Nosotros siempre hemos vivido en santa paz”, le dijo, a lo que el señor Torres respondió entonces: “Bajo su responsabilidad dejo a toda esta gente, pero si me salen con que son cuatreritos roba-vacas, yo me encargo de colgarlos; ésa es la orden del señor Gobernador”. Todas las mujeres estaban atentas a los movimientos del yori. Algunas le gritaban que se fuera del pueblo y que respetaran nuestras ceremonias. Se paró, volteó para todos lados y vio mucha gente, la mayoría mujeres, ya que los hombres estaban en la guardia de los chapayecas. Con un movimiento de cabeza en señal de aceptación se retiró de la guardia tradicional y se fue rumbo a Pitahaya a encontrarse con su gente allá en el cuartel.

Después de este incidente todo volvió a la normalidad. Empezó a llegar más gente de la sierra, algunos se iban de paso para Huírivis, Ráhum y Pótam también a participar en la Semana Santa en cada uno de sus pueblos.

Me dijo mi mamá que eso era señal de que el gobierno no estaba haciendo campaña contra el yaqui, “ellos tienen muchos problemas allá en México” decía, “porque no solamente nosotros somos pobres, también hay yoris pobres y son ellos quienes están enfrentándose hoy a su gobierno”. Yo no le entendía, esto siempre me lo había dicho mi mamá Refugio.

El sábado por la tarde cuando todo el pueblo se fue a la ramada donde se iba a hacer la fiesta de ramos, llegó una avanzada del General Sibalaume. Eran dos hombres que se presentaron en la guardia tradicional diciendo que habían agarrado a unos yaquis como sospechosos. Habían entrado al cuartel general del Bacatete y el General mandaba preguntar si los conocían.

Se dijeron los nombres y algunos los reconocieron, dijeron que eran de BÁCUM y de TÓRIM. Con estas respuestas se fueron estos hombres rumbo a la sierra.

Al otro día, muy temprano, llegó más gente y se fueron directamente a la iglesia. Era el General Sibalaume con sus capitanes y todos nos fuimos a la iglesia a verlo; para esto mi mamá estaba ya en la puerta de la iglesia.

Cuando llegué me dijo que mi hermano había llegado en la comitiva. Cuando salió de la iglesia se fue directamente a la guardia tradicional. Mi hermano ni nos saludó, solamente nos vio de reojo. Yo me puse bien seria y le pregunté a mi mamá y ella me respondió: “Es que esa es la forma de comportamiento de un guerrero, ellos no deben tener sentimientos de nada, pero vamos ahí, lo vamos a saludar”. Yo sentía muy bonito dentro de mí porque pensé que nunca iba a ver a mi hermano Juan. Todo el tiempo lo soñé muerto. Me decía mi mamá que cuando se soñaba a alguien así, estaba vivo. Se hizo el protocolo de saludo entre el gobernador y el jefe de los alzados, las autoridades le informaron de la visita del señor General Lorenzo Torres, informe que escuchó atento, con la mirada en el suelo y su sombrero de palma puesto, resguardado por todos sus hombres que no se movían, mucho menos platicaban entre ellos. El Sibalaume agradeció a toda la gente el apoyo brindado a la causa yaqui allá en la sierra, en comida, armamento y parque y dijo que eso no tenía valor y que no creyeran en los yoris porque ellos siempre te hablan con ventaja. También dijo: “los hermanos que se fueron a pelear por la causa yori no van a lograr nada porque han confiado más en el yori que en nosotros y eso es ya una traición, algún día se van a acordar de mí”, dijo el General.

Luego de la ceremonia de saludo, se volteó para dirigirse a sus hombres y les dijo: “Algunos de ustedes están en su propio pueblo, otros no, pero siéntanse como si lo estuvieran en el suyo propio, pueden descansar y después ayudar al pueblo en lo que sea necesario y quedarse hasta el día que sea necesario”. Con estas palabras el General le dio permiso a su escolta y a sus capitanes y todos nos acercamos a saludarlos, mi mamá y yo nos llevamos a mi hermano Juan a la casa para que nos platicara de todo este tiempo que no estuvo con nosotros y nosotras platicarle también de todo lo que nos había pasado desde que nos separamos allá en el Bacatete.

Todos nos reunimos en la casa a escuchar la historia de mi hermano Juan que recorrió medio mundo. Nos dijo que fue hasta Tucson a traer armas y parque, que había ido en la comitiva a

entregar una carta de los alzados al gobernador, que había andado por Hermosillo, Guaymas, Arizpe, Sahuaripa y todos estos pueblos que yo ni en sueños conozco.

Le preguntamos sobre mi papá José y nos dijo que la última vez que lo vio fue en un encuentro con los federales en Los Pilares, ahí se dispersaron, pero hacía como un año, cuando fue a Hermosillo, había escuchado que trabajaba en una hacienda que estaba entre Ures y Hermosillo. Yo me quedé muy triste porque ya nunca iba a volver a ver a mi papá, yo eso lo presentía, y se lo dije a mi mamá. Ella solamente me respondió moviendo la cabeza.

Mi hermano nos platicó que era muy duro andar con el general Sibalaume porque era muy estricto y desconfiado, no confiaba ni en su propia gente. Dijo que el año anterior había mandado fusilar al Capitán Dolores Bacasiari porque se había entrevistado con Maytorena en la hacienda de La Misa y que esto no le había parecido al Sibalaume y lo mandó fusilar en presencia de todos los capitanes. Mi hermano hablaba de este señor con cierto temor y admiración porque yo notaba en él, también, un cambio. Lo notaba indiferente, rudo, y eso lo notó también mi mamá, porque ella me dijo después que su hijo ya no era el mismo de antes. “Ahora lo veo totalmente diferente”, decía.

Pasaron con nosotros toda la Semana Santa hasta el sábado de gloria y el día domingo se fueron hacia la sierra, se despidieron de toda la gente, mi hermano Juan se nos fue otra vez. “Ahora ¿hasta cuándo lo vamos a volver a ver?”, pensábamos cuando lo vimos partir.

## CAPÍTULO XIV

### MI MATRIMONIO CON FRANCISCO

Se hablaba mucho que los revolucionarios habían entrado a México y que ya gobernaba el señor Madero, también nos llegó la noticia que a mi hermano Juan lo habían agarrado cerca de La Misa y se lo llevaron al cuartel de Ortiz para hacerlo soldado. De mi papá ya no supimos nada, nos decían que estaban trabajando más allá de Hermosillo, quién sabe dónde estaría.

Mientras que las cosas pasaban, mi mamá y yo estuvimos trabajando el pedazo de tierra que teníamos en Belem, que sembrábamos con la ayuda de mi tía Tomasa, ahí donde vivíamos cuando llegamos del Sur. Trabajábamos duro para tener dinero y comida, gracias a Dios nada nos faltaba; cosechábamos maíz, frijol, calabaza, tomate y chile, casi toda la gente tenía (también criaban animales) y todo eso se vendía en Guaymas para tener dinero y comprar lo necesario. En Belem vivimos muchos años, ahí crecí trabajando al lado de mi mamá. Viviendo en Belem conocí casi todos los pueblos: Huírivis, Ráhum, Copaz, Pótam y Bácum. No conocía Tórim ni Cócorit; estos pueblos los conocí mucho tiempo después.

En Belem hice la promesa de kiyojtei para toda la vida, por eso conocí los demás pueblos, porque éramos los de la iglesia y nos obligaban a estar en las fiestas de la Trinidad, el Corpus, San Juan y la Virgen del camino que se realiza en Bácum.

Un día de San Juan, estando en Vícam pueblo, llegué de la iglesia a la casa donde siempre habíamos llegado de visita. Mi mamá Refugio, Doña Antonia y el señor Ángel y sus familiares estaban ahí reunidos platicando, yo me acerqué para ver si escuchaba algo relacionado con alguna noticia. Esta familia tenía tres hijos, el mayor se llamaba Francisco y dos mujeres, Cerafina y Pascuala, que era la más chica, tenía unos seis años porque ya se iba con nosotros a la iglesia y al río a bañarse. Resulta que en esa plática que tenían los mayores, doña Antonia y don Ángel estaban solicitándome para esposa de Francisco “Chico”, el más grande de los hijos; yo ni lo conocía, se la llevaba de vago, casi no se paraba en la casa, según doña Antonia. Al otro día mandaron a buscarlo y mi mamá me dijo que no saliera a ninguna parte porque los mayores iban a platicar con nosotros. Ya mi mamá había mandado buscar a don Jesús, el maestro de la iglesia, que era su compadre, para que la acompañara en la plática.

Al día siguiente al mediodía ya estaban todos reunidos, nosotros ni siquiera nos dejaron hablar de nada porque la plática era entre mayores.

Pues en esa plática mi mamá me comprometió como esposa de Francisco, yo me quedé confundida cuando mi mamá me dijo: “Ahora sí, prepárate, el próximo domingo te vamos a casar aquí en la iglesia de Vícam”. Yo sentí muy feo, no sabía si llorar o gritar, correr o perderme, pero ese era el acuerdo de los mayores y tenía que aceptarlo, aunque yo no tenía ganas de casarme porque estaba muy impuesta con mi mamá y tenía miedo de que me dejara sola y muy lejos de mi pueblo.

Al otro día nos fuimos a casa, no nos hablamos durante todo el camino, caminamos como mudos, yo me sentía muy triste y pensaba porqué mi mamá había aceptado eso, les hubiera dicho que no o que esperaran algún tiempo, pero las cosas no se presentaron así, por lo tanto, tenía que aceptar tal y como habían pasado las cosas. En mi pueblo todos conocieron la noticia, las familias más cercanas y toda la gente que nos conocía mandaron correo al Bacatete a ver si encontraban a mi hermano Juan para que asistiera a la boda entre Francisco y yo, que sería un domingo en la misa por la mañana en Vícam pueblo. Cuando faltaban dos días para la salida a Vícam pueblo, llegó Juan mi hermano con otras dos personas, nos dijo que había recibido el recado estando en Los Pilares en una misión que el Capitán Ignacio Mori le había encomendado y que el general Sibalaume se había ido al Torocobampo a entrevistarse con los capitanes de los pueblos de arriba. Yo le pregunté a mi hermano sobre mi matrimonio, que si cómo lo veía él y me contestó que eso era decisión de los mayores, como era costumbre yaqui, eso fue todo y ya no volví a preguntarle a nadie hasta la fecha porque eso era cierto, yo no podía contrariar a mis mayores; lo que ellos decidieran, eso iba a hacer yo. Se llegó la hora de la partida y nos fuimos a Vícam pueblo, me llevaron con bolo, (mucho comida y tamales) llegando al río vistieron al [Pajko'ola](#) que llevaría los tamales en la cabeza, mi hermano había conseguido una carreta grande, jalada por cuatro mulas y nos fuimos directamente a la iglesia. Ahí estaban los maestros a la puerta de la iglesia y estaba, creo yo, casi todo el pueblo. Al rato llegó Francisco al lado de sus papás, traía un pantalón y camisola blanca, huaraches de vaqueta, sombrero y un paño rojo en el cuello; no se parecía al que veía jugar en el llano todo lleno de polvo y sucio.

Entramos a la iglesia y nos hincaron y empezó el canto de la misa por los maestros, nos echaron agua bendita y nos dieron de comer sal bendita. Nos hicieron jurar ante Dios nuestra unión, nos aconsejaron que no nos separáramos, que iba a haber muchos obstáculos pero que teníamos que afrontarlos con valor y que los tiempos eran difíciles pero que nos mostráramos fuertes ante los problemas.

De la iglesia nos llevaron a la casa de mis futuros suegros, ahí me agarraron dos mujeres grandotas y me pasearon por todos lados: la cocina, la ramada, las tarimas de los cuartos de la casa, los corrales de los animales, para luego llevarme al frente de la cruz en donde estaba ya Francisco sentado sobre unos petates, listo para recibir el consejo de los mayores. Se sentaron al frente de nosotros, uno a cada lado de la cruz, dos de ellos nos dieron a tomar vino y de fumar y todos tenían que probar el vino y el cigarro porque así es la costumbre.

Se terminó la fiesta, todos se regresaron a sus casas y a mí me dejaron con mis suegros, ahí sufrí mucho, la primera noche de bodas “Chico”, como le decían ahí, no amaneció en la casa. Después me fui enterando que era un chamaco irresponsable; yo me consideraba todavía chamaca, por eso digo que él era un chamaco que jugaba todavía en la calle con sus amigos y que no sabía de responsabilidades. Yo me acuerdo que al principio dormía con doña Antonia, así duramos mucho tiempo hasta que Doña Antonia nos regañó, que teníamos que vivir juntos y tener hijos, que para eso nos habíamos casado.

Aun así, yo no me imponía a vivir una vida en matrimonio porque para mí todo eso era pecado; así me lo habían enseñado.

En el transcurso del tiempo poco a poco fuimos acostumbrándonos el uno al otro y Francisco se hizo más responsable, a lo mejor porque habíamos crecido más o porque doña Antonia y don Ángel siempre platicaban con nosotros; tal vez eso le sirvió más a nuestro matrimonio porque él se hizo más responsable y empezó a trabajar cortando leña para el ferrocarril. A mí me hacían trabajar mucho, tenía que lavar, planchar y hacer la comida para toda la familia, me levantaba a las cinco de la mañana a moler nixtamal para las tortillas. Eso era todos los días, no salía a ningún lado, todo el tiempo estuve encerrada, ya no tuve noticias de nada, no me dejaban salir ni a la guardia donde se hacían las reuniones. Aquí no era como el Belem, allá era todo diferente, todos estábamos enterados de lo que pasaba en la sierra y en los pueblos, pero aquí no me enteraba de nada.

Mi casorio yo lo sentía como una esclavitud hasta que un buen día llegó Francisco con la noticia de que el gobierno estaba reclutando jóvenes para convertirlos en soldados y a lo mejor nos íbamos a la sierra. Esta noticia verdaderamente me emocionó porque yo no estaba a gusto con la familia de Francisco.

## CAPÍTULO XV

### NUEVAMENTE A LA SIERRA

Era tiempo de lluvias, el río estaba crecido cuando llegó un mensajero del cuartel general del gobierno que estaba en Tórim, anunciando que se iba a hacer un reclutamiento de jóvenes que vivían en los pueblos. Esa misma noche Francisco me dijo que saldríamos al día siguiente a la sierra pero que estaba indeciso entre ir al Bacatete o al Torocobampo. Él no conocía mucho la sierra porque había llegado muy chico; eso fue cuando se dio la paz temporal porque todo México estaba en guerra. Él había nacido en la sierra por allá muy cerca del cerro de Las Palmas cuando Tetabiate mandaba aquí con nosotros, hacía mucho tiempo atrás. Cuando salimos de Vícam pueblo sentí una sensación de alegría a pesar de ir a un lugar donde se sufre porque ya lo había vivido, pero ir a las montañas del Bacatete me daba ánimos de seguir viviendo y luchar para ver nacer a mi primer hijo porque iba embarazada.

Logramos salir del pueblo cuatro familias: Ángela y Zacarías, Patricio y Lupe, Juana María y José Ángel, Francisco y yo. Ninguno de nosotros conocía muy bien la sierra; el único al que habían traído un poquito más grande era Patricio. Él fue guía de nuestra salida hacia la sierra. Yo me acuerdo que entramos por el cerro que se llama el Álamo, atravesamos toda la sierra hasta llegar a un claro donde se veían indicios de que ahí habían estado los pelones hacía mucho. Ahí se pusieron de acuerdo los hombres; estábamos indecisos entre ir al Bacatete y el Torocobampo. Al fin los hombres decidieron por el Torocobampo porque estábamos más cerca, nos quedamos ahí y muy temprano salimos rumbo al cuartel de los yaquis; llegamos, creo, después del mediodía. Cuando estábamos ya en el pueblo un señor de Cócorit nos encontró, diciendo que ya nos estaban esperando. Nos llevaron a la guardia tradicional, ahí estaba el Capitán Loreto Wicha, quien nos recibió y nos dijo que éramos bienvenidos. Él mismo les dijo a nuestros hombres que nos trasladáramos al Bachomobampo. Las mujeres nos dieron de comer y en dónde dormir. Al otro día salimos con rumbo al Bachocobampo, yo ya conocía ese lugar, ya había estado ahí con mis papás, viviendo en esa parte, cuando era niña.

Llevé a Francisco a donde habíamos vivido. Había sólo escombros y cenizas de la casita que habíamos tenido. La habían quemado los pelones cuando se hizo la última campaña aquí. En este lugar tenía el mando un señor que le llamaban “el Cenizo”, él era el jefe del campamento, era un señor muy regañón porque nomás llegamos y empezó a hablarles a los hombres muy fuerte, como si estuviera enojado.

Tuvimos suerte, a nosotros nos prestaron una casa de una familia que se había ido para uno de los pueblos y porque yo estaba embarazada; a Zacarías y Patricio les ayudaron a construir sus chozas entre todos los que vivían en el campamento.

En Bachomobampo vivimos muchos meses, en este tiempo me fue creciendo la panza, los acontecimientos que pasaban en los pueblos no eran de importancia, había más noticias en la sierra, allá por el Bacatete a donde se metían los pelones, pero no pasaba nada, ya que había muy pocos federales en Tórim y Pitahaya. Los hombres salían hacia las haciendas o ranchos a buscar algo de comer, a veces duraban semanas y regresaban hasta traer algo de alimento. Aunque siempre había algo; nunca pasábamos hambre. Mientras que vivimos en Bacobampo me visitaban muchas muchachas: Feliciano, Encarnación, Chepita, Lucía, Brígida... ellas eran mis amigas además de Ángela, Lupe y Juanita, con las que yo me vine de Vícam Pueblo. Salía a caminar mucho con las muchachas, según dijo doña Luisa Sopoumea, la partera, eso me hacía bien. Subíamos a los cerros a ver a lo lejos lo verde del río y los grandes cerros del Bacatete.

Un día llegaron unas familias con la información de que nuevamente estaban arribando federales al cuartel de Tórim “Y son muchos”, decían estas personas. Que habían llegado en tren y que había rumores de que iban a entrar en la sierra por los alzados. Con esta noticia todos empezaron a preocuparse y a tener listo todo por si algo pasaba. Llegó correo de Torocobampo, donde Loreto Wicha los convocaba a todos, que los yaquis alzados se estaban concentrando en el Bacatete para dar combate si era necesario; esto se decía en el campamento.

Pasó otro largo tiempo, mi panza seguía creciendo y cada día se recibían noticias de que los Federales se concentraban en Vícam Switch y Tórim hasta que por fin los hombres nos dijeron: “Alístense, nos vamos al Bacatete”. Los hombres querían ir con Sibalaume porque en la sierra del Bacatete presentarían una mejor defensa, aunque no todos los hombres tenían la misma

idea; decían que ellos también podían defenderse, pero eso lo tenían que ver con el Capitán Loreto Wicha allá en el Torocobampo. Todo fue muy rápido, al poco rato ya íbamos en camino al Torocobampo a encontrarnos con los demás, de ahí ya no sabíamos qué rumbo íbamos a tomar. Los hombres se fueron adelante y nosotras las mujeres con cuatro hombres de escolta, nos fuimos atrás de ellos.

Cuando llegamos al cuartel todo el mundo estaba en movimiento alistando mochilas por si había orden de retirada del cuartel. Yo sentía miedo y una sensación como de coraje, impotencia, pero qué le iba a hacer... como decía mi mamá Refugio, ése era nuestro destino, el destino de los Yaquis.

## CAPÍTULO XVI

### NACIMIENTO DE MI PRIMER HIJO

“Ya vienen los pelones y son muchos”, dijeron los vigías y sonó el tambor para luego dar las órdenes. El Capitán Wicha dividió a los hombres en cuatro grupos, de cada uno se nombró un jefe, eran como veinte hombres, el Capitán habló con ellos y dio un mensaje a cada jefe entregándoles un penacho de coyote y una flecha, símbolo de autoridad y defensa. Todos estaban atentos a las instrucciones del Capitán. “Quiero que se vayan unos al Norte, otros al Sur, otros hacia la salida del sol y otros hacia donde se mete”. Todos supieron interpretar el mensaje, ya que nadie hizo preguntas. A todas las mujeres nos dijeron que nos fuéramos en dos grupos, uno hacia la sierra del Bacatete y al otro a la sierra más arriba del Bachomobampo. A mí me tocó ir por el rumbo del Bacatete y nuestros hombres se dispersaron. Nos dejaron sólo a seis hombres como guías, personas que conocían muy bien toda la sierra porque ellos eran de ahí; el capitán nos dijo entonces que no nos preocupáramos, que todo iba a salir bien. “Esos yoris nunca nos han vencido, menos ahora”, decía el capitán Wicha. Que teníamos mejores armas y mucho parque, “por eso no se preocupen, vamos a correr a todos los yoris de aquí para que nuestros hijos, esos hijos que van a tener ustedes, tengan un mejor vivir sembrando y cosechando en su tierra sin que nadie los moleste”. Qué bonito hablaba este señor, por eso era capitán, decían las mujeres. Todos nos despedimos, unos de sus hijos, otros de sus hombres y mujeres, y cada quien tomó su rumbo tal como lo había dispuesto el Capitán. Este señor Loreto Wicha, capitán del cuartel de Torocobampo, se quedó solo, sentado en la guardia. Después se dijo que a él no le hacían nada los pelones. No sé si era cierto; el caso es que no lo volví a ver.

Vi a Francisco parado, agitándome el sombrero sin saber que nunca más lo volvería a ver. Se perdió para siempre de mi vida. Yo creí por mucho tiempo que él había muerto porque nadie sabía de él, ni nos buscó. Eso fue lo que me hizo pensar que estaba muerto, pero cuando llegamos a México supimos que lo habían visto por allá por San Pedro de Ures trabajando en una hacienda.

Esta separación me cayó mal en el estado en que yo me encontraba, todo se me complicaba. Ya en plena sierra y perseguidos por los pelones llegamos a Bejoribampo. Ahí encontramos algunas familias; es este lugar se escondían algunos yaquis. Había un aguaje pequeño donde el agua nunca se terminaba. Pues... que me vinieron los dolores más fuertes y Doña Luisa me estuvo preparando algunos brebajes para los dolores y para adelantar el parto.

Hasta que, al fin, un día Domingo en la madrugada nació mi niño allá en el Bejoribampo, estuvimos ahí todavía un día entero esperando a que me recuperara: las muchachas trajeron a Don Jesús, el maestro de la iglesia que estaba con las familias y trajo agua bendita y me preguntó quienes iban a ser los padrinos y cómo le íbamos a poner. Les dije que Francisco, como su papá y la muchacha Encarnación Cochemea como madrina de mi hijo. Esta muchacha era también de Vícam pueblo y el señor Francisco Pluma Blanca como padrino. Ellos le echaron agua bendita a mi hijo Francisco.

Al otro día, salimos de este lugar y nos fuimos más hacia dentro de la sierra; fue entonces cuando los pelones nos cayeron, mataron a Luis Sebiza que era nuestro guía y desarmaron a los otros hombres que nos acompañaban; eran mucho los pelones y nosotros éramos poquitos, pero nuestros hombres les hicieron algunas bajas. Ahí nos dimos cuenta de que algunos pelones eran yaquis como nosotros. “¡Torocoyoris!” les gritaban las mujeres cuando nos traían de regreso por un cañón llamado Wakesi; yo no les creía a los jefes que algunos yaquis traidores estaban con el gobierno, ahí lo comprobé. Nos hicieron caminar toda la noche y descansábamos sólo a ratos.

Al otro día por la tarde divisamos el Río Yaqui, habíamos salido por el cañón del Álamo y nos llevaron directamente a la estación Lencho, ahí nos encerraron en la casa de piedra. A los hombres los metieron abajo en el sótano. En esta cárcel de piedra duramos tres días mientras se completaba un viaje para tirarnos fuera de nuestras tierras.

Ninguno de nosotros lloraba por el castigo, porque era un castigo, no nos daban de comer y hacía mucho frío. Yo me acurrucaba con mi hijo con mi pedazo de rebozo. Nos decían que nos llevarían a Yucatán y todo lo que me platicó mi mamá se me vino a la memoria. “Otra vez al infierno”.

Esta casa de piedra donde nos tenían encerrados era o es todavía un cuadrado hecho de piedra pegada con cal y arena; esta cárcel la hicieron los pelones para encerrar a los yaquis que agarraban en la sierra. Tenían ventanas de madera con fierro y en el piso tenía una entrada que daba al calabozo, un hoyo dentro de la cárcel donde encerraban a los más peleoneros. Con frecuencia los hombres y muchachos no se dejaban y peleaban con los pelones, entonces los metían dentro del hoyo y les ponían una reja encima. Así ni cuándo se salían.

En esta estación había embarcadero de ganado y caballos que los mismos pelones utilizaban en las campañas y para trasladar a sus animales a otras partes por tren, porque estaba más cerca al cuartel general o zona militar que estaba en Tórim; ahí había muchos pelones, de ahí salían a la sierra a corretear a los yaquis.

En este lugar había muchas casas de adobe, la mayoría eran de gente ajena a la tribu, personas que se dedicaban a la leña o cortaban postes de mezquite para las vías de tren, ése era el negocio de esta gente. Había un camino hacia la zona militar, siempre había gente caminando por estos rumbos, entre ganaderos que tenía el señor Lorenzo Torres y pequeños fayuqueros que vendían algunas cosas en los pueblos.

## CAPÍTULO XVII

### NOS EMBARCARON PARA OTRAS TIERRAS

Después de haber estado tres días sin probar alimento (a mí me daban pinole las mujeres de vez en cuando; por mi hijo tenía que comer ya que lo amamantaba), como a las doce del día, se escuchó el silbido del tren que se paró frente a la cárcel. Al poco tiempo se abrió la puerta de fierro y apareció un hombre ordenando que saliéramos y que nos subiéramos a los vagones, ahí teníamos de guardias a unos yaquis como nosotros, tratándonos como animales. Las mujeres les gritaban: “¡Torocoyoris, vendidos!”, ellos solamente se reían y eso despertaba en nosotros más coraje y odio hacia los pelones y al gobierno.

A las mujeres nos metieron a un vagón de esos donde acarrearán ganado, nos encerraron bien, luego sacaron a los pocos hombres que tenían en el sótano. Cuando los iban subiendo un muchacho se abalanzó contra un pelón. Éste se sorprendió porque no esperaba que el yaqui reaccionara así; ya le estaba quitando el cuchillo al pelón cuando le pegaron un culatazo y le que le pegó era un yaqui renegado vestido de pelón. Pues el señor este se sintió agredido y sacando su cuchillo, le partió el pecho, rasgándolo hasta sacarle las tripas. Le metió la mano y le sacó el corazón y nos lo enseñó en señal de que él era más fuerte y que nosotros teníamos que aprender a respetar. Cuando lo vimos, toda la ropa llena de sangre, lo notamos como un animal; era una fiera, se había vuelto loco, “Tenía que terminar así”, decían las mujeres, porque Jesús, así se llamaba el muchacho, lo hizo para quedarse y morir en manos de los pelones.

Todo pasó tan rápido que cuando nos dimos cuenta ya íbamos lejos, arrastrados por las máquinas del tren que nos llevaba con rumbo a Guaymas. Todas las mujeres iban calladas, nadie habló en el transcurso del camino, parece que la pesadilla que habíamos vivido se nos pasaba muy lentamente.

Llegamos a Guaymas por la tarde y nos llevaron directamente hacia el embarcadero a un barco de color gris, grande y feo. Ahí tenían ya algunos yaquis “prisioneros de guerra”, les decían. Yo nunca entendí esas palabras, pero las mujeres decían que era porque nuestros hombres eran guerreros, porque no todos los yaquis defienden su tierra así.

Cuando nos llevaron, primero a nosotras las mujeres, todo el mundo nos veía como animales raros y me acordé que años atrás llegué en canoa a ese mismo lugar y nadie me tomó en cuenta y ahora era todo lo contrario, pensaba yo.

Nos metieron en unos cuartos adentro del barco, todos sucios y malolientes, al poco rato metieron a los hombres en otros cuartos junto a nosotras, a ellos sí los aseguraron bien porque les pusieron candados grandes y dos guardias armados. Duramos en este viaje como cinco o seis días hasta llegar a Manzanillo, llegamos todos débiles, algunos se marearon en el camino. Fue una pesadilla ese viaje; nunca se me va a olvidar. Cuando llegamos a Manzanillo nos encerraron en unos galerones grandes, siempre vigilados por los pelones. En este lugar muchos se enfermaron porque había muchos mosquitos; estábamos acostumbrados a ellos, pero allá era diferente, nos sofocábamos, era muy feo, creíamos que nos íbamos a morir. Allá en Manzanillo duramos ocho días hasta que nos dijeron que nos llevarían a México, ahí mismo les dijeron a los hombres que tenían que vestirse de pelones y los que no querían, pues que los dejarían ahí encerrados o los mandarían a las islas Marías para que allá se murieran. Los hombres no tuvieron otra que convertirse en federales y a nosotras nos dijeron que teníamos que ser las soldaderas, pero éramos más mujeres que hombres y algunas mujeres, mujeres muy valientes que no se dejaban, se agarraban con los yoris a trancazos. La mayoría de ellas eran de los pueblos de arriba, de Vícam pueblo a Cócorit. Yo veía mucho valor en todo lo que decían y hacían; eso me ayudó mucho, por eso nunca pasé hambre ni sed, porque ellas me ayudaban en todo.

Quiero contar algo que pasó antes de que se me olvide: cuando les dieron los uniformes a los hombres, un muchacho de BÁCUM (Feliciano creo que se llamaba), no quiso ponerse la ropa y la quemó delante de los pelones y le dieron otra muda de ropa y la volvió a quemar. Entonces se lo llevaron a un paredón y ahí mismo lo fusilaron, pero antes nos formaron a todos para que viéramos fusilar a Feliciano, este muchacho valiente que nunca les demostró miedo. A él lo andaban matando también allá en Lencho cuando nos subieron a los vagones del tren; todo por defender a Jesús, aquél al que le sacaron el corazón con un cuchillo, así que finalmente lo mataron... quedó ahí con seis balas en el pecho, tirado en el zacate, ahí quedó Feliciano boca arriba mirando hacia el cielo y todos nosotros, hombres y mujeres, quedamos ahí parados como paralizados sin poder hacer nada. El grito del capitán nos sacó del hechizo cuando nos ordenaron la caminata. Íbamos con rumbo a un pueblo, no me acuerdo cómo se llamaba.

Llegamos a este pueblo en la noche, ahí dormimos y muy de madrugada nos subieron a unos troques grandes y nos llevaron por toda la sierra. Todo era verde y casi a diario llovía. Duramos como cuatro días en llegar a México, cuando entramos pasamos por el palacio nacional y el zócalo. Ahí un señor yaqui que venía como soldado nos decía: “Miren, mujeres, ahí vive el señor presidente, el que manda en todo México”. Vimos la Catedral, había mucha gente caminando, otros en carruajes muy elegantes o a caballo, era muy bonito, dijeron los hombres que en ese caserón estuvieron los yaquis José Loreto Villa y Julián Espinoza cuando el gobierno firmó la paz de Ortiz con Juan Maldonado; ahí compraron a Loreto Villa para que traicionara al Tetabiate, según dijeron los hombres.

Nos dieron una vuelta y nos llevaron al campo de tiro, un lugar donde se encontraba todo el ejército ahí también había muchos pelones con sus soldaderas cocinando en los patios del cuartel.

Nos bajaron y nos llevaron a un rincón con un señor Amarillas, ahí nos entregaron los pelones que nos traían, pues como éramos poquitos todos entramos al cuarto donde estaba este señor con otros tres asistentes: Ignacio Mori, Luis Espinoza y Luis Mátuz. Cuando los vimos nos sentimos más en confianza ya que eran yaquis como nosotros y nos hablaban en nuestra lengua. El General nos preguntó a cada uno de nosotros de qué pueblo éramos y cómo nos habían tratado los soldados en todo el camino. Nosotros no dijimos nada, cada quién dio su nombre y del pueblo de donde era y el general dio la orden de que nos dieran de comer y nos llevaran a conocer el pueblo, pero antes, que buscáramos entre la tropa parientes o algún familiar para que nos acercáramos a ellos. Nombraron al lugarteniente del general para que nos llevara a la Villa del Tepeyac para conocer a la Virgen de Guadalupe; el señor se llamaba Marcelino Mátuz. Este señor nos platicó que ya tenía como diez años viviendo ahí en México, que a él se lo trajo el ejército antes de la revolución, que conoció a Juan Maldonado y al Cajeme. Nos platicó que él era muy chamaco cuando estos yaquis se alzaron contra el gobierno. Le preguntamos por qué se había hecho soldado del gobierno y nos dijo que a él la “leva” lo hizo a la fuerza, no sé qué sea eso, pero que él trabajaba en una de las haciendas de Don Chémali Maytoarena; ahí lo agarraron y lo tuvieron mucho tiempo en Guaymas, que le enseñaron a leer y escribir. Lo estaban preparando como intérprete del gobierno con los yaquis alzados, por eso tenía tanto tiempo en México, porque le servía al ejército como intérprete cuando traían a

los yaquis de Sonora. Y en ese tiempo ya había muchos yaquis conformando el tercer batallón y las fuerzas auxiliares que comandaban los señores Luis Mátuz e Ignacio Mori.

Cuando íbamos saliendo de la oficina del General Amarillas me habló el señor Mori y me preguntó: “Tú eres Ricarda, la hija de la Refugia, ¿no?” Sí, le respondí, soy yo, entonces se presentó conmigo, dijo que se llamaba José Ignacio Mori Washuechia. Ya lo conocía de vista cuando él llegó a Belem con el Sibalaume hacía muchos años. Ahora se veía más viejo y gordo, pareciera que la comida le hiciera un bien por la gordura, ya que yo lo había conocido bien flaco. Cuando me dijo su nombre me preguntó que si quería estar con ellos en unos pequeños cuartos que les habían asignado; “ahí estarás bien con tu hijo y nada te va a faltar” me dijo, pero yo no quería dejar a las muchachas que se apegaban a mí. Las veía y me daba miedo por ellas, pero teníamos que buscar a nuestros parientes como nos había dicho el general Amarillas.

Estaba tan pensativa, preocupada por las muchachas, cuando el señor Mori me dijo: “Juan tu hermano está conmigo, ahí tú sabes si te quieres ir con nosotros” y empezó a caminar. Yo me quedé paralizada un buen rato y corrí hasta alcanzar a este señor. Me vio y se sonrió, no le dije ni me dijo nada, ni tampoco le dije nada a las muchachas, lo seguí hasta llegar a un cuartito y me dijo: “entra, ésta es tu casa, tu hermano regresará más tarde”. Al poco rato llegaron las muchachas, dijeron que me venían siguiendo. Acosté a mi hijo en la cama y nos sentamos afuera a contemplar lo grande del cuartel, el señor Mori se había ido otra vez a la oficina con los otros oficiales.

Cuando estábamos sentadas afuera llegó el señor Marcelino Mátuz con la orden de que tenía que llevarnos al cerro del Tepeyac. Yo me moría de ansias por conocer, pero también quería ver a mi hermano Juan, entonces le dije al señor que yo no podía ir, que estaba esperando a mi hermano pero que se llevara a las muchachas, ellas sí podían ir, para que conocieran a la Virgen de Guadalupe, pero ellas no quisieron, así que el señor Marcelino nos dijo: “Entonces le voy a informar al General que hoy no pudimos salir porque están cansadas y que mañana temprano las voy a llevar”. Todas estuvimos de acuerdo, las muchachas no quisieron ir solas, querían que yo fuera con ellas.

Estábamos tan atentos a la plática que no vimos a mi hermano que se iba acercando, ya estaba oscureciendo, no nos reconocía y se veía un poco indeciso en llegar; yo me paré y alcé el brazo

en señal de que era yo, hasta entonces me reconoció, nos dimos un abrazo, ya que teníamos mucho tiempo sin vernos, después se lo presenté a las muchachas, todas lo saludaron, yo ya les había hablado de él, que era un muchacho muy valiente y que era capitán yaquí, que era gente del general Sibalaume.

Por primera vez yo me sentía feliz y contenta por haberme encontrado con mi hermano, platicamos mucho, me dijo cómo había caído ahí, la forma en que se dispersó la gente de Sibalaume; muchos se fueron para Tucson, otros a California, así los desparramaron por todas partes. Me dijo también que mi mamá Refugio estaba con un grupo de yaquis rumbo a Puebla y que muy pronto se uniría al Tercer batallón que comanda el General Amarillas. “Hasta entonces vamos a ver a mamá Refugio”, me dijo mi hermano.

Todo transcurrió sin ninguna novedad, más yaquis se incorporaron a las fuerzas del general Amarillas, hombres que se habían ido con Álvaro Obregón y otros que estaban en las fuerzas villistas.

Estando en el campo de tiro empezamos a conocer la gran ciudad, así la llamaba mi hermano. Cuando a él no le tocaba la guardia nos llevaba a conocer todos los lugares bonitos de la ciudad, las villas de Guadalupe en el cerro del Tepeyac donde conocimos nuestra virgencita. Fuimos a comer a Xochimilco, un lugar donde abundan las flores y las chinampas, también conocí el Castillo de Chapultepec, la Alameda, el Zócalo y la Catedral. Todos estos lugares conocimos con las muchachas a través de mi hermano y del señor Marcelino; éste hablaba muy bien de los yoris, decía que tenía mucho tiempo viviendo allá, el caso es que este señor se hizo muy amigo de nosotros, no sé cómo estaba que todo el tiempo estaba libre, él no hacía guardias ni lo mandaban a otras partes como a los otros, esto le llamó la atención a las muchachas y una vez le preguntaron que si cuál era su comisión, ya que tenía todo el tiempo para atendernos. Como respuesta empezó a sonreír y nos comenzó a platicar, nos dijo que él era sargento primero en transmisiones, es decir, que él enviaba mensajes por radio en tiempos de campaña. Nos platicó que ellos en tiempo de guerra no tienen descanso, participó en toda la campaña de la Revolución saliendo de un lugar para otro sin importar la hora, de día, de noche o de madrugada tenía que estar al tanto de todo, así inició él su carrera en el ejército, nos dijo que él era soldado de línea y nunca supimos qué era eso, pero todo el tiempo traía uniforme caqui

siempre limpio, bien planchadito. Nos platicó que él nació en Pótam y que de ahí se fueron a la Misa donde sus padres trabajaron en una de las haciendas de José María Maytorena.

## CAPÍTULO XVIII

### COMO SOLDADERA EN EL BATALLÓN YAQUI

No sé cuánto tiempo estuvimos en México, mi hijo Francisco ya empezaba a dar pasos, el grupo de yaquis que estaba en Puebla y Tlaxcala se incorporó y se conformó el 22 batallón yaqui. Llegó mi mamá Refugio, mi hermano Juan nos consiguió una casita, nos mantuvimos lavando ropa y del pago de uno veinticinco que nos daba el gobierno a todos los yaquis por prestar el servicio como soldados, claro que a los oficiales les pagaban mejor como a Mori, Espinoza, Castillo y tantos otros que no me acuerdo ahorita; ellos sí ganaban buen dinero. Mi hermano ganaba cinco pesos porque él tenía rango de cabo y a todos nosotros nos pagaban uno veinticinco, igual que a cualquier soldado raso.

Con la llegada de mamá Refugio, como que se sentía uno más completo, sólo faltaba mi papá y me platicó ella que estaba de visita en San José; tenían tres días en el pueblo cuando llegaron los pelones y los llevaron al cuartel. Doña Petra Washuechia también estaba de visita, ella venía de la Sierra y decía que los encerraron y los llevaron a Guaymas. Me dijo que a mi madrina no se la llevaron porque ella comprobó que vivía ahí en San José, pero a ellas y a otras personas se los llevaron derecho a la cárcel, dice que ahí estuvieron encerrados casi un mes hasta completar un viaje en el vapor que los llevaría hasta Acapulco. Me dijo que de mi papá nunca supo nada hasta que la visitó su comadre, o sea, mi madrina y le platicó que el día que la agarraron mi papá y mi padrino estaban borrachos en Guaymas y que se habían dado cuenta en Guaymas, ese mismo día, que salió con rumbo a los pueblos. Eso le dijo mi madrina a mi mamá Refugio antes de que se los trajeran para acá. Tiempo después supimos que lo habían visto con rumbo a Ures o Hermosillo trabajando en uno de los molinos, según pláticas de gente que llegó mucho después que nosotras y que mi papá había tenido suerte de no ser deportado a otras tierras; yo digo que a mi papá no se lo trajeron porque era Pima, a lo mejor por eso se escapó de ser traído hasta por acá.

Mi mamá nunca más habló de mi papá, decía que él había tomado otro camino distinto al nuestro y yo tampoco nunca le pregunté nada más sobre él porque como que se molestaba.

Ella también me preguntaba sobre Francisco, mi esposo, que si cómo me había tratado, que si había conocido al niño, y yo le decía que no, que a él tal vez lo habían matado porque no había aparecido por acá o a lo mejor no lo agarraron y anda por allá en la sierra; eso no lo sabía, lo que sí sé es que él no está aquí con nosotros en el batallón yaqui.

Todos los Domingos salimos a conocer lugares de la ciudad, a veces con mi hermano Juan y las muchachas y otras veces con Marcelino y un muchacho de Pótam, Isidro Rivera, que también se juntaba con nosotros y nos íbamos a la Villa, Xochimilco, Coyoacán o Chapultepec; ellos, los muchachos, nos llevaban a pasear, nos íbamos a pie o en tranvía. Las muchachas hacían unos relajos que todo mundo se nos quedaban viendo, como animales extraños, pero a nosotros ni nos importaba, éramos felices en esos momentos, ratitos en que se nos olvidaban todos los momentos vividos: hambres, encierros, muchos sufrimientos y sacrificios, pero ya cuando llegábamos a la casa y estábamos solos volvíamos a la realidad porque todos esos agravios los teníamos en nuestra cabeza bien metidos.

Cuando salíamos, dejaba a mi hijo con mi mamá o con doña Petra, aquella señora que apresaron con mi mamá en San José de Guaymas, prima hermana del Tetabiate, aquel señor que hizo la paz con el gobierno en estación Ortiz y que el gobierno traicionó; eso me lo platicó Doña Petra, que era una persona muy buena y valiente, ella decía que tenía dos hijos que había dejado en el Bacatete y nos platicaba que a sus hijos nunca los iban a traer para acá, porque ellos preferían morir a ser traídos o convertidos en soldados. “Son ahijados del Sibalaume, el yaqui más valiente, al que tengo como compadre y allá está con ellos, aprendiendo de él sus sabias palabras”. A mí cómo me gustaba platicar con Doña Petra, porque hablaba muy bonito, conocía muchas vivencias de los yaquis de antes, a los que llevaron a Yucatán y al Valle Nacional. Ella conocía toda esa historia, es más, desde que llegaron los yoris a la tierra de nosotros y me platicaba de los Pimas, Mayos, Seris y Apaches, que una vez, cuando antes de Cajeme, se reunieron todas las tribus éstas en una parte de la sierra del Bacatete para definir territorios y salvaguardarlos y echar a los frailes y españoles de estas tierras, principalmente de la sierra, de donde sacan nuestras riquezas. Esa plática duró muchos días y ahí se habló de la unificación y hablar con el Rey de España para que respetara las tierras de los yoremes; que todo esto se lo platicaba su abuelo Loreto Sapajisakame, que en su tiempo era jefe de la tribu yaqui, él se encargaba de aconsejar a los guerreros coyotes cuando cumplían la edad para ser guerreros. A veces me dormía y ella seguía platicando, en muchas ocasiones me dijo que se

iba a ir a pie pero que no podía dejar a mi mamá sola porque ellas hicieron ese trato, de estar siempre juntas cuando estuvieran por acá en otras tierras. Esa promesa la hicieron cuando estuvieron encerradas en Guaymas y ahora eso la ataba, por eso no se podía ir.

El caso es que Doña Petra estuvo mucho tiempo con nosotros, mi hijo Francisco la quería mucho porque ella lo cuidaba cuando yo me dedicaba a hacerles comida o lavar ropa a los hombres.

Me tocó ver en el campo de tiro varias ceremonias de día de muertos, bailaban matachines, hacíamos fiesta en grande, con pajko´olas y venado, todo como aquí, los yoris iban a nuestras fiestas, el señor Ignacio Mori y José Amarillas eran matachines, a mí me gustaba verlos bailar. Asistimos también como dos veces al cerrito del Tepeyac a dar gracias a la Virgen de Guadalupe con los matachines; no sé cómo le hacían los jefes porque nos permitían participar, nunca nos dijeron que no. Las muchachas y yo, que habíamos llegado juntas, ya nos estábamos acostumbrando.

Un día mi hermano Juan nos dio la noticia de que se rumoraba que iban a trasladar al Veintidós Batallón Yaqui a Veracruz, probablemente tres días después, decía mi hermano. “Así que estén listos, tengan las cosas en orden, compren lo que tengan que comprar porque a lo mejor no volvemos a México, parece que va a haber guerra otra vez, andaban empleitados Obregón, Carranza y Calles... yo no les entiendo, lo que queremos nosotros es irnos de aquí para nuestra tierra”, decía mi hermano Juan.

Y así fue, a los tres días concentraron a todo el cuartel general a cargo del General Salvador Alvarado y el señor Amarillas, mi mamá me dijo que comprara algunas cosas porque el viaje iba a ser largo y cansado. En pleno mediodía ya estaban listas todas las fuerzas del batallón yaqui, nos trasladaron a la estación, a nosotras las mujeres nos subieron a unos carros escoltados por hombres y al resto de la tropa los subieron a los furgones, éramos muchos yaquis, nos trasladarían a Orizaba o a Córdoba, decían los mayores, pero al fin nos llevaron a Orizaba. Ahí nos bajaron a todos; ya tenían todo listo. Nos llevaron al cuartel general, en esta parte nosotros duramos como dos meses para luego mandarnos a Perote, Veracruz, un lugar muy bonito, verde, casi todos los días llovía, parece ser que era tiempo de lluvias. Antes de salir de Orizaba Isidro habló con mi mamá. Isidro Rivera era un muchacho originario de Pótam, de una familia numerosa, nada más que él estaba solo, lo habían agarrado con un grupo

de jóvenes; esto fue cuando a nosotros nos fuimos a la sierra con Patricio, José Ángel y Zacarías, las cuatro familias que salimos de Vícam pueblo con rumbo a la sierra. Pues... a Isidro lo agarraron y lo hicieron soldado, le hicieron combatir a los yaquis un buen tiempo y luego se lo trajeron para acá; de eso ya hacía algo de tiempo. A este muchacho lo empecé a conocer en México en el campo de tiro, donde estaba el cuartel general, ahí me empezó a hablar; que a él le interesaba entenderse conmigo y que le hacía falta alguien que le lavara la ropa y todo eso, y yo le dije que hablara con mi mamá y mi hermano Juan, ya que él era la persona encargada de la familia al no estar mi papá con nosotros, pero no se animaba. Hasta que en el viaje camino a Orizaba, le habló a mi mamá sobre el casorio, que él quería casarse conmigo y criar al niño que yo traía. Para ese entonces Francisco ya caminaba y empezaba a hablar.

Cuando llegamos a Perote, él asistió a la casa de la familia, la de mi mamá y mi hermano Juan, para pedirme con toda formalidad. Iba con él un señor al que le decían Juan Tebe, era un señor muy largo de estatura; él era temastimol de Cócorit o Bácum, era muy bueno para hablar. Ese día mi mamá hizo pollo en caldo y frijoles negros, puro de ese frijol que había por allá. Mi hermano Juan fue el que los recibió; mi hermano también hablaba muy bien, es que era capitán y desde niño anduvo ahí, todo lo aprendió de los mayores. Todo se hizo formalmente, con mucho respeto, estuvieron las muchachas que desde Bachomobampo habían andado cerca de mí.

Hasta el otro día me dieron permiso para que me fuera con Isidro a una casita que él había conseguido, a todos los de la tropa les tenían casitas, pero solamente a aquellos que tenían familia.

Él era muy buena gente, nunca sufrí ni pasé hambre con él. Cuando se iba para Veracruz o Córdoba siempre me dejaba dinero o algo que comer, a veces duraba tres días o más, pero siempre volvía, mi hermano también hacía lo mismo.

## CAPÍTULO XIX

### EL NACIMIENTO DE MARÍA DE LA LUZ

El cuartel de Perote era muy grande, era una fortaleza que mandó hacer el general Porfirio Díaz y desde ahí les hizo campaña a los yaquis de allá hasta acabarlos o remontarlos a la sierra; este cuartel tenía o tiene mucha historia.

Un viejito que se llamaba don Tomás, nos platicaba que anteriormente habían estado yaquis acuartelados en esta fortaleza, decían que los habían hecho pelones a fuerzas. “Aquí los encerraban cuando regresaban de campaña”, nos platicaba don Tomás, pero muy de repente desaparecieron; eran entre ochocientos yaquis entre hombres y mujeres, de eso hacía como seis o siete años, cuando Porfirio Díaz mandaba en la presidencia. Yo pregunté después que si para dónde los habían mandado y nadie me dio razón. Mucho tiempo después se rumoró que los habían llevado para otros continentes o mundos o tal vez a Yucatán. Cuando nos platicaba este señor esta historia, nos daba rabia, mi hermano se ponía furioso y decía: “Ahora mismo voy a desertar; me voy a Sonora”, pero mi mamá lo detenía, “Si algún día nos vamos, todos vamos a ir juntos”- con eso lo convencía.

Quiere decir que nosotros estábamos bien, pensaba yo, en comparación de aquellos yaquis que estuvieron aquí antes de la Revolución; nosotros comíamos más o menos bien, salíamos libremente al pueblo a comprar nuestras cosas, todo eso me hacía pensar que era todo diferente, o será que los oficiales eran todos yaquis. En fin, de todas maneras, estábamos muy lejos de nuestra tierra y nuestra idea era regresar a Sonora. Cualquiera yaqui pensaba eso, regresar a su tierra, ése era nuestro sueño de todos los días pues allá en Perote pasaron muchas cosas. Yo me embaracé y mi hermano se casó con Chepita la de Bácum. Josefina era una buena muchacha, mi hermano pidió permiso a los oficiales para casarse con Chepa ya que ella no tenía parientes ahí, por eso solicitó permiso a los jefes.

Mi hijo Francisco ya caminaba, mi mamá se fue a vivir con nosotros, mi hermano Juan se casó ahí y la señora Petra Washuechia también se fue a vivir con nosotros, ya que habían estado viviendo con mi hermano en otra casita fuera del cuartel.

Teníamos el mayor tiempo a solas ya que Isidro se iba a otras partes; cuando regresaba le daban permiso dos o tres días y lo volvían a mandar a otro lugar. Me decía él que estaba muy enfadado, una vez me dijo que lo mejor era desertar y venimos a Sonora, pero lo pensábamos por mi mamá Refugio y Doña Petra; no podíamos dejarlas allá pero casi nos convencíamos y nos veníamos a Sonora, pero eso era el detalle.

De repente Isidro llegó con la noticia de que lo habían mandado a él y a otros yaquis a Veracruz por seis meses y me dijo que no me podía dejar porque estaba yo bien embarazada, entonces yo le dije a mi mamá que me iba con mi esposo a Veracruz y ella me dijo que me fuera con él pero que le dejara al niño Francisco para que yo no anduviera batallando, además, el niño estaba muy acostumbrado a Doña Petra y a mi mamá.

Cuando salimos para Veracruz llegamos en un día que estaba lloviendo mucho, pero era un aguacero, nos llevaron directo al cuartel, ahí permanecemos hasta que amaneció y le dieron posesión a la tropa que había llegado de Perote; Isidro luego consiguió una casa donde quedarnos a vivir por el tiempo que íbamos a estar en Veracruz.

Era una casa chiquita a orillas del cuartel general, pero muy cómoda, tenía una ramada y una cocina. Ahí en esa casa esperaríamos en nacimiento de mi hija María Luz. Después de tres meses creo de estar en Veracruz, se me presentaron los primeros dolores, yo me desesperaba porque no conocía a nadie y el señor de la casa casi no se la llevaba ahí porque todo el tiempo los tenían en el cuartel; “¿ahora quién podrá atenderme?”, pensaba yo, ni parteras, ni nadie, aunque no tenía miedo, ya había ya parido allá en el monte, “¿por qué aquí no?”, pensaba, si aquí hay gente que me puede ayudar. Fue en ese ratito cuando llegaron Juanita y Plácida, ellas también habían llegado de Perote junto con nosotros, pero vivían mucho más lejos del cuartel. Pues cuando llegaron ellas me sentí más segura, sabía y presentía que de un momento a otro iba a nacer al niño o la niña, fuera lo que fuera, pero ya era hora.

Pasé toda una noche y así amanecí, a Isidro lo tenían de guardia, lo veíamos de lejos como centinela, arriba del gran cuartel. Cuando se me presentaron los dolores más fuertes, Juanita y Plácida salieron y trajeron un señor que se llamaba Jesús Olivas, un señor yaqui que vivía ahí en Veracruz. Él era partero porque luego mandó cocer unos brebajes. Este señor era originario de Pótam, su verdadero nombre era Jesús Bacaumea, fue de los primeros yaquis que Porfirio Díaz mandó a Yucatán, pero él nos platicó que se escapó cuando los iban a embarcar rumbo

a Progreso y de ahí a Quintana Roo. Nos decía que él siempre había curado, que cuando llegaron a Veracruz se enfermó uno de los oficiales y a él le dieron la misión de curarlo. Cuando lo llevaron con el enfermo dice que empezó a planear escaparse y lo logró, que anduvo por ahí rondando hasta que consiguió trabajo en los muelles cuidando barcos, pero tuvo que cambiarse de nombre, según un gachupín le aconsejó y le puso Juan Olivas “y ahora me pongo así para que no me descubran”, decía.

Las muchachas le preguntaban que si él no pensaba regresar a su tierra. “¡Cómo no!”, decía, “siempre he soñado regresar a Sonora, pero ya estoy viejo y también veo que todavía están trayendo yaquis y eso me desanima. A lo mejor cuando se acabe la Revolución y se haga la paz, entonces sí me regreso a Pótam a buscar a mis parientes porque no sé ni dónde quedaron mis hijos y mis hermanos. El otro día fui a Perote y a Córdoba a buscar si había algún pariente; no encontré a nadie, creo que se los llevaron a Yucatán o al Valle Nacional. En Perote solamente me encontré a Aurora Bacaumea. Esta señora se quiso venir conmigo porque estaba sola, no tenía parientes ahí. Luego yo hablé con el Mori y él nos dio permiso, entonces ella se vino a vivir conmigo y le cambié también el nombre, a ella la conocían por Lola Bochawikia y le puse Aurora Bacaumea, le puse mi apellido, más tarde va a venir para que la conozcan”, les decía don Jesús.

Todavía estaba con esta historia cuando se le ocurrió salir a María de la Luz con el brebaje que me dio don Jesús, luego, luego para afuera.

“¡Es una niña!”, gritó Juanita, la envolvió don Jesús en una manta y se las dio a las muchachas. Fue cuando llegó la señora Lola, a ella ya la habíamos visto en Perote, era del pueblo de Tórim, le mataron a su esposo y a todos sus hijos en Corasepe, que está cerca de ahí, a orillas del río.

Ella nos saludó y se sentó a un lado de don Jesús. Me miró y me sonrió, yo también se sonreí con ella, era una buena mujer, un poquito menor que don Jesús, pero se veían bien, él la quería mucho, en la plática se notaba todo eso.

Fue Aurora Bacaumea quien le cortó el ombligo a María de la Luz allá en Veracruz, estaba bien grandota y blanca y me decían las muchachas que ella era hija de algún yori porque no parecía yaquí y yo me reía de ellas por la broma que me hacían.

Después de que pasó todo se pusieron a tomar café las mujeres y a sacarle historias a don Jesús, todas ellas relacionadas con los acontecimientos pasados por los yaquis allá en Sonora y aquí por estos lugares.

Ya cuando el sol se quería esconder atrás de los cerros apareció Isidro con una bolsa de pan en las manos, saludó y se acercó a nosotros. “Es niña”, le dijeron las mujeres “y está bien grandota y parece señoa (raza blanca)”. Él se puso bien serio, caminó hacia mí y destapó el pan de la envoltura y dijo él que así era su mamá, de tez blanca.

Él había pedido permiso al capitán para estar conmigo y no le dieron más que un ratito, pero... pues todo había salido bien. Entonces él se sentó junto a don Jesús y se pusieron a platicar. Don Jesús le dijo que él era originario de Pótam pero que muy pequeño se habían llevado a sus padres a las minas de Baroyeca, de ahí se fueron para el lado de Álamos y así anduvieron, estuvieron en Quiriego y en Cabora cuando la Santa Teresa de Cabora hizo revolución. Todo eso le platicó a Isidro don Jesús y nosotros atentos a esta historia que platicaba con mucho sentimiento este señor.

De don Jesús Olivas y su señora Aurora Bacaumea nunca más supimos, no sé si regresaron a Sonora o se quedaron allá en Veracruz como tantos y tantos yaquis que quedaron sembrados por esas tierras lejanas, quedándose con los sueños solamente de regresar a su tierra y a su río.

## CAPÍTULO XX

### EL REGRESO A PEROTE VERACRUZ

Cuando Isidro cumplió el compromiso de los seis meses, nos regresamos a Perote, yo ya llevaba a mi hija con casi tres meses. Cuando llegamos a casa, a mi mamá le dio mucho gusto, mi hijo Francisco también me hizo muchas preguntas, que si en dónde me habían regalado a la niña: la tentaba, la jalaba, le gustaba hacerla llorar; mi hijo ya estaba grandecito, ya le hacía los mandados a mi mamá y a todos los vecinos que vivían junto a nosotros les decía que ya sabía rezar, que Doña Petra le había enseñado y que lo llevaba a comprar a las tiendas de los yoris.

Cuando llegamos fue toda una noticia, todos los días teníamos visitas, mi comadre Encarnación, Chepita, Ángela, Juana María, Lupe, todas las muchachas que vivían allá juntas; con decirte que hasta el señor Ignacio Mori me fue a visitar, a ver cómo estábamos.

Mi hermano Juan me hizo una cuna de bambú y me la puso en la ramada para que durmiera mi hija. Pobrecita, ella no era latosa, nunca fue chillona, el único que la hacía llorar jalándole los cabellos era Chico porque le gustaba oír la llorar. “Tú cuando seas grande vas a ser cantora y nos vas a cantar bien fuerte, así como mi tía Cástula cuando canta en los rezos”, eso le decía mi hijo Francisco a su hermana. Mi hijo quiso mucho a María de la Luz, todo el día la cuidaba, no se despegaba de ella, le espantaba las moscas y la dormía y muy temprano ya estaba sentado a un lado de ella, contemplándola, hablándole despacio, ella nada más lo veía y sonreía. Isidro siempre me decía que notaba muy raro a Chico, era un niño muy vivo, inteligente y respetuoso, hablaba como una persona mayor, se sabía todo el rezo, era un niño muy bueno mi Francisco.

Eso sí, siempre me preguntaba por su padre y yo le decía que los pelones lo tenían por allá encerrado y él me contestaba que cuando fuera grande lo iba a ir a buscar y matar a los yoris porque son malos, eso me decía mi Francisco; no sé quién le platicaba todo eso, pero me salía con tantas cosas...de que a su abuela la habían colgado y que a su abuelo lo habían echado al mar. Cada día me asombraba con su comportamiento. Después me di cuenta que era Doña Petra la que le platicaba todas esas cosas. Mi hermano Juan le hizo un arco con sus flechas y con eso jugaba todo el día, decía que con eso iba a matar a todos los pelones en el cuartel porque ellos habían encerrado a su papá.

Mi hijo era feliz, hablaba de regresar a su tierra y que me iba a hacer una casa muy grande a orillas del río y que tenía ganas de conocer su pueblo. Me decía que cuando regresáramos lo llevar al lugar donde él nació, allá en la sierra. “Quiero sembrar unas flores, de ésas que nunca se secan, para que todo el tiempo haya flores donde yo nací”. Cundo me decía esto mi hijo se me enchinaba el cuero, pero no le decía nada; todo lo aceptaba yo.

Pues llegó el día en que tuvimos que bautizar a nuestra hija, llevarla a la iglesia del pueblo para que el padre le echara agua. “Tiene que ser Domingo”, dijo Isidro, porque él tenía libres esos días y parece que nada más los Domingos bautizaban. Mi mamá era la que estaba más apurada para que bautizáramos a María.

Isidro me preguntó que si cómo le íbamos a poner y yo le dije que él escogiera el nombre “Entonces le ponemos los nombres de nuestras abuelas: María por mi abuela y María Refugio y Luz por Luz Candelaria” abuela de él, que había muerto en la batalla del Mazocoba cuando Tetabiate. Eso hacía ya muchos años, entonces le pusimos María Luz.

Los padrinos los escogimos entre los vecinos que teníamos cerca de ahí del cuartel. Mi compadre Alipaz aceptó apadrinar a mi hija y mi comadre Plácida Aucosmea, la muchacha que siempre había estado a mi lado y que había visto nacer a mi hija. Ella era originaria de Vícam me parece, y él, mi compadre Gregorio, era de Bácum; era un muchacho muy alto que estaba casado con una señora que se llamaba Camila Jaimea de Huírivis. Por cierto, que a mi compadre lo mataron unos días después del bautizo. Lo encontraron tirado por allá a orillas del pueblo con varias puñaladas. Dijeron que lo habían matado borracho los yoris. Nos dio mucha tristeza con la muerte de mi compadre, lo velamos en su casa, rezó el maestro José María de Cócorit y hubo matachines porque mi compadre era monaja. Allá quedó, en el cementerio donde enterraron a muchos yaquis. Allá íbamos a rezarle los días de muertos, por eso digo que ya había yaquis enterrados en el cementerio de Perote.

Todo transcurrió tan rápido que duramos otro tanto tiempo en Perote y me dijo Isidro que posiblemente lo mandarían a otro lugar, según le había comentado el señor Regino Mátuz, Capitán Primero, cercano colaborador del General Alvarado, que decían que había mucho movimiento en el país, que las fuerzas zapatistas se querían alzar y tomar el gobierno y que a lo mejor por eso los podían mover a todos, a una parte de las fuerzas yaquis que estaban en Veracruz.

En esos días también esperaban un contingente de yaquis venidos de Sonora, decían que eran las fuerzas auxiliares de Luis Espinoza, hijo de Julián Espinoza, aquel que participó en la Paz de Ortiz y que murió en batalla contra los yaquis en la Sierra del Bacatete. Se decía que eran como doscientos yaquis que venían a incorporarse al Veintidós batallón, fuerzas que apoyaban al Gobierno, mi mamá me dijo que nos preparáramos para recibir esta gente, que a lo mejor venía algún pariente y que teníamos que darle posada.

Pasó un día, dos, tres, hasta una semana y no aparecía la gente, hasta que al fin llegó el tren de Córdoba. Cuando llegaron se hizo un gran relajo; gritos y llantos de alegría a la llegada de parientes y hermanos que la guerra había separado, unos porque habían muerto en campaña y otros porque se los habían llevado a lugares lejanos; eso era lo que nos dolía más que la muerte.

En esta tropa llegó mi tío Lucio, hermano de mi mamá, fue el único pariente que se vino con las fuerzas auxiliares y la demás gente, la mayoría, eran de Cócorit y de las haciendas de Hermosillo, Arizpe y Guaymas.

## CAPÍTULO XXI

### FALLECIMIENTO DEL NIÑO FRANCISCO

En un mes saldríamos no sé para dónde, Isidro no me decía a dónde lo mandaban o a lo mejor él tampoco lo sabía mientras que se acomodaban las tropas que habían llegado a Sonora. Nosotros teníamos que prepararnos para la salida, “ahora sí, tu mamá tiene que venir con nosotros porque vamos a salir a otro estado y a lo mejor ya no volvemos a este cuartel”, me decía él.

Era un día Sábado, me acuerdo muy bien, las muchachas me dijeron que si iba con ellas al río a lavar un poco de ropa y entonces le dije a mi mamá que iba a lavar unos trapos de los niños y ella aceptó cuidarme a María Luz y me fui. Llegamos al río, ya había mucha gente lavando, me senté en una piedra y me puse a lavar, mis comadres y demás muchachas estaban plática y plática sobre lo que iban a contarle a sus parientes acá en los pueblos, “yo no sé si tenga parientes”, decía Lucía, “Rosa me dijo que todos sus parientes se habían ido para Tucson, allá están, si yo regreso me quedo en mi pueblo, yo no me voy a ninguna parte”, decía otra. De repente llegó gritando un hijo de la Cástula Bacasegua que mi hijo Francisco se había enfermado. Como pude junté la ropa y me fui corriendo, el río estaba bastante lejecitos. Cuando llegué a la casa encontré a mi mamá y a Doña Petra con mucha gente, cuando me vieron mi mamá me encontró un poco llorosa me dijo: “no pudimos hacer nada hija...tu hijo Francisco se nos ha ido”. Yo sentí que el mundo se me venía encima, no supe cómo resistí y di los últimos pasos hasta llegar a la casa, yo no le contesté a mi mamá porque no creía, “si en la mañana lo dejé bien”, pensaba. Cuando entré, vi que mi niño estaba en el suelo, en un petate con dos velas. Me acerqué y me hiqué; no podía llorar porque todavía no creía en lo que estaba viendo. Ahí estaba tendido el niño inteligente, respetuoso, ese niño que me rezaba todas las tardes y me dormía a María. En esos momentos le reproché a mi Dios por haberme quitado a mi hijo... no se conformaba con quitarnos tantas vidas por defendernos, ¿por qué me quitaba a un niño que empezaba a vivir?

Dijo mi mamá que fue de repente, que empezó a echar espuma por la boca y a revolcarse, Isidro mandó traer un doctor yori del pueblo, pero cuando llegó dijo que ya nada podía hacer, el niño ya había muerto.

Mi mamá le puso los padrinos, maestros y cantoras a rezarle. Ya al otro día lo sepultamos en el panteón del pueblo. Allá se me quedó un pedazo de mi vida, todo por este maldito gobierno. Sentí mucho la muerte de mi hijo, no podía olvidarlo yo creo que por la forma en que murió; si me lo hubieran matado los pelones a lo mejor no lo hubiera sentido tanto porque mi hijo hubiera muerto por una causa.

A la semana de que me había ocurrido eso, Doña Petra se nos enfermó, a ella tampoco la pudimos salvar, se nos murió. También la enterramos allá junto a mi hijo. “Qué desgracia tan grande primero Francisco y ahora Doña Petra”, pensaba yo, lo mejor era salirnos del pueblo. “Ojalá nos manden a Sonora”, le decía a Isidro, “ya estoy enfadada aquí”. En eso estábamos cuando llegó la orden de que todas las mujeres se embarcaran a Sonora. Nos dio mucho gusto esta noticia, Isidro se fue corriendo al cuartel a verificar la información y al poco rato llegó con la noticia de que solamente se iban a llevar a las gentes que no tenían ningún compromiso con el gobierno, los ancianos y niños y todas las mujeres que no tuvieran marido que las atara a los deberes del ejército. “Tu mamá se tiene que ir”, me dijo Isidro, “así lo dispuso el gobierno, los van a llevar hasta Sonora, allá que nos espere, cuando se termine la revolución nos encontramos allá con ella”. Eso me llenaba de alegría porque mi mamá se iba a nuestra tierra y de tristeza porque yo me quedaba todavía allá; otra vez nos separaba el maldito gobierno.

A los dos días embarcaron a la gente, eran muchos entre niños y viejos y algunas muchachas que no estaban casadas, eran como seis carros, los llevarían en tren hasta Sonora... qué alegre iba toda aquella gente porque volvía a su tierra.

Nosotros nos quedamos solos, ya no había relajo, los que lo hacían se habían ido; los niños y las muchachas que todas las tardes jugaban en la plaza frente al cuartel. Esa tarde estaba solo, se quedó muy triste el gran fuerte de Perote.

Pues a nosotros también nos llegó el día de salirnos del pueblo y nos mandaron a Cuernavaca, que porque los zapatistas andaban fuertes queriendo agitarse en contra del gobierno.

En Cuernavaca duramos poco tiempo, en este pueblo había muchos pelones, había como tres destacamentos, que porque había más problemas con los campesinos y los indios que vivían en esa parte. Cuernavaca era un pueblo muy bonito, siempre había flores y todo el mundo verde: el campo, los cerros, los pueblos, todo. Era el pueblo más grande y bonito que había conocido en todos estos años que anduve por allá.

Pensaba que mi mamá ya estaba en Sonora y mi hermano Juan se había quedado en Perote con su esposa Josefina; con nosotros se vinieron nada más unas mujeres, los demás hombres habían mandado a sus mujeres a su tierra, nomás estaban en Cuernavaca: Plácida, Paula, Carmen, Javiera, Pascuala, Luisa, Candelaria y yo, éramos poquitas y todas nos ayudábamos.

En Cuernavaca duramos poco tiempo, no sé qué pasó que a nuestros hombres los mandaron a Querétaro. De Cuernavaca a Querétaro nos llevaron en carros, allá nos instalaron en un cuartel, ahí donde había muchos pelones. Isidro me contaba que querían desintegrar al grupo de yaquis destacamentados en Veracruz, por eso nos traían para arriba y para abajo, eso es lo que quería el gobierno.

El día que llegamos a este gran pueblo había fiesta, se veía tanta gente en la plaza de armas, las mujeres dijeron: “vamos a venir a conocer el centro después de que nos digan dónde nos vamos a quedar”. Nos prestaron unos cuartos en el mismo cuartel, nuestros hombres luego tomaron sus lugares en las guardias; en esos días se escuchaba de los villistas, que carrancistas y obregonistas, decían que ellos querían gobernar el país, que por eso peleaban; eso le preguntaba yo a Isidro y él me contestaba que todos eran iguales, que nadie le cumplía a los pobres. “Ya ves Madero, tanto que habló de que le iban a regresar las tierras a los yaquis, se volvió puro cuento, después Carranza, éste fue peor porque deportó más yaquis a otros estados, a ver ahora con [Adolfo De la Huerta](#), si nuestra suerte cambia, él es nuestra esperanza”, nos decía Isidro.

## CAPÍTULO XXII

### EL REGRESO A SONORA

Del cuartel nos íbamos caminando por las calles empedradas hasta llegar al mercado. Íbamos, primero antes de comprar, a la iglesia grandota que está frente a una plazuela, cuando salíamos de la iglesia nos íbamos al mercado a comprar y a comer algo, yo siempre me amarraba acá atrás, con mi rebozo, a mi hija María, nunca la dejaba, a veces me ayudaba mi comadre Plácida pues casi siempre era ella la que me acompañaba.

Una vez que estábamos recostados en la cama me dice Isidro: “No sabías que estamos muy cerca del lugar donde naciste?, ¿de Salamanca?”, le contesté yo. “Sí, de ese lugar que me platicaste; si quieres te llevo para que conozcas el lugar, pero necesito llevarte un día que yo ande libre, en un día vamos y venimos, está cerca” me dijo. Pues esa noche casi no dormí por estar pensando en el lugar donde yo había nacido ya hacía muchos años.

Al otro día les platicué a todas las mujeres lo que Isidro me había comentado; ellas no sabían que yo había nacido por estas tierras. “Mi hermano también nació por acá”, dijo Luisa Molina, “mi hermano llegó ya grande allá a Sonora, anduvo un poco en la sierra y de ahí se fue a Tucson, allá vive ahora”. Nosotras le preguntamos a Luisa cómo se llamaba su hermano y nos dijo que Luis Molina Wiko´i, anduvo con la gente de Sibalaume, nos dijo, y que era el encargado de traer armas y parque del otro lado, a los yaquis de la sierra del Bacatete, pero que se había quedado allá. Se casó en Tucson, nos decía Luisa un poco triste al acordarse de su hermano.

“Qué bueno que mi compadre la quiere llevar a conocer Salamanca comadre, porque a lo mejor muy pronto nos llevan para otro lado y no vamos a tener oportunidad de conocer más lugares”, me dijo mi comadre.

Pues se fueron los días, a nuestros hombres casi no los dejaban salir porque se decía que villistas y zapatistas se querían levantar en armas otra vez, pero pues no pasó nada. Todo trascurrió en calma ya no se tuvieron noticias de que iba a haber guerra, el cuartel de Querétaro fue quedando con muy poca gente, a algunos los mandaron a León, otros a San Luis Potosí,

Zacatecas y Guanajuato, tiempo después nos mandaron a todos estos lugares, conocimos estas partes de pasadita ya que durábamos semanas y días en cada lugar y luego nos mandaban a otra parte.

Estando en Irapuato llegó un telegrama de Veracruz firmado por el General José Amarillas dirigido a los soldados de línea y fuerzas auxiliares de que iba a pasar un convoy por las mujeres para trasladarlas a Sonora. Isidro me dijo: “Alístate, te vas a ir en el tren que llega pasado mañana, que lleva todas las familias del Veintidós batallón a Sonora, nada más que nosotros los hombres nos vamos a quedar, parece ser que nos quieren regresar a Perote, al cuartel general, pero lo que sí es seguro es que pasado mañana se van ustedes a Sonora”.

Cuando Isidro me dijo eso me puse bien contenta. Al otro día me puse a alistar toda la ropa y empacar lo que me iba a llevar. A él le alisté la ropa, se la planché y se la acomodé en un veliz que teníamos y mi ropa y la de María Luz la metí en unos costales, me puse a esperar la llegada del tren.

La estación estaba un poco retirada del cuartel, él me llevó las maletas, cuando llegó el tren ya venían algunas mujeres de las que estaban en Perote, iban contentas, traían un griterío, un señor yori pasaba por los carros gritando: “¡Vamos a Sonora!” y las mujeres gritaban. Ahí iban algunas mujeres que yo conocí allá en Veracruz, eran de diferentes pueblos, la mayoría eran de Vícam y Pótam, muy poquitos de Bácum y Cócorit. Nos acomodamos en un carro todas juntas y por las ventanas del carro nos despedimos de nuestros hombres.

## CAPÍTULO XXIII

### VOLVIMOS A NUESTRA TIERRA

“Allá me esperas – me dijo Isidro – te vas con tu mamá, cuando llegue allá me voy contigo”. Con ese acuerdo me vine, lo que yo quería era verme, estaba muy enfadada de tanto ir para allá y para acá, todos se fueron con sus familiares a sus pueblos y nosotros nos encaminamos hacia Pitahaya, ahí estaba viviendo mi mamá con mi hermano Juan y su esposa Dominga; yo no sabía que mi hermano tenía otra esposa ni cómo se había venido de Perote. En el camino me dijo que mucha gente se había ido para la sierra, otros se fueron a vivir por allá a orillas del río. Me platicó que cuando nosotros nos fuimos a la sierra quedaron los puros viejos que luego se fueron a Pitahaya, donde el General Mori mandó construir una capilla y unas casas y poco a poco fueron abandonando el pueblo y se vinieron a vivir a Pitahaya. “Cuando yo llegué me encontré que la gente ya estaba aquí”, me dijo Juan, mi hermano. Le pregunté también a él sobre Chepa, la mujer que había pedido a los oficiales para casarse con ella y que vivían juntos cuando nosotros salimos de Perote. “Josefina se quedó allá”, me dijo él, “yo creo que le gustó más vivir allá porque no quiso venirse conmigo; yo le decía que se viniera con las mujeres, pero nunca quiso y yo tuve que desertar de soldado y verme para acá y aquí estoy, entonces Dominga me estaba esperando y nos entendimos y pues ahora vivo con ella, la conocí allá en el Bacatete ya hace bastante tiempo”.

Se me hizo bien corto el camino, los caballos se notaban cansados. Ya por la tarde avistamos los caserones del cuartel de Pitahaya. Cuando llegamos mi mamá estaba parada junto con Dominga en la ramada de carrizo junto a la cocina. Llegamos y mi mamá me abrazó y me quitó a María Luz. Mi hija ya estaba grandecita, ya se sentaba sola.

Me presentaron a Dominga Cuamea, ella era del pueblo de Ráhum, creció en la sierra del Bacatete, allá donde se conocieron con mi hermano. También llegaron en ese momento Lola y Manuela, mis primas que habían estado en Guaymas y que vivían por allá cerca de Pótam a orillas del río.

Mi mamá me preguntó por Isidro, yo le dije que se había quedado en Irapuato, que de ahí nos habíamos venido, que a lo mejor él se regresaba otra vez a Perote. “Hace como tres días que

vinieron tus tías de San José - me dijo - y se fueron para Huírivis a visitar unos parientes, me dijeron que tu papá estaba por allá en Hermosillo trabajando, que ya tenía familia, una señora de Bácum, que cuando se fue de aquí de la sierra lo agarraron unos vaqueros en el camino a Tucson y lo encerraron. Eso fue por allá en un pueblito cerca de la Magdalena, pero que lo soltaron y así anduvo hasta que se quedó a trabajar por allá, así es que tu papá ya no vuelve a nuestro pueblo”.

Cuando me dijo eso, mi mamá se puso triste pero luego me dijo: “dicen que por estos días llega el General Ignacio Mori, que va a venir a revisar si ya terminaron las iglesias de Bácum, Vícam y Pótam, que a lo mejor viene con el gobernador Adolfo De la Huerta, este señor que quiere ayudarnos para que todos tengamos trabajo”.

## CAPITULO XXIV

### EL RECUENTRO CON IGNACIO

Estuvimos viviendo en Pitahaya un buen tiempo, de Isidro ya no tuve noticias, nunca escribió en todo el tiempo que estuvo allá.

Teníamos casi un año aquí cuando llegaron algunas gentes de allá y ellos me dieron la noticia de que Isidro se había casado de nuevo con una tal Alfonsina Bacasegua, yo la había conocido en Córdoba, también era soldadera. Le pliqué a mi mamá lo que me habían dicho y mi mamá me dijo que no les creyera. “Espéralo, algún día tiene que venir”, dijo. Para esto, habían llegado en la comitiva algunas personas que se fueron a Pitahaya, como Dionisio García, Francisco Tori y Patricio Maldonado, sobrino del Tetabiate. Resultando que estas gentes también me dijeron lo mismo, que Isidro se había llevado a Alfonsina Bacasegua a Veracruz y que la había tomado como esposa. Esta información hacía la verdad; que sí era cierto lo que me habían dicho de él.

Pasaron los días y se me fue olvidando el deseo de esperar a mi esposo, yo me dediqué a la atención de las imágenes de la iglesia, ayudando a doña Carmen que era la Kyostey o encargada de los santos en la iglesia de Pitahaya.

En una de las primeras fiestas de la Trinidad de Pótam me dijo doña Carmen que tenía que ir con ellos, llevamos matachines, mi mamá también se alborotó, mi hermano Juan no iba a estar, parece que tenía salida a Guaymas a ver unos yoris sobre la compra de leña. Nos alistamos y salimos con rumbo a Huírivis, duramos todo el día caminando hasta que llegamos a Pótam ya en la noche.

Acampamos a un lado de la guardia tradicional para de ahí salir a la iglesia. En este lugar encontré a Ignacio, a él ya lo había conocido allá en Perote, él era del pueblo del Huírivis, según pláticas que habíamos tenido por allá. Ignacio era hijo de una señora que se llamaba Paula Flores y de Ciriaco Jaimea; a éste lo mataron allá en el Bacatete en la batalla del Mazocoba.

Me platicó todo lo que le había pasado allá en el sur, su esposa también lo había dejado y no tenía quien lo atendiera, habló conmigo de tratar de formar una familia y yo le dije que hablara con mi mamá y mi hermano, ya que estaba viviendo bajo techo de estas dos personas, porque mi papá tampoco vivía con nosotros. Entonces aceptó a ir a Pitahaya, “terminando la fiesta de Ráhum me voy para tu casa”, me dijo.

Nosotros fuimos también a Ráhum, allá anduvo él, me llevó con su abuelo Nacho, así se llamaba también, este viejito era muy buena persona. Pues a los dos días de haber llegado de la fiesta de Ráhum ya estaba Ignacio en Pitahaya, yo andaba al agua cuando él llegó, ya estaba platicando con mi mamá Refugio cuando vine del Bacerán, ya que de ahí acarreábamos agua para lavar y tomar.

Saludé y me metí a la cocina. Entonces Dominga, la esposa de mi hermano me dijo que el señor que estaba ahí venía por mí. Yo me reí de ella porque lo dijo muy en serio, entonces me habló mi mamá Refugio y me dijo: “hija, este muchacho viene a platicar con nosotros y con tu hermano, parece que ustedes ya se entienden y él viene decidido a llevarte con él a su pueblo, pero necesitamos la opinión de tu hermano, a ver qué dice él”. Mi hermano Juan estaba en la guardia y después de tantas insistencias de que mi mamá le hablaba, llegó y saludó de muy mala gana y se metió a la cocina, entonces mi mamá le preguntó sobre mi caso y él le respondió que yo ya estaba grandecita, que ya sabía lo que hacía. “Si se quiere ir con él, que se vaya, pero que se lleve a María” pero esto lo dijo con un tono enojado; es que no quería a Ignacio.

## CAPÍTULO XXV

### NOS FUIMOS A VIVIR A HUÍRIVIS

Nos fuimos con Ignacio para Huírivis a rehacer nuestra vida y buscar un mejor futuro para mi hija María Luz; en ese entonces toda la familia de Ignacio vivía en el Pueblo, los respetaban mucho porque ellos siempre habían defendido al pueblo, incluso algunos se resistieron de ser llevados a otras tierras. Cuando llegamos luego me presentó con su familia, su mamá y sus hermanas, Juana y Magdalena, que eran ya muchachas grandes. Aquí en Huírivis vivimos mucho tiempo, María Luz creció con la familia de Ignacio y aprendieron a quererla todos; él la quería como una hija. La gente que se había quedado en México, Perote y todas esas partes se vinieron; ya muy poca gente se quedó allá. Supimos que todo el Veintidós Batallón se había integrado a Sonora y que a algunos los habían dado de baja. No pasó mucho tiempo cuando de repente apareció Isidro en la casa de mis suegros, en Huírivis, queriendo convencerme de que me fuera con él a Pótam. Ese día yo estaba sola con mi hija, Ignacio había salido al mar y Doña Paula había salido no sé a dónde, el caso es que no le acepté porque él ya se había casado allá donde estaba, me dijo que era cierto pero que la había dejado y ya no le interesaba. Le di las gracias y le dije que se fuera, que ya no quería verlo, que vivía muy a gusto con Ignacio y que no me hacía falta nada y que si quería ver a su hija algún día, que la viera, que no le iba a prohibir ver a María Luz porque era su hija y llevaba su apellido y tampoco iba a haber problema con Ignacio, que él estaba de acuerdo, que eso ya lo habíamos platicado entre él y yo. Pues se fue un poco molesto porque no pudo convencerme; es que yo no podía faltar a mi palabra con Ignacio, ya teníamos compromiso. A los meses supe que se había casado con María Luisa en Pótam, después lo veía y lo saludaba y mi hija también lo reconoció como padre.

Viviendo en Huírivis le prestaron a Ignacio unas tierras a orillas del río y me dijo que teníamos que irnos a vivir a las tierras y que deberíamos ir por mi mamá porque María la extrañaba mucho; a mí me pareció una buena idea y esa misma semana nos fuimos por ella a Pitahaya y nos fuimos a vivir al río. Era tiempo de calor, el río llevaba mucha agua, Ignacio se preparaba a sembrar ya sea frijol, maíz, calabaza, trigo, lo que fuera, lo importante era sembrar.

Como a los meses de habernos ido al río, Ignacio fue por su mamá, abuelo y las hermanas Juana y Magdalena porque en Huírivis no había agua y la gente estaba saliendo del pueblo, “ya la mayoría se fueron a vivir al Copaz” nos decía Don Nacho, el abuelo de Ignacio.

Al año creo, me embaracé de Petra. Juanita mi cuñada se juntó con Anastasio Álvarez, un señor que se quedó a vivir con nosotros; él también anduvo con los pelones a la fuerza y estuvo en México, nada más que a él le dieron de baja cuando era presidente el señor Don Adolfo De la Huerta, esto él mismo lo platicó cuando se fue a vivir con nosotros. La otra hermana de Ignacio se casó con un señor que se llamaba Policarpio Lucero, que tuvieron como hijos a Rosalino y Dominga, luego se dejaron y al tiempo se juntó con Andrés Juárez. Este señor tuvo dos hijos con Magdalena: Eleuterio y Gregoria, nada más que Goya murió.

Cuando nosotros salimos de Pitahaya mi hija María Luz ya caminaba. En Huírivis no duramos mucho tiempo, para cuando vivíamos en el río mi hija ya estaba grandecita y me ayudaba a hacer tortillas. También la habíamos llevado a Pitahaya a persignarse de cantora porque era una manda que mi mamá le había impuesto cuando se nos estaba muriendo de pulmonía.

Los hombres desmontaron varios terrenos, teníamos ahí cerca de Copaz, en piedrita y tierra blanca, tierras que se regaban con agua del río cuando era tiempo de lluvias; crecía mucho, nosotros nos íbamos a Las Lomas a vivir por temporadas mientras bajaba el agua.

Viviendo en Copaz, me llevaron a Pótam a parir, allá nació [Petra](#), la más grande que tuve con Ignacio, me acuerdo que me llevaron con los Tadeos, con doña Juanita y don Eraclio que emparentaba con Ignacio. Cuando me alivié nos fuimos al Copaz, ahí estuvimos viviendo mucho tiempo. Pasaron varias semanas santas porque ahí estaba el pueblo de Huírivis, las autoridades y la iglesia.

Cuando vivíamos en este pueblo se le ocurrió morir a Don Nacho, el abuelo mayor de la casa, que fue un duro golpe para todos nosotros, lo velamos en la casa y lo llevamos a enterrar hasta el mero Huírivis. Este señor se murió así nada más, no se notaba enfermo, decíamos que se había muerto de gusto.

Después de Nacho Wikit se murió Magdalena, la hermana mayor de Ignacio, mamá de Rosalino, Lauterio y Dominga, ella también se murió por puro descuido, tuvo problemas en el embarazo, murió y con ella la criatura que traía en la panza.

La Juana, la otra hermana de Ignacio estaba casada con Anastasio Mátuz Álvarez, este señor también era de los desertores del batallón yaqui, anduvo muy poco en la sierra. Según él, era fogonero del ferrocarril que corría de Nogales a Hermosillo.

Todo esto que estoy platicando fue después del último levantamiento porque cuando eso sucedió a nosotros nos tenían encerrados en un cuartel por allá en el sur. Esta guerra no duró mucho. Según mi compadre Bartolo y don Joaquín Wikit. Ellos sí participaron en esta guerra, pero a ellos nunca los agarraron por eso no estuvieron por allá como nosotros.

Anduvimos de un lado para otro viviendo allá y acá, sembrando las tierras que ellos mismos desmontaban, teníamos buenas cosechas, en ese tiempo llegó a nuestras tierras un gringo que empezó a sembrar con los yoemes, creo que se llamaba Óscar, vivía también a orillas del río.

Parece que es esos años se dio la santa paz, porque ya no oí que acarrearán más yaquis a otras partes, todos se pusieron a trabajar y pocos a poco los de la sierra empezaron a bajar.

## CAPÍTULO XXVI

### ÉRAMOS POBRES, PERO NO HABÍA HAMBRE

Gregoria y Roberto nacieron cuando nosotros vivíamos todavía por allá, a orillas de río, Ignacio tenía varios terrenitos; sembrábamos maíz, frijol, trigo y calabaza, la tierra más grande la sembraban con el gringo don Óscar, que era muy buena gente. Cuando había cosecha todos nos ayudábamos, cuando iban a cortar frijol, sandía o calabaza les avisaban a todos los vecinos y llegaban todos a ayudar. Me acuerdo que hacíamos mucha comida para todos, cuando terminaban se les daba un poco de todo; más antes no había paga o no les pagaban con dinero a la gente; ya cuando terminaba la cosecha se iban todos a otra parcela del compadre o del pariente y se hacía lo mismo, nadie pasaba hambre porque todos nos ayudábamos, guardábamos todo lo que teníamos que comer todo el año y también lo que sembraríamos para la próxima temporada.

Estábamos cosechando trigo en las tierras que sembraba don Óscar cuando murió mi mamá Refugio en plena cuaresma y la tuvimos que llevar hasta Pitahaya a sepultarla. Pasamos por muchos problemas porque los huiriveños nos la querían quitar, pero yo hablé con los mayores que eso fue voluntad de mi mamá porque ella era del pueblo de Belem, por eso nos dejaron pasar por el pueblo, porque nos tenían rodeados con todos los chapayecas. Es que así es nuestra costumbre, pero gracias a Dios todo salió bien y nos fuimos hasta Pitahaya, allá nos estaba esperando mi hermano Juan; él ya tenía todo listo, los padrinos y las madrinas, también a los maestros que le iban a rezar.

La muerte de mamá fue un duro golpe, mis hijos estaban tan acostumbrados a ella... la Petra dormía con ella y lo más extraño es que ella no estaba enferma. Ya estaba grande, eso sí; mi mamá había nacido en el otro siglo, me platicaba que cuando Tetabiate andaba al frente de los yaquis ella ya estaba grande.

Después de mi mamá, se murió la Juana Wikit, la hermana menor de Ignacio, parecía que se habían puesto de acuerdo para que se los tragara la tierra: Primero don Nacho, luego Magdalena y su esposo Andrés que lo mató un caballo, después mi mamá y al poco tiempo

Juana, todos ellos de la familia que formamos cuando llegamos el sur y los otros de la sierra, como Don Nacho y sus hijas.

Nuestras vidas siguieron yendo de un lado para otro, los hombres trabajando duro. En esos años muchas cosas pasaron; los huiriveños se fueron al Copaz por falta de agua en el pueblo, eso nos tocó a nosotros porque llevamos los santos a la iglesia que la gente construyó en Copaz y Huírivis se quedó solo sin gente. Casi al año que mamá Refugio murió, nos fuimos a vivir a Copaz. Ya María Luz se había casado con Pedro, un muchacho hijo de don Higinio Valdez, un hombre que tenía una familia muy grande, muchos hijos que crecieron por allá en el río. Ellos criaban animalitos, creo que de eso se mantenían.

Mis hijos Roberto y Gregoria, ya estaban grandecitos cuando Ignacio me dice: “Estuve hablando con mi compadre Nicho y Carlos Piña y quieren que me vaya por allá a Boca Abierta; parece que van a abrir nuevas tierras” y que lo querían mandar para que los yoris no se metan y defender el territorio que nos dejaron nuestros mayores.

Mi compadre Narciso y Don Carlos Piña eran autoridades de Belem y nos consideraban como del pueblo porque mi familia y yo somos originarios de ahí.

También Ignacio me dijo en ese entonces que el agua que llevaba el río la iban a tapar los yoris para hacer una laguna muy grande para después venderla a los sembradores. Esa noticia se supo en todos los pueblos, que el gobierno iba a tapar el río y nosotros nos íbamos a morir de hambre y de sed; ya no sembraríamos ni calabazas ni frijol, ni nuestros hijos nadarían en el río...” Se va a secar todo; las plantas, los álamos y los animales se van a morir” ...eso lo platicamos muchas veces con Ignacio, Anastasio y toda la gente que nos visitaba en la casa.

Se dijo en ese entonces que las autoridades iban a salir a México para exigirle al gobierno que no hiciera eso porque nosotros los yaquis vivíamos del río, tomábamos agua de él, cultivábamos y cosechábamos y los animalitos también lo necesitaban.

Ignacio salía mucho, a veces hacían reuniones ahí en Copaz, otras veces en Pótam y según Ignacio, trataban asuntos del agua del río que los yoris querían tapar. Después mandaron una comisión a México, parece que Lázaro Cárdenas ya era presidente, el caso que Ignacio también fue, iban a ver al presidente de México.

A los meses llegaron, Ignacio les trajo muchas cosas a sus hijos, a mí me trajo un rebozo y zapatos y nos confirmó que sí tenían en mente tapar el río, pero tiempo más adelante, pero que él como presidente no tenía ese plan porque dejaría sin agua a muchos pueblos del río yaqui, que eso dijo el señor presidente.

Pues todo pasó con mucha rapidez, todos nos olvidamos de lo que el gobierno quería hacer, seguimos sembrando y cosechando, llevando a Guaymas lo que cosechábamos, lo vendíamos y teníamos para comprar otras cosas.

Ignacio ganó mucho dinero, pero no supo aprovechar eso que tenía porque el gringo le daba bastante por sembrar en nuestras tierras. Eso sí, nada nos faltaba, no teníamos hambre, mis hijos no pasaron penurias como las que pasamos nosotros andando en la sierra. Allá sí se sufría porque no sabía uno ni por dónde le iba a llegar el peligro. Ahora vivíamos en santa paz aunque siempre los yoemes platicaban a escondidas sobre asuntos que pasaban en esos momentos ya que todavía los hombres andaban armados y eso también le preocupaba al gobierno porque a cada rato pasaban pelotones a caballo por las tierras y los pueblos y tenían cuarteles en todos los puntos que habían estado los yaquis como el Bacatete, Tetabiate, Torocobampo, Tórim, El Guamúchil, Pitahaya, Peón, Bácum y Loma de Guamúchil; decían que por allá en Agua Caliente también había pelones.

## CAPÍTULO XXVII

### NOS DAN TIERRA EN BELEM

Después de tantos años de vivir allá en las tierras a orillas del río mi hija Luz tuvo sus hijos, la Petra se fue a vivir con ellos por aquel lado de Pótam ya que su marida trabajaba como vaquero en un rancho. Los hijos de Magdalena: Rosalino, Dominga y Lauterio vivían con nosotros; ellos también crecieron al lado de nuestra familia.

Fue en ese tiempo cuando nos hablaron de Pitahaya, entonces Ignacio me dijo: nos van a dar tierras por allá a un lado de Boca Abierta y las vamos a aceptar porque siempre van a tapar el río y nos van a dejar sin agua. Y así pasó, con el tiempo todo fue como se había comentado, el río empezó a tener poca agua y ya no pudimos sembrar porque no se regaban nuestras tierras y empezó a secarse todo. Fue una tristeza, la gente iba con los gobernadores para solicitar apoyo para que le dijeran al gobierno que no taparan el río porque era de nosotros. “El agua también nos la dejaron nuestros mayores” decían todos los viejos.

“Nos van a desmontar tierras nuevas” decían los gobernadores en la comunila y que el gobierno iba a hacer canales nuevos para que regáramos nuestras tierras y que nos iban a dar semillas de frijol, maíz y calabaza. Esto algunos lo aceptaron, otros no, pero los gobernadores parece que sí aceptaron; muchos no estuvieron de acuerdo, pero ni modo.

Yo escuchaba esto de los kaujomes, o sea, de aquellas personas que crecieron en la sierra y que siempre habían defendido la tierra de la tribu; como estas personas llegaban a la casa me enteraba de todo lo que se platicaba sobre los problemas que estaban pasando en la tribu. Estos hombres se enojaban, diciendo que tendríamos que ir a la sierra otra vez a enfrentarnos con el gobierno porque no había cumplido el compromiso de sacar a todos los pelones de nuestras tierras, y lo peor, hasta los nuestros andaban ahí como perros, decían. Cuando escuchaba esta plática hasta yo me daba valor y pensaba: “Es cierto, tenemos que volver a la lucha y defender nuestra tierra”.

No pasó nada, todo el tiempo trascurrió en calma, se decía nada más que algunos yaquis todavía andaban por allá en la sierra y que tenían que bajarlos y de eso se encargaban los torocoyoris convertidos en pelones que estaban en todos los campamentos.

Es que en la tribu ya no hubo otro hombre como Tetabiate para defenderla, ya que a los demás yaquis como Mori los mataron allá en Perote Veracruz. También a Luis Bule y a José Amarillas lo hicieron General y con eso lo compraron, hasta la fecha no se han aparecido por aquí por los pueblos; entonces hacen falta hombres como Tetabiate. Todavía vivía mi mamá cuando mataron a Mori, se dijo que lo habían envenenado en una fonda por allá en Perote. Este señor es el que mandó hacer las iglesias de Bácum, Vícam, Pótam y la de Pitahaya con las casas grandes que están ahí. Cuando hizo esto se dijo que estaba de acuerdo con Adolfo De la Huerta, el que fue presidente de México, él sí quiso a los yaquis, por eso la mayoría se vino de por allá donde estaban, porque él ordenó regresarlos a sus tierras de origen.

No me acuerdo qué año taparon el río, soy muy mala para las fechas, mi hermano Juan sí es muy bueno para guardar números de años en su cabeza porque él sabía leer y escribir y yo no. Soy muy tonta, nunca fui a la escuela porque mi papá nunca quiso o porque no teníamos en donde aprender, todo el tiempo andaban atrás de nosotros los pelones para matarnos, tal vez fue por eso.

¡Ah!, decía que taparon el río y todo cambió, yo nunca conocí en dónde mero hicieron la tapadera, Ignacio me platicaba que lo habían hecho en Buenavista y que el agua iba a tapar todo el pueblo, que el gobierno les dio otras tierras, casas y una iglesia, se dijo que mucha gente no estuvo de acuerdo con lo que se había hecho.

A nosotros nos hablaron otra vez de Pitahaya, mi hermano Juan nos platicó una noche antes de la reunión con los gobernadores, que el gobierno iba a abrir terreno por allá al lado del Chapulín pero que nadie de ahí del pueblo se quería ir para allá y que él había pensado en nosotros porque se sabía que el Río Yaqui ya no iba a tener agua. Platicaron Ignacio y mi hermano Juan, casi se amanecieron ya que al otro día era domingo y teníamos que ir a la guardia a escuchar a los gobernadores si nos daban aquellas tierras que el gobierno iba a desmontar.

El día domingo mi hermano les habló a todos los que teníamos interés en ir a vivir a ese lugar ya que en el pueblo nadie había aceptado porque ellos no sabían de esos trabajos. También nos van a servir para cuidar la sierra y el monte de este pueblo y para que no se metan los yoris hacia dentro de nuestras tierras.

Fuimos aceptados, mi compadre Dionisio García era comandante y dijo: “Señores, yo creo que hemos tomado una buena decisión, mi compadre y su esposa tendrán un compromiso con nuestro pueblo que hoy en adelante prestarán servicio aquí en Belem.”

Nosotros tuvimos que aceptar, así que cada fiesta o en la cuaresma nos teníamos que presentar al pueblo a ayudar en la iglesia, yo era kiyostey y él era temastimol.

Se secó el río y nos tuvimos que ir a las tierras nuevas muy cerca de Peón, donde había una partida nueva de pelones cuidando que los yaquis no se alebrestaran.

Todos mis hijos crecieron allá en la Mesteña, los hombres empezaron a sembrar y se formó una sociedad, muchos de ellos ya murieron, eran viejos kaujomes que se fueron a vivir al campo a trabajar la tierra. Cuando nos fuimos para la Mesteña cambió todo, ya no sembraban frijol ni maíz, puro trigo, muy pocas veces maíz.

La María Luz también se fue con nosotros, allá llegó con su marido Pedro, ya traían al Heraclio y al Aureliano porque los demás nacieron allá, como José que siguió después de Aureliano, luego siguió la Martina, Ricardo, Gilberto, Luis y Guillermina la socoyota, aunque esta nació cuando vivían ellos en Guásimas y nosotros en Huírivis, pero eso pasó muchos años después.

En este campo vivían algunas familias como la de mi compadre Damacio y mi comadre Antonia y sus hijos, mi compadre Manuel Ania y mi comadre Carmen, Juan Lenes y mi comadre Agustina y sus hijos, también vivían junto con nosotros Juan Tapia Not´ teme y Víctor Galaz, todos ellos viejos trabajadores que emparentaban y que vivieron muchos años a nuestro lado, hasta que murieron ya de viejos.

Rosalino, el sobrino de Ignacio, se casó cuando vivíamos en la Mesteña con Teófila, la hija de mi compadre Patricio Maldonado, sobrino del Tetabiate, y mi comadre Lupe Maytorena, hija del señor José María Maytorena el hacendado de La Misa, ella era yaqui por parte de su mamá, pero su papá era yori por parte de los Maytorena.

## CAPÍTULO XXVIII

### NUESTRO REGRESO AL PUEBLO DE HUÍRIVIS

Mis hijos y los de Pedro y María Luz crecieron en La Mesteña y algunos hasta nacieron ahí; no tengo en la cabeza qué tanto tiempo vivimos en ese lugar, de lo que sí me acuerdo es de que Heraclio, hijo de María Luz llegó chiquito, apenas empezaba a gatear y cuando nos vinimos de allá ya le empezaba a salir bigote, quiere decir que estuvimos algún tiempo en La Mesteña porque casi todos mis nietos nacieron ahí, manos los más chiquitos. No sé por qué a Ignacio se le puso venirse otra vez para Huírivis porque vivíamos muy a gusto, teníamos animalitos y los hombres sembraban trigo y maíz. Eso sí; no era igual como cuando sembrábamos en el río allá por el Toro y Copaz, por eso batallamos mucho para imponernos cuando recién llegamos a estas tierras, principalmente mis hijos que estaban acostumbrados al río y sus grandes álamos y aquí no hay nada de eso, puro palo fierro, choyas y pitahayas que mis hijos casi no conocían porque allá donde habíamos vivido no había nada de eso, en cambio a mí me removiò el recuerdo porque yo casi crecí en la sierra comiendo pitahayas y choyas para poder vivir, más cuando teníamos tras nosotros a los pelones que, como perros, se metían a donde sea y viendo todo eso, me daba coraje y mucha tristeza acordarme de todos mis familiares que murieron en la sierra y otros que se los llevaron a otras partes muy lejos de aquí, de donde no pudieron regresar nunca más, por eso el gobierno nos hizo así, a odiarlo hasta el fin de nuestras vidas, por eso a mí no me extrañò llegar a esta parte de la sierra, porque ya conocía todo lo que había allí, pero a mis hijos sí, porque ellos nacieron en santa paz, no sufrieron lo que nosotros sufrimos desde que éramos niños, pero ya pasó, ahora tenemos otra forma de vivir, todo es diferente, ya no nos persiguen para matarnos, hay más respeto, por lo menos eso me dice Ignacio cuando platicamos de nosotros los yaquis.

El regreso a Huírivis ya me lo había platicado a Ignacio, una vez me dijo “vamos a volver al pueblo, aquí con el tiempo se va a acabar el agua y ya no vamos a poder sembrar y no podemos cultivar más tierras”. Ya con esa idea él empezó a salir al pueblo a conseguir terrenos que podían ellos sembrar. El caso es que Ignacio habló con los gobernadores de Huírivis para que le dieran un pedazo dónde acomodar a sus hijos y sobrinos ya que nuestra familia era bastante grande; ya el Rosalino se habían casado con la Teófila Maldonado, formado su familia, por

eso Ignacio se preocupó por conseguir las tierras en el pueblo y se llevó a todos los hombres a desmontar las tierras nuevas que los gobernadores le habían dado a nuestra familia. La familia de Ignacio siempre ha sido respetada porque los mayores son los fundadores del pueblo, eso lo sé porque me contaba el abuelo de él; fue una familia muy grande, que cuando el río dejó de tener agua todos los parientes se fueron a Ráhum y Pótam, “todos nos dispersamos, ahora ya ni sabemos en dónde están los demás, eso nos pasó a todos nosotros”.

La verdad es que cuando llegó el día de cambiarnos a las tierras nuevas en Huírivis nos dio mucha tristeza porque ya estábamos acostumbrados a la vida en este lugar y porque teníamos que dejar nuestros perros, ya que sólo alcanzamos a echar las chivitas y gallinas que teníamos. La Luz María y sus hijos se quedaron y Pedro se quedó a cargo de las tierras que nosotros dejamos allá, aunque no se quedaron solos; vivían ahí también mis compadres Manuel Ania, Damacio Valenzuela y Juan Lenes con sus familias, ellos llegaron junto con nosotros hacía ya bastante tiempo. Ahora, a empezar de nuevo, pensaba yo, y me preocupaba porque ya me sentía vieja y no teníamos todavía un lugar fijo dónde vivir y eso lo platicábamos con Ignacio y él me respondía que no me preocupara, que teniendo qué comer, aunque vivamos debajo de los mezquites, pero yo no me conformaba con eso, ya que los tiempos de ahora eran diferentes a los que nosotros habíamos vivido; el recuerdo había quedado atrás como una pesadilla, como un sueño que casi no recordábamos, ni queríamos recordarlo ya. “Ahora hay paz y eso es lo que vale”.

## CAPÍTULO XXIX

### HOY NO ES COMO ANTES, TODO VA CAMBIANDO

Mientras más vieja estoy, más me doy cuenta de que las cosas han cambiado mucho con todo, el agua, el río se murió, nuestros gobernadores lo dejaron morir. En el mar ya no hay de aquellos pescados que nuestros hombres sacaban... los animales, ya casi ni venados encontramos, el monte se está acabando “ya ves que íbamos hasta Belem viejo por leña de mezquite, nomás falta que nos quiten todo lo que hay guardado en la sierra”. Entonces sí vamos a traicionar la memoria de nuestros padres y abuelos, de todos aquellos que dieron su vida para que nosotros viviéramos esta santa paz. Ahora aquí estoy, ya vieja, yo ya viví lo que tenía que vivir, sufrí por ser yaqui pero no me arrepiento porque supe defenderme, por eso estoy todavía aquí platicando con ustedes, ya ves que María Luz no quiere que me vaya otra vez para Huírivis. Me dijo que no tenía negocio allá en el monte y que me podía enfermar, a lo mejor es cierto, ya Ignacio se me adelantó y a lo mejor va a querer que me vaya con él, así le pasó a todos nuestros parientes, cuando se moría alguien no faltaba quien lo siguiera, ahora le tocó a Ignacio, a lo mejor mañana me toca a mí, uno no sabe con Dios; cuando platico de estas cosas siempre me acuerdo de mi comadre Chepita Wikit que me decía que sus hermanas casi todas se murieron al mismo tiempo, de eso me acuerdo por eso lo platicó, pues ya se nos fueron todos; ya ves mi hermano Juan se nos fue tan luego y la Mercedes su esposa, también, que Dios los tenga en santa paz y así todos los mayores, nomás quedamos yo y mi comadre Juanita Tadeo, aunque ella es más chica que yo porque cuando nosotros llegamos a Pitahaya ya la última vez, ella estaba muchacha, tenía nada más a Jesús. Ellos siempre han sido muy unidos a nosotros, son parientes de Ignacio, ellos siempre se respetaron. Esta familia es muy grande, son todos los Wikit y los Waswechia, que en la revolución muchos se fueron para Tucson y otros a Guadalupe; ellos tienen parientes por allá lejos; yo nunca fui para allá, a mi tío Evaristo Flores, hermano de mi mamá, lo visitábamos en Magdalena, ahí conocimos a nuestros parientes que vivían en el otro lado, pero nunca fuimos con ellos, ahora menos, ya no voy ni a Magdalena ni ellos vienen, nos hemos olvidado. A lo mejor todos los mayores ya se murieron, eso es lo que no sé, pero a lo mejor ustedes los van a conocer algún día. La única que conoció a sus parientes fue María Luz y la Petra, ya ustedes no porque hace mucho

dejamos de encontrarnos en Magdalena, si algún día ustedes llegaran a andar por allá busquen a los hijos de Evaristo Flores, que ustedes son hijos de Ricarda, hija de Refugio Flores, mi mamá los cargó cuando eran niños en la sierra, antes de que se los llevaran para Tucson, ellos se fueron con unos yaquis que iban por armas allá con los gringos, por eso se quedaron por aquellos lugares.

Ahora es más fácil, hay carros, hay esos pájaros que llevan gente y antes no había eso, por eso les digo que cuando vayan a Tucson busquen a sus familiares para que los conozcan ya que nunca, me fui para allá a visitarlos y platíquenles que los abuelos de ellos también sufrieron junto con nosotros, que por eso se fueron por allá a proteger a las familias.

Yo les platico todo esto porque no todo el tiempo voy a estar entre ustedes, yo no les puedo dejar otra herencia más que eso, el sufrimiento de hombres, mujeres y niños que por el sólo hecho de ser yaquis éramos vistos como animales, por eso ustedes también algún día van a ser hombres, van a crecer, no dejen que los pisoteen, menos los yoris que siempre han querido quitar lo que es nuestro, por eso, cuando contemplen esos montes, la sierra, que ahí todavía están las marcas de las pisadas que nuestros hombres dejaron al ser perseguidos por el gobierno, ustedes serán hombres, tendrán hijos, enséñenles a respetar a los demás y respetarse a sí mismos, hay que creer en Dios y la santa Iglesia y cumplir nuestro sagrado deber de no vender ni prestar [ni un pedacito de nuestra tierra al yori](#) porque eso sería traicionar los consejos sagrados de nuestros abuelos, porque solamente así me voy a morir en paz y estar en paz con Dios nuestro señor.

## CONCLUSIONES

La tradición oral es la esencia más pura de historia de un pueblo y el nuestro, no es la excepción, ya que, en ella, van implícitos el rigor y la fortaleza de una nación en preservar la soberanía en la reproducción de su cultura y su identidad a pesar de los embates brutales que a través de los siglos ha vivido nuestra raza

En nuestros pueblos encontramos todavía testimonios vivos de hombres y mujeres que con coraje y valentía nos narran hechos violentos y sangrientos, vivencias imborrables que quedaron grabadas para siempre en las mentes de ellos desde su muy temprana edad.

Además, los testimonios son la otra historia que no se conoce, la que no se escribió pero que fue asimilada por cada hombre y mujer, de cada niño y niña y transmitido de generación en generación durante cuatrocientos sesenta y siete años, desde que el invasor por vez primera, pisa nuestro territorio.

Hoy día nos toca vivir tiempos diferentes, aún difíciles también, el que actualmente no se luche con armas en las manos, no significa que se haya dejado de luchar, afrontando todavía las mismas políticas de gobiernos pasados.

Finalmente, lo que este trabajo pretende es crear conciencia de identidad histórica y cultural en nuestros hermanos que hoy existen y están por existir, sin pretender en ningún momento de cambiar o distorsionar la historia hecha por los yoris. Por el contrario, es el de preservar esa historia real de los verdaderos protagonistas y escribirla como lo estamos haciendo hoy, con vivencias reales de una mujer que protagonizó una de las etapas más crueles que vivió la Tribu Yaqui.